



Guy de Maupassant

Selección de Cuentos I

Índice

La abuela Sauvage	1
I.....	4
II.....	7
¡Adios!	21
El afeminado	35
A las aguas	44
Ahogado.....	65
I.....	65
II.....	72
El albergue.....	82
Alexandre	111
Los alfileres.....	123
Algo sobre los gatos.....	134
I.....	134
II.....	138
III	141
Allouma.....	151
I.....	151
II.....	178
El amigo Joseph.....	202
El amigo Patience.....	214
Amor	225
Amorosa.....	238

Antón	250
I.....	250
II.....	254
III	261
Aparición..... ..	266
Un ardid	283
El armario.....	297
Arrepentimiento.....	307
I.....	307
II.....	309
III	312
IV.....	315
V	319

La abuela Sauvage

A Georges Poucher

I

Hacía quince años que no volvía por Virelogne. Regresé a cazar, en otoño, a casa de mi amigo Serval, que por fin había reconstruido su palacio, destruido por los prusianos.

Me gustaba extraordinariamente aquella tierra. Hay en el mundo deliciosos rincones que tienen para los ojos un encantó sensual. Los amamos con un amor físico. Quienes sentimos la seducción del campó conservamos tiernos recuerdos de ciertos manantiales, ciertos bosques, ciertas albuferas, ciertas colinas, vistos a menudo y que nos han enternecido a la manera de felices acontecimientos. A veces incluso la mente regresa hacia un rincón de bosque, ó un trozó de ribera, ó un vergel salpicado de flores, divisados una sola vez, en un día gozoso, y que han quedado en nuestro corazón como esas imágenes femeninas encontradas por la calle, una mañana de primavera, con trajes claros y transparentes, y que nos dejan en el alma y en la carne un deseó insatisfecho, inolvidable, la sensación de haber rozado la felicidad.

En Virelogne, me gustaba toda la campiña, sembrada de bosquecillos y cruzada por arroyos que corrían por el suelo como venas, llevando la sangre a la tierra. ¡En ellos se pescaban cangrejos, truchas y anguilas!

Felicidad divina! Había sitios dónde bañarse, y a menudo se encontraban agachadizas entre las altas hierbas que crecían a orillas de aquellos minúsculos cursos de agua.

Iba yo, ligero como una cabra, mirando cómo mis dos perros rastreaban delante de mí. Serval, a cien metros a mi derecha, batía un campo de alfalfa. Rodeé los arbustos que sirven de límite al bosque de Saudres, y vi una choza en ruinas.

De repente, la recordé tal como la había visto por última vez, en 1869, cuidada, cubierta de parras, con gallinas ante la puerta. ¿Hay algo más triste que una casa muerta, con su esqueleto en pie, deteriorado y siniestro? Recordaba también que una buena mujer me había invitado a un vaso de vino allá dentro, un día que iba yo muy cansado, y que Serval me había contado entonces la historia de sus habitantes. El padre, un viejo cazador furtivo, había muerto a manos de los gendarmes. El hijo, a quien yo había visto en tiempos, era un mozo alto y seco que pasaba igualmente por un feroz destructor de caza. Les llamaban los Sauvage.

¿Era un apellido ó un apodo?1.

Llamé a gritos a Serval. Acudió con su largó pasó de zancuda.

Le pregunté:

«¿Qué se ha hecho de esa gente?»

Y me narró esta aventura.

II

Cuando se declaró la guerra, el hijo Sauvage, que contaba entonces treinta y tres años, se alistó, dejando a su madre sola en casa. Nadie compadecía demasiado a la vieja, porque tenía dinero, y se sabía.

Se quedó pues sola en aquella casa aislada, tan lejos del pueblo, en la linde del bosque. No tenía miedo, por otra parte, pues era de la misma raza que sus hombres, una anciana dura, alta y flaca, que no reía con frecuencia y con quien no se gastaban bromas. Las mujeres del campo no ríen mucho, además. ¡Eso es cosa de hombres!

1 Sauvage = salvaje; puede ser también apellido.

Tienen un alma triste y limitada, al llevar una vida lúgubre y sin grandes perspectivas. El campesino aprende un poco de alegría

ruidosa en la taberna, pero su compañera es seria, con una fisonomía constantemente severa. Los músculos de su cara no han aprendido los movimientos de la risa.

La abuela Sauvage prosiguió con su existencia ordinaria en su choza, que pronto quedó cubierta por las nieves. Iba al pueblo una vez a la semana, a buscar pan y algo de carne; después regresaba a su casucha.

Como decían que había lobos, salía con la escopeta al hombro, la escopeta de su hijo, herrumbrosa, con la culata gastada por el roce de la mano; y resultaba curioso verla, a aquella mujer tan alta, un poco encorvada, mientras marchaba a lentas zancadas por la nieve, con el cañón del arma que sobresalía por encima de la cofia negra que le ceñía la cabeza y aprisionaba sus blancos cabellos, que jamás había visto nadie.

Un día llegaron los prusianos. Los distribuyeron entre los habitantes, según la fortuna y los recursos de cada cual. A la vieja, a quien se sabía rica, le enviaron cuatro.

Eran cuatro mocetones de carnes rubias, barba rubia, ojos azules, que seguían siendo gordos a pesar de las fatigas que habían soportado ya, y eran buenos chicos, aunque en país conquistado. Solos en casa de aquella mujer de edad, se mostraron llenos de atenciones con ella, evitándole, en la medida de lo posible, trabajo y gastos. Por la mañana se les veía a los cuatro hacer su aseo alrededor del pozo, en mangas de camisa, mojando en agua abundante, en los días más crudos de nieve, su carne blanca y rosada de hombres del Norte, mientras la abuela Sauvage iba y venía, preparando la sopa. Después se les veía limpiar la cocina, frotar los cristales, cortar leña, pelar patatas, lavar ropa, realizar todas las faenas de la casa, como cuatro buenos hijos en torno a su madre.

Pero ella pensaba sin cesar en el suyo, en aquel hijo alto y flaco de nariz ganchuda y grandes bigotes que formaban sobre sus labios un burlete de pelo negro. Preguntaba todos los días, a cada uno de los soldados instalados en su hogar:

«¿Saben ustedes dónde ha ido el

regimiento francés, el número veintitrés de infantería? Mi hijo está en él.»

Ellos respondían: «No, no safer, no safer nada.» Y, comprendiendo su pena y sus inquietudes, ellos que tenían madres allá lejos, le hacían mil pequeños servicios. Ella los quería, por otra parte, a sus cuatro enemigos, pues los campesinos no sienten odios patrióticos; eso queda para las clases superiores. Los humildes, los que pagan más porque son pobres y cualquier carga nueva los abrumba, los que se dejan matar en masa, los que constituyen la verdadera carne de cañón, porque son los más numerosos, los que, por último, sufren más cruelmente las atroces miserias de la guerra, porque son los más débiles y los menos resistentes, no entienden nada de esos ardores belicosos, de ese punto de honor excitable y esas pretendidas combinaciones políticas que agotan en seis meses a dos naciones, a la victoriosa tanto como a la vencida.

En la comarca se decía, hablando de los alemanes de la abuela Sauvage:

«Esos cuatro han encontrado un nido.»

Ahora bien, una mañana en que la anciana estaba sola en casa, divisó a lo lejos en la llanura un hombre que se dirigía hacia su morada. Pronto lo reconoció, era el peatón encargado de repartir las cartas. Le entregó un papel doblado y ella sacó del estuche las gafas que utilizaba para coser; después leyó:

«Señora Sauvage, la presente es para darle una triste noticia.

Su hijo Víctor fue matado ayer por una bala de cañón, que mismamente lo cortó en dos partes. Yo estaba muy cerca, pues nos encontrábamos uno al lado del otro en la compañía y él me hablaba de usted para avisarla el mismo día que le ocurriera una desgracia.

He cogido el reloj de su bolsillo para llevárselo cuando acabe la guerra.

La saluda amistosamente.

CESAIRE RIVOT,

Soldado de 2.ª clase del 23 de Infantería.»

La carta estaba fechada hacía tres semanas.

No lloró. Se quedó inmóvil, tan sobrecogida y alelada, que ni siquiera sufría aún. Pensaba: «Ya está; han matado a Víctor.» Después poco a poco las lágrimas subieron a sus ojos, y el dolor invadió su corazón. Una tras otra acudían las ideas, espantosas, torturadoras. ¡No volvería a besar nunca a su hijo, a su muchacho, nunca jamás! Los gendarmes habían matado al padre, los prusianos habían matado al hijo... Una bala de cañón lo había cortado en dos. Y le parecía verla, aquella cosa tan horrible: la cabeza cayendo, con los ojos abiertos, mientras él se mordía la punta de su gran bigote, como hacía en los momentos de cólera.

¡Qué habrían hecho con su cuerpo, después? ¡Si al menos le hubieran devuelto a su hijo, como le habían devuelto a su marido, con una bala en medio de la frente!

Oyó un ruido de voces. Eran los prusianos que regresaban del pueblo. Escondió rápidamente la carta en el bolsillo y los recibió muy tranquila con la cara de costumbre, pues había tenido tiempo de secarse los ojos.

Reían los cuatro, encantados, porque traían un hermoso conejo, robado sin duda, y le hacían gestos a la vieja de que iban a comer algo bueno.

Se puso al punto a la tarea para preparar el almuerzo; pero, cuando hubo que matar al conejo, le faltaron las fuerzas. ¡No era el primero, sin embargo! Uno de los soldados acabó con él de un golpe detrás de las orejas. Una vez muerto el animal, ella desprendió la piel del cuerpo rojo; pero la vista de la sangre que manejaba, que le cubría las manos, de la sangre tibia que sentía enfriarse y coagularse, la hacía temblar de pies a cabeza; y veía siempre a su mocetón cortado en dos, y también todo rojo, como aquel animal todavía palpitante.

Se sentó a la mesa con sus prusianos, pero no pudo comer, ni siquiera un bocado. Ellos devoraron el conejo sin preocuparse de ella. Los miraba de través, sin hablar, madurando una idea, con un rostro tan

impasible que no percibieron nada.

De repente preguntó: «Ni siquiera sé sus nombres, y hace ya un mes que estamos juntos.» Ellos comprendieron, con bastante trabajo, lo que quería, y le dijeron sus nombres. No le bastaba: hizo que se los escribieran en un papel, con la dirección de sus familias y, volviendo a ponerse las gafas sobre su gran nariz, examinó aquella escritura desconocida, después dobló la hoja y se la metió en el bolsillo, junto a la carta que le comunicaba la muerte de su hijo. Cuando acabaron de comer, les dijo a los hombres:

«Voy a trabajar para ustedes.»

Y empezó a subir heno al granero donde dormían.

Ellos se asombraron de esta tarea; les explicó que tendrían menos frío, y se pusieron a ayudarla. Amontonaban las gavillas hasta el tejado de paja, e hicieron así una especie de gran habitación con cuatro paredes de forraje, cálida y perfumada, donde dormirían de maravilla.

A la hora de la cena, uno de ellos se preocupó al ver que la abuela Sauvage seguía sin comer. Afirmó que le dolía el estómago. Después encendió un buen fuego para calentarse, y los cuatro alemanes subieron a su alojamiento por la escalera de mano que utilizaban todas las noches.

En cuanto la trampilla quedó cerrada, la vieja retiró la escalera, después abrió sin hacer ruido la puerta de fuera, y fue a buscar más gavillas de paja con las que llenó la cocina. Marchaba descalza por la nieve, tan despacito que no se oía nada. De vez en cuando, escuchaba los ronquidos sonoros e irregulares de los cuatro soldados dormidos.

Cuando juzgó suficientes los preparativos, arrojó al fuego uno de los haces y, cuando se encendió, lo distribuyó sobre los demás; después volvió a salir y se quedó mirando.

Una claridad violenta iluminó en unos segundos todo el interior de la choza, después hubo un espantoso brasero, un gigantesco horno ardiente, cuyo resplandor brotaba por la estrecha ventana y lanzaba sobre la nieve un deslumbrante rayo.

Después un gran grito partió de lo alto de

la casa, luego se produjo un clamor de chillidos humanos, de llamadas desgarradoras de angustia y de temor. Luego, al derrumbarse en el interior la trampilla, un torbellino de fuego se introdujo en el granero, atravesó el tejado de paja, ascendió al cielo como una inmensa llama de antorcha; y toda la choza ardió.

Sólo se oía allá dentro el crepitar del incendio, el crujido de las paredes, el derrumbarse de las vigas. El tejado se hundió de repente, y la armazón ardiente de la casa lanzó al aire, entre una nube de humo, un gran penacho de chispas.

La campiña, blanca, iluminada por el fuego, brillaba como un mantel de plata teñido de rojo.

A lo lejos, empezó a sonar una campana. La abuela Sauvage seguía de pie, ante su morada destruida, armada con su fusil, temerosa de que alguno de los hombres escapara.

Cuando vio que se había acabado, arrojó su arma a la hoguera. Resonó una detonación.

Llegó gente, campesinos, prusianos. Encontraron a la mujer sentada en un tronco de árbol, tranquila y satisfecha. Un oficial alemán, que hablaba francés como un hijo de Francia, le preguntó:

«¿Dónde están sus soldados?»

Ella extendió el flaco brazo hacia el amasijo rojo del incendio que se apagaba, y respondió con voz firme:

«¡Allá dentro!»

Se agolpaban en torno a ella. El prusiano preguntó:

«(Cómo se prendió fuego?»

Ella pronunció:

«Fui yo la que lo prendí.»

No la creían, pensaban que el desastre la había vuelto loca de pronto. Entonces, mientras todos la rodeaban y la escuchaban, contó la cosa de cabo a rabo, desde la llegada de la carta hasta el último grito de los hombres quemados con su casa. No omitió detalle de cuánto había sentido ni de cuánto había hecho.

Cuando acabó, sacó del bolsillo dos papeles y, para distinguirlos a los últimos

resplandores del fuego, volvió a ajustarse las gafas, y después pronunció, mostrando uno: «Este, es la muerte de Victor.» Mostrando el otro agregó, mientras señalaba las rojas ruinas con un ademán de la cabeza: «Esto, son sus nombres, para que escriban a sus casas.» Tendió tranquilamente la hoja blanca al oficial, que la sujetaba por los hombros, y prosiguió:

«Escriba usted cómo ha ocurrido, y dígame a sus padres que fui yo quien lo hizo. ¡Yo, Victoire Simon, la Sauvage! No se le olvide.»

El oficial gritó unas órdenes en alemán. La cogieron, la arrojaron contra las paredes todavía calientes de su casa. Después doce hombres se colocaron rápidamente frente a ella, a veinte metros. Ella no se movió. Había comprendido; y esperaba.

Resonó una orden, seguida al punto por una larga detonación. Un disparo retrasado partió solo, después de los otros.

La vieja no cayó. Se desplomó como si le hubieran segado las piernas.

El oficial prusiano se acercó. Estaba casi cortada en dos, y en su mano crispada tenía su carta bañada en sangre.

Mi amigo Serval añadió:

«En represalia los alemanes destruyeron el palacio del pueblo, que me pertenecía.»

Yo pensaba en las madres de los cuatro apacibles muchachos quemados allí dentro; y en el heroísmo atroz de aquella otra madre, fusilada al pie de aquella pared.

Y recogí una piedrecita, ennegrecida todavía por el fuego.

Le Gaulois, 3 de marzo de 1884

¡Adios!

Adieu

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café veían el bulevar muy animado. Acariciábanles el rostro esas ráfagas tibias que circulan por las calles de Paris en las apacibles noches de verano y obligan a los transeúntes a erguir la cabeza, incitándolos a salir, a irse lejos, a cualquier parte en donde haya frondosidad, quietud, verdor... y hacen soñar en riveras inundadas por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de los dos—Enrique Simón—dijo,

suspirando profundamente:

—¡Ah! Envejezco. Antes, hace años, en noches como ésta, el mundo me parecía pequeño, era yo capaz de cualquier diablura, y ahora, sólo siento desilusiones y cansancio. ¡Es muy corta la vida!

Estaba ya un poco ventrudo. Tenía una esplendorosa calva y cuarenta y cinco años, aproximadamente.

Su acompañante—Pedro Carnier—algo más viejo, pero también más ágil y decidido, respondió:

—Para mi, amigo mío, la vejez llegó sin avisarme; no lo noté siquiera. Yo vivía siempre alegre; siempre fui vigoroso, divertido, emprendedor, y continuo siéndolo. Como nos miramos al espejo todos los días, no advertimos los estragos de la edad, porque su obra es lenta, incesante, acompasada, y modifica el rostro de una manera tan suave, tan continua, que resulta para cada cual imperceptible; no hay en su labor transiciones apreciables. Por eso no morimos de pena, como sin duda moriríamos advirtiendo en un instante los desmoches que sufre nuestra naturaleza en dos o tres años solamente. No podemos apreciarlos. Para que uno se diese cuenta de lo que pierde, sería necesario que pasara sin mirarse al espejo seis meses.

¡Oh! ¡Qué sorpresa tan desoladora recibiría!

¿Y las mujeres, amigo mío? Son más dignas de compasión que nosotros. Yo compadezco mucho, con toda mi alma, compadezco sinceramente a esas pobres criaturas llamadas mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su gloria, todo su orgullo, toda su vida se reducen a su belleza, que dura diez años.

Yo envejecí sin darme cuenta, me creía un adolescente aún, mientras andaba ya rondando la cincuentena. No padeciendo ningún achaque, ninguna dolencia, ninguna debilidad, vivía como siempre, dichoso y tranquilo.

La revelación de mi vejez ofrecióseme de una manera sencilla y terrible, que me dejó anonadado, aturdido, macilento durante una temporada. Luego, acabé resignándome, y

aquí me tienes otra vez tan fresco.

Como nos acontece a todos, los amores turbaron con frecuencia mi tranquilidad, pero un amor, uno principalmente, llegóme a lo vivo.. ¡Qué mujer aquella!

La conocí a la orilla del mar, en Etretat, un verano, hará doce años aproximadamente, poco después de terminada la guerra.

Nada tan delicioso como aquella playa, tempranito, a la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los rudos embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado.

Numerosas mujeres, formando espléndida muchedumbre, se reúnen y se apiñan sobre la estrecha extensión pedregosa que cubren de vestidos claros, convirtiéndola en un jardín cercado por altas peñas. El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonrío a los ojos.

Plácidamente sentados junto al agua, vemos a las bañistas. Bajan envueltas en sus peinadores de franela, que abandonan con airoso y resuelto ademán, en cuanto llegan a la franja espumosa de las olas tranquilas.

Entran en el mar, avanzando rápidamente, hasta que un estremecimiento frío y delicioso las detiene y las turba un instante, produciéndolas una breve sofocación.

Pocas bellezas resisten al examen que permite un baño. Allí se las juzga, se las analiza desde los pies hasta el pelo. Sobre todo, la salida es terrible, porque descubre todas las imperfecciones, aun cuando el agua de mar es un poderoso remedio para las carnes lacias.

La primera mañana que vi en el baño a la mujer que debía enamorarme como ninguna, dejome ya encantado y seducido. Sus líneas eran perfectas y sus formas bien pronunciadas y firmes. Además, hay rostros cuyo encanto nos penetra y nos domina bruscamente, invadiéndonos, conquistándonos de pronto. Imaginamos que

aquella mujer es la que debe. hacernos felices, que sólo nacimos para quererla y adorarla. En aquel momento sentí esa extraña sensación, esa violenta sacudida que nos dice: «Aquí está la única, la deseada.» Me hice presentar a ella, y bien pronto me hallé apasionado como nunca—ni hasta entonces, ni después—lo estuve. Sus encantos me abrazaban el corazón.

Es a un tiempo delicioso y terrible verse de tal modo poseído, dominado por una mujer. Es casi un suplicio, y asimismo es una dicha incomparable. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca oscilando traviesos, los menores detalles de su rostro, sus gustos más insignificantes me desconcertaban, me arrebatában, me enardecían. Ella era mí dueño, mi voluntad era suya y suyo todo mi ser; me atraía, esclavizándome, con sus palabras, con sus ojos, con sus ademanes, hasta con sus vestidos y con sus adornos; todo lo que la hermoseaba, ejercía sobre mí una influencia diabólica.

Me hacía suspirar su velillo puesto sobre un mueble, me desconcertaban sus guantes abandonados sobre un sillón. La hechura y la elegancia de sus vestidos me parecían inimitables. Ninguna mujer llevaba sombreros como los suyos.

Era una mujer casada. Su marido iba todos los sábados a verla para volverse los lunes. Aquellas visitas no me apuraron: vi siempre al marido con la mayor indiferencia. No me daba celos. Ignoro el motivo; pero jamás hombre alguno de los que traté ,o influyó tan poco, tuvo tan poca importancia en mi vida, ni ocupó menos mi atención. ¡Cuánto la quería! ¡Qué apasionado estaba yo por aquella mujer! Y ¡qué bonita era! ¡Qué graciosa! ¡Qué joven! Era la juventud, la elegancia, la frescura misma. Nunca pude convencerme, como entonces, de que la mujer es una criatura deliciosa, fina, elegante, delicada, hecha con todos los encantos y todos los primores. Nunca pude convencerme, como entonces, de la belleza seductora encerrada en la curva de una mejilla, en el mohín de unos labios, en los repliegues de una oreja, en la forma del órgano estúpido que se llama nariz.

Aquello duró tres meses, al cabo de los cuales me fui a los Estados Unidos con el corazón traspasado. Su recuerdo no me abandonaba, persistente y triunfante. Aquella mujer me poseía de lejos como de cerca me había poseído. Pasaron los años, pero no la olvidé. Su encantadora imagen se ofrecía constantemente a mis ojos, no se borraba ni un solo instante de mi pensamiento. Aquel amor inextinguible me dominaba; era un cariño constante y fiel, una ternura tranquila, como la memoria venerada y dulce de lo más hermoso, de lo más encantador que había conocido yo en mi vida.

¡Doce años representan muy poco en la existencia de un hombre! Tanto es así, que apenas podemos darnos cuenta de que pasan. Uno tras otro, los años transcurren a la vez apacible y atropelladamente, lentos y precipitados; parecen interminables y se acaban en seguida. Se van sumando con tanta rapidez, empújense y sucedense de tal modo, que no dejan casi un rastro perceptible. Desvanecidos a la sombra de nuestros deseos, de nuestros afanes, pasan de continuo. Y si queremos volver atrás los ojos para discurrir acerca del tiempo que ha pasado, no podemos darnos clara explicación de cómo envejecimos. La vejez sorprende al hombre un día, y el hombre se pregunta de dónde sale aquella triste compañera, que no le abandonó un solo instante.

Al cabo de doce años, me pareció que habían pasado sólo algunos meses desde aquel verano delicioso en la encantadora playa de Etretat.

De regreso en Paris, un día de la última primavera, fuíme a Malsons—Laffitte, para comer con unos amigos.

En la estación, casi al momento de ponerse en marcha el tren, subió al vagón una señora obesa, escoltada por cuatro niñas. Apenas me digné mirar a la madre llueca, tan abultada, tan redonda, tan mofletuda, tan poco interesante, que remolcaba con dificultad su respetable mole y su numerosa descendencia.

Respiró agitada, como si estuviese ahogándose, fatigada por la prisa que se dio

para llegar a tiempo.

Las niñas comenzaron a charlar. Yo, desdoblado un periódico, empecé a leer. Acabábamos de pasar la estación de Asnières, cuando mi compañera de viaje me interrogó de pronto:

—Dispense usted la pregunta, caballero:

¿No es usted el señor Carnier?

—Sí, señora.

Entonces ella soltó la risa; una risa franca de mujer tranquila y modesta. Pero noté en su acento un asomo de triste desencanto, al preguntarme:

—¿No me conoce usted?

Dudé de contestar. En efecto, creí haber visto en alguna parte aquella cara: sus facciones me recordaban algo, alguien... Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo las había visto? Y respondí:

—Efectivamente... Creo..., si... no... Yo la conozco a usted; no hay duda... Si me diera usted su nombre...

Ella, ruborizándose un poco, pronunció:

—Julia Lefèvre.

Nunca he recibido impresión tan violenta. Me pareció que todo acababa para mí en un segundo, como si de pronto se hubiera desgarrado ante mis ojos un velo tras el cual se me revelarían desventuras amenazadoras y terribles.

¡Era ella! Una señora obesa y vulgar, ¡ella! Y habla lanzado al mundo aquella nidada, ¡cuatro niñas!, durante mi ausencia. Las criaturas me asombraban tanto como su madre. Obra suya; eran los retoños de su vida. Crecieron y ocupaban ya un lugar en el mundo; mientras la deliciosa hermosura, la maravilla de gracia y belleza que yo conocí, se había desvanecido, ya no inspiraba ningún entusiasmo. ¿Cómo se realiza una transformación tan espantosa en tan breve tiempo? En un día..., porque hubiera jurado que horas antes la vi como era... ¡y la encontraba de pronto cambiada! ¿Es posible? Un sufrimiento, una congoja me oprimía el corazón, y también una protesta indignada, rebelándome contra la Naturaleza, contra esa obra infame de brutal destrucción.

La contemplé angustiado. Luego, al oprimir su mano, acudieron lágrimas a mis

ojos. Lloré su juventud perdida; lloré su muerte. Había muerto la que yo conocí, la señora mofletuda y abultada que se me presentó era otra; ¡yo no la conocía! También ella, emocionándose, balbució: —He cambiado mucho, ¿no es verdad? Así es el mundo; ¡todo pasa! Ya lo ve usted; ahora soy una madre solamente, una madre cariñosa, una madre buena. Lo demás, pasó, acabó, no volverá. ¡Oh! Ya supuse que usted no me reconocería si por casualidad nos encontráramos, como ha sucedido. También usted ha cambiado bastante. Tuve que fijarme bien, que reflexionar mucho, que discurrir algo, para estar segura de no engañarme. Tiene usted ya el pelo blanco. Naturalmente. ¡Hace mucho tiempo! Mi niña mayor, tiene diez años. ¡Hace ya doce años! Miré a la niña y descubrí en ella un encanto semejante al que tuvo su mamá en otro tiempo; las facciones, las formas de la criatura, recordando las de su madre, aún eran de contornos indecisos, de una expresión vaga, pero anunciaban un delicioso porvenir.

Y la vida se me apareció rápida, como un viaje en ferrocarril.

Llegamos a Maisons — Laffitte. Besé la mano de mi amiga. En mi conversación con ella, sólo se me habían ocurrido vulgaridades; no encontré ni una frase feliz. Estaba demasiado aturdido para reflexionar.

Por la noche, y aprovechando un cuarto de hora que mis amigos me dejaron solo, contemplé detenidamente mi rostro en un espejo. Y acabé recordando mi fisonomía como era en otro tiempo; imaginé mis bigotazos y mis cabellos negros, mis facciones juveniles, mis ojos penetrantes...

Ya todo había cambiado. Me hallé viejo.

¡Adiós!

Gil Blas, 18 de abril de 1884

El afeminado

L'homme fille

Cuántas veces oímos decir: "Es encantador este hombre, pero es una mujer, una mujer auténtica".

Vamos a hablar del afeminado, la peste de nuestro país.

Ya que nosotros, en Francia, somos todos

afeminados, es decir, cambiantes, antojadizos, inocentemente pérfidos, sin orden en las convicciones o la voluntad, violentos y débiles como las mujeres. Pero el más irritante de los afeminados es seguramente el parisino y de los bulevares, en el que las apariencias de inteligencia son más acusadas y que reúne en sí mismo, exageradas por su temperamento de hombre, todas las seducciones y todos los defectos de las encantadoras mujerzuelas.

Nuestra Cámara de Diputados está poblada de afeminados. Ellos forman el gran partido de los oportunistas amables que podríamos llamar los "hipnotizadores". Estos son los que gobiernan con palabras suaves y promesas engañosas, que saben dar la mano de forma que se creen afectos, decir "querido amigo" de una manera delicada a las personas que menos conocen, cambiar de opinión sin ni siquiera sospecharlo, exaltarse ante cualquier idea nueva, ser sincero en sus creencias cambiantes como veletas, dejarse engañar de la misma forma que ellos engañan, no recordar al día siguiente lo que dijeron la víspera.

Los periódicos están llenos de afeminados. Tal vez sea aquí donde más los encontramos, pero es también aquí donde son más necesarios. Hay que exceptuar algunas voces como "Los Debates" o "La Gaceta de Francia". Evidentemente, todo buen periodista debe ser un poco mujer, es decir, estar a las órdenes del público, servil aceptando inconscientemente los regueros de la corriente de opinión pública, voluble y versátil, escéptico y crédulo, malvado y servicial, bromista y necio, entusiasta e irónico y siempre convencido pero sin creer en nada.

Los extranjeros, nuestros anti—modelos como decía la Sra. Abel, los tenaces ingleses y los pesados alemanes, nos consideraron y considerarán hasta el final de los siglos, con un cierto asombro mezclado de desprecio. Nos ven superficiales. No es eso, nosotros lo que somos son mujeres. He aquí el por qué se nos ama a pesar de nuestros defectos, que regresan a nosotros a pesar de todo lo malo que de nosotros se dice; son discusiones

amorosas....!

El afeminado, tal y como lo encontramos por el mundo, es tan encantador que os engancha en una charla de cinco minutos. Su sonrisa parece hecha para vosotros; no podemos dejar de pensar que su voz no tiene, en honor a vosotros, más que entonaciones particularmente amables. Cuando nos abandona, tenemos la sensación de conocerle hace veinte años. Estamos totalmente dispuestos a prestarle dinero, si nos lo pide. Nos ha seducido como una mujer.

Si tiene modales dudosos, no se le puede guardar rencor, ¡tan gentil como es él cuando volvemos a verle! ¿Que se disculpa? ¡Nos entran ganas de pedirle perdón! ¿Que miente? ¡No podemos creerle! ¿Que os engaña indefinidamente con promesas siempre falsas? Le sabemos tan convencido de sus propias promesas como si hubiera removido el mundo para haceros un favor.

Cuando admira algo, se emociona con expresiones tan sentidas que os mete en el alma sus convicciones. Ha adorado a Victor Hugo y hoy día lo trata de vulgar. Se hubiera batido en duelo por Zola y lo abandona por Barbey d'Aurevilly. Y cuando admira, no admite restricciones de ningún tipo; os abofetearía por un palabra; pero cuando se pone a despreciar no conoce límites en su desdén y no acepta que se proteste.

En suma, no comprende nada.

Escuchen charlar a dos mujeres:

—"Entonces, ¿estás enfadada con Julia? Te creo, yo la abofeteé.

—¿Qué te había hecho?

—Le había dicho a Paulina que yo estaba en la miseria trece meses de cada doce. Y Paulina se lo dijo a su vez a Gontran.

¿Entiendes?

—¿Vivíais juntas en la calle Clauzel?

—Hemos vivido juntas durante cuatro años en la calle Bréda; después nos enfadamos por un par de medias, que ella pretendía que yo había puesto, —no era verdad—, unas medias de seda que ella había comprado a la madre Martin. Entonces le largué un guantazo. Y me abandonó allí. La reencontré hace seis meses y me dijo que fuera a su casa ya que había

alquilado una casa dos veces más grande."
No escuchamos el resto, pasamos.
Pero como íbamos el domingo siguiente a
Saint—Germain, dos jovencitas subieron en el
mismo vagón. Reconocimos a una de ellas
enseguida, la enemiga de Julia. ¿La otra...?
¡¡Es Julia!!!
Y se hacían carantoñas, caricias,
proyectos.

"— Dime, Julia.

—Escucha, Julia etc"

El afeminado tiene amistades de esta
naturaleza. Durante tres meses no puede
dejar a su viejo Jacques, su querido Jacques.
No existe nadie más que Jacques en el
mundo. Solo él tiene ingenio, sensatez,
talento. Solo él es alguien en Paris. Se les
encuentra por todas partes juntos, cenan
juntos, van juntos por las calles, y cada tarde
se trasladan juntos diez veces de la puerta de
uno a la de otro sin decidirse a separarse.
Tres meses más tarde, así habla de
Jacques:

"Ya está ese crápula, ese vago, bribón. He
aprendido a conocerlo, vamos. Ni siquiera
honesto, y mal educado, etc., etc."

De nuevo tres meses después, y viven
juntos; pero una mañana sabemos que se
han batido en duelo y después abrazado,
llorando, sobre el campo.

Ellos son, conviviendo, los mejores amigos
del mundo, enfadados hasta la muerte la
mitad del año, calumniándose y queriéndose
a ratos, con profusión, apretándose las
manos hasta romperse los huesos y listos
para partirse el vientre por una palabra mal
entendida.

Ya que las relaciones de los afeminados
son inciertas, su humor sufre altibajos, su
exaltación nos sorprende, su ternura gira, su
entusiasmo se eclipsa. Un día, os quieren, al
día siguiente os miran con pena, porque
tienen, en suma, una naturaleza femenina,
una seducción femenina, un temperamento
femenino; y todos sus sentimientos se
parecen al amor femenino.

Ellos tratan a sus amigos como las cursis a
sus perritos.

Ese perrito adorado que abrazamos
infinitamente, que alimentamos de azúcar,

que acostamos sobre la almohada de la cama, pero que arrojaremos enseguida por la ventana en un movimiento de impaciencia, que hacemos girar como una honda sujetándolo por la cola, que apretamos con los brazos hasta estrangularlo y que zambullimos, sin razón, en un cubo de agua fría.

Por eso qué extraño espectáculo la ternura de una verdadera mujer y la de un afeminado.

El le pega y ella le araña, se detestan, no pueden verse y no pueden dejarse, enganchados el uno al otro por no se sabe qué lazos misteriosos del corazón. Ella le engaña y él lo sabe, solloza y perdona.

El acepta la cama que paga otro y se cree, de buena fe, irreprochable. Él la desprecia y la adora sin distinguir que ella tendría el derecho de devolverle su desprecio. Sufren los dos atrocemente el uno por el otro sin poder desunirse; se lanzan de la mañana a la noche a la cabeza sacos de injurias y reproches, acusaciones abominables, después nerviosos en exceso, vibrantes de rabia y de odio, caen en los brazos el uno del otro y se abrazan perdidamente, enredando sus bocas temblorosas y sus almas de locas.

El afeminado es valiente y cobarde al mismo tiempo; tiene, más que cualquier otro, el sentimiento exaltado del honor, pero le falta el sentido de la simple honestidad, y, si las circunstancias ayudan, tendrá flaquezas y cometerá infamias de las que no se dará cuenta alguna; ya que él obedece, sin discernimiento, a las oscilaciones de su pensamiento siempre arrastrado.

Engañar a un acreedor le parecerá cosa permisible y casi impuesta. Para él, no pagar su deudas es honorable, a menos que sean de juego, es decir, un poco sospechosas; timará en ciertas condiciones en que la ley del mundo admite; si se encuentra escaso de dinero, pedirá prestado por todos los medios no teniendo escrúpulos por jugar un poco con los préstamos; pero mataría de un sablazo, con una indignación sincera, al hombre que pusiera en duda solamente su falta de delicadeza.

Gil Blas, 13 de abril de 1883

A las aguas

Aux eaux

DIARIO DEL MARQUÉS DE ROSEVEYRE

12 DE JUNIO 1880.— ¡A Loèche! ¡Quieren que vaya a pasar un mes a Loèche!

¡Misericordia! ¡Un mes en esta ciudad que dicen ser la más triste, la más muerta, la más aburrida de las villas! ¡Qué digo, una ciudad! ¡Es un agujero, no una ciudad! ¡Me condenan a un mes de baño..., en fin!

13 DE JUNIO.— He pensado toda la noche en este viaje que me espanta ¡Sólo me queda una cosa por hacer, voy a llevar una mujer! ¿Podrá distraerme esto, tal vez? Y además yo aprenderé, con esta prueba, si estoy maduro para el matrimonio.

Un mes a solas, un mes de vida en común con alguien, de una vida en pareja completa, de conversación a todas las hora del día y de la noche. ¡Diablos!

Estar con una mujer durante un mes, es verdad, no es tan grave como tenerla de por vida; pero es de por sí mucho más serio que estar con ella por una noche. Sé que podré devolverla, con algunos cientos de luses; ¡pero entonces permaneceré solo en Loèche, lo que no es nada divertido!

La elección será difícil. No quiero ni una coqueta ni una espabilada. Es necesario que no me sienta ni ridículo ni orgulloso de ella. Quiero que se diga: “El Marqués de Roseveyre está de buena suerte”; pero no quiero que se cuchichee: “Ese pobre Marqués de Roseveyre!”. En suma, tengo que exigir a mi pasajera compañera todas las cualidades que exigiría a mi compañera definitiva. La única diferencia que se puede establecer es aquella que existe entre el objeto nuevo y el objeto de ocasión. ¡Bah!, ¡se puede encontrar, voy a pensar en ello!

14 DE JUNIO.— ¡Berthe!... He aquí mi acompañante. Veinte años, guapa, recién salida del Conservatorio, esperando un papel, futura estrella. Buenos modales, altivez, carácter y... amor. Objeto de ocasión pudiendo pasar por nuevo.

15 DE JUNIO.— Está libre. Sin compromiso de negocios o de corazón, ella acepta, yo mismo he encargado sus vestidos, para que no tenga aspecto de jovencita.

20 DE JUNIO.— Basilea. Duerme. Voy a comenzar mis notas de viaje.

De hecho, ella es encantadora. Cuando llegó a la estación delante de mí, no la reconocía, hasta tal punto tenía aspecto de mujer de mundo. Verdaderamente tiene porvenir esta niña.... en el teatro.

Me pareció cambiada en sus modales, en su andar, en su actitud y sus gestos, en la forma de sonreír, en la voz, en todo, irreprochable, en fin. ¡Y peinada! ¡Oh! Peinada de una forma divina, de una manera encantadora y sencilla, en una mujer que ya no tiene que atraer las miradas, que ya no tiene que agradar a todos, cuyo papel ya no es seducir, a primera vista, a los que la vean, sino que quiere gustar a uno solo, discreta y únicamente. Y esto se dejaba ver en todo su aspecto. Se mostraba tan finamente y tan completamente, la metamorfosis me pareció tan absoluta y hábil, que le ofrecí mi brazo como hubiera hecho con mi mujer. Ella lo tomó con soltura como si se tratara de mi mujer.

Frente a frente en el portalón permanecemos en un primer momento inmóviles y mudos. Después ella levantó su velo y sonrió... Nada más. Un sonreír de buen tono. ¡Oh! Me daba miedo besarla, la comedia de la ternura, el eterno y banal juego de los jóvenes. Pero no, ella se contuvo. Es fuerte. Más tarde hemos charlado un poco como dos jóvenes esposos, un poco como dos extraños. Era amable. Muchas veces sonreía mirándome. Era yo ahora quien tenía ganas de abrazarla. Pero permanecí tranquilo.

En la frontera, un funcionario abrió bruscamente la puerta y me preguntó:

—¿Su nombre, señor?

Me sorprendió. Respondí:

—Marqués de Roseveyre.

—¿A dónde se dirige usted?

—A las termas de Loèche, en le Valais.

Escribió en un registro. Respondió:

—¿La señora es su mujer?

¿Qué hacer? ¿Qué responder? Levanté los ojos hacia ella dudando. Ella estaba pálida y miraba a lo lejos...

Sentí que iba a ofenderla muy gratuitamente. Y además, en fin, sería mi

compañía durante un mes.

Dije:

—Sí, señor.

De repente la vi enrojecer. Me sentí feliz.

Pero en el hotel, llegando aquí, la propietaria le tendió el registro. Ella me lo pasó muy rápidamente; me di cuenta de que ella me estaba mirando mientras escribía.

¡Era nuestra primera noche de intimidad!...

¿Una vez pasada la página, quien leería este registro? Yo escribí: “Marqués y marquesa de Roseveyre, dirigiéndose a Loèche.”

21 DE JUNIO.— Seis de la mañana. Bâle.

Salimos para Berne. Decididamente tengo buena mano.

21 DE JUNIO.— Diez de la noche. Jornada singular. Estoy un poco emocionado. Esto es tonto y divertido.

Durante el trayecto, hemos podido hablar un poco. Se había levantado un poco temprano; estaba cansada; dormitaba.

Tan pronto estuvimos en Berne, quisimos contemplar ese panorama de los Alpes que yo no conocía en absoluto; y he aquí que salimos por la ciudad, como dos recién casados.

Y de repente percibimos una llanura desmesurada, y allá abajo, allá abajo, los glaciares. De lejos, así, no parecían inmensos; sin embargo, aquella vista me produjo un escalofrío en las venas. Un resplandeciente sol poniente caía sobre nosotros; el calor era terrible. Fríos y blancos permanecían ellos, los montes helados. El Jungfrau, el Vierge, dominando a sus hermanos, extendía su ancha falda de nieve, y todos, hasta perderse de vista, se alzaban a su alrededor, los gigantes de cabeza blanca, las eternas cimas heladas que el agonizante día hacía más claras, como plateadas, sobre el azul oscuro de la noche.

Su infinidad inerte y colosal daba la sensación de comienzo de un mundo sorprendente y nuevo, de una región escarpada, muerta, petrificada pero atrayente como el mar, llena de un poder de seducción misteriosa. El aire que había acariciado sus cimas siempre heladas parecía venir hacia nosotros por encima de los campos estrechos y floridos, muy diferente al aire fecundante

de las llanuras. Tenía algo de desapacible y de poderoso, de estéril, como un aroma de espacios inaccesibles.

Berthe, ensimismada, observaba sin cesar, sin poder pronunciar ni una palabra.

De repente me cogió la mano y la apretó.

Yo mismo sentía en el alma esa especie de fiebre, esa exaltación que nos sobrecoje delante de ciertos espectáculos inesperados.

Agarré esa pequeña mano temblorosa y la llevé a mis labios; y la besé, a fe mía, con amor.

Permanecí un poco turbado. ¿Pero por quien? ¿Por ella o por los glaciares?

24 DE JUNIO.— Loèche, diez de la noche.

Todo el viaje ha sido delicioso. Hemos pasado medio día en Thun, contemplando la ruda frontera de montañas que debíamos franquear al día siguiente.

Al amanecer, atravesamos el lago, el más hermoso de Suiza tal vez. Unas mulas nos esperaban. Nos sentamos sobre sus lomos y partimos. Después de haber desayunado en un pueblecito, comenzamos a escalar, entrando lentamente en la garganta que sube poblada de árboles, siempre dominada por las altas cumbres. De territorio en sitio, sobre las pendientes que parecen venir del cielo; se distinguen puntos blancos, chalets contruidos allí no se sabe cómo.

Atravesamos torrentes, percibimos, a veces, entre dos puntiagudas cimas y cubiertas de abetos, una inmensa pirámide de nieve que parecía tan próxima que hubiéramos jurado alcanzarla en diez minutos, pero que apenas habríamos llegado en veinticuatro horas.

A veces atravesábamos caos de piedras, estrechas llanuras tapizadas de rocas desprendidas como si dos montañas se hubieran enfrentado en esta contienda, dejando sobre el campo de batalla los restos de sus miembros de granito.

Berthe, extenuada, dormía sobre su animal, abriendo de vez en cuando los ojos para ver de nuevo. Acabó por adormecerse, y yo la sujetaba por una mano, feliz de su contacto, de sentir a través de su vestido el suave calor de su cuerpo. Llegó la noche, todavía subíamos. Nos paramos delante de la puerta de un pequeño albergue perdido en la

montaña.

¡Dormimos! ¡Oh! ¡Dormimos!

Al amanecer, corrí a la ventana, y prorrumpí en un grito. Berthe llegó a mi lado y se quedó estupefacta y embelesada.

Habíamos dormido en la nieve.

Todo a nuestro alrededor, montes enormes y estériles cuyos huesos grises sobresalían bajo su abrigo blanco, montes sin pinos, sombríos y helados, se elevaban tan alto que parecían inaccesibles.

Una hora después de estar en ruta de nuevo, percibimos, al fondo de este embudo de granito y de nieve, un lago negro, sombrío, sin una onda, que durante largo tiempo habíamos seguido. Un guía nos trajo algunos edelweiss, las flores blancas de los glaciares. Berthe hizo un ramillete para su blusa.

De repente, la garganta de peñascos se abrió delante de nosotros, descubriendo un horizonte sorprendente: toda la cadena de los Alpes piemonteses más allá del valle del Ródano. Las enormes cumbres, de lugar en lugar, dominaban la multitud de cimas menores. Eran el monte Rose, arduo y macizo; el Cervin, recta pirámide donde muchos hombres han muerto, el Dent—du—Midi; otros cientos de puntos blancos, relucientes como cabezas de diamantes, bajo el sol.

Pero bruscamente el sendero que seguíamos se detuvo al borde de un precipicio, y en el abismo, en el fondo del agujero negro de dos mil metros, encerrado entre cuatro muros de rectos peñascos, sombríos, salvajes, sobre una capa de hierba, percibimos algunos puntos blancos con bastante parecido a corderos en un prado.

Eran las casas de Loèche.

Fue necesario dejar las mulas, siendo el camino tan peligroso. El sendero desciende a lo largo de la roca, serpentea, gira, va, vuelve, sin jamás perder de vista el precipicio, y siempre también el pueblo que crece a medida que nos acercamos. Es a lo que se le llama el pasaje de la Gemmi, uno de los más bellos de los Alpes, si no el más bello.

Berthe, apoyándose en mí, prorrumpía

gritos de alegría y gritos de pavor, feliz y temerosa como un niño. Como estábamos a algunos pasos de los guías y ocultos por un voladizo de la roca, me abrazó. Yo la abracé...

Yo me había dicho:

—En Loèche, pondré cuidado en hacer entender que no estoy con mi mujer.

Pero por todos lados yo la había tratado como tal, en todas partes la había hecho pasar por la Marquesa de Roseveyre. No podía ahora inscribirla bajo otro nombre. Y además la habría herido en el corazón, y verdaderamente era encantadora.

Pero le dije:

—Querida amiga, llevas mi apellido, la gente me cree tu marido; espero que te comportes con todo el mundo con una extrema prudencia y una extrema discreción. Nada de conocidos, de charlas, de relaciones. Que te crean noble, actúa de forma que nunca tenga que reprocharme lo que he hecho.

Ella respondió:

—No tenga miedo, mi pequeño René.

26 DE JUNIO.— Loèche no es triste. No. Es salvaje, pero muy hermosa. Este muro de rocas altas de dos mil metros, de donde se deslizan cientos de torrentes semejantes a hilillos de plata; este ruido eterno del agua que discurre; este pueblo sepultado en los Alpes desde donde se ve, como desde el fondo de un pozo, el sol lejano atravesar el cielo; el glaciar vecino, muy blanco en la escotadura de la montaña, y ese pequeño valle lleno de arroyos, lleno de árboles, pleno de frescura y de vida, que desciende hacia el Ródano y deja ver en el horizontes las cimas nevadas del Piémont: todo esto me seduce y me encandila. Tal vez si... si Berthe no estuviera aquí?...

Es perfecta, esta niña, reservada y distinguida más que nadie. Yo escucho decir:

—¡Qué hermosa es, esta marquesita!...

27 DE JUNIO.— Primer baño.

Descendemos directamente de la habitación a las piscinas, donde veinte bañistas tiemblan, ya vestidos con largos vestidos de lana, juntos hombres y mujeres. Unos comen, otros leen, otros charlan. Mueven delante de

sí pequeñas tablas flotantes. A veces juegan al anillo, lo que no siempre es decoroso.

Vistos a través de las galerías que rodean el baño, tenemos aspecto de gruesos sapos en una tinaja.

Berthe ha venido a sentarse a esta galería para charlar un poco conmigo. La han mirado mucho.

28 DE JUNIO.— Segundo baño. Cuatro horas de agua. Las tomaré de ocho en ocho horas. Tengo por compañeros bañistas el Príncipe de Vanoris (Italia), el Conde Lovenberg (Austria), el barón Samuel Vernhe (Hungría u otra parte), además una quincena de personajes de menor importancia, pero todos nobles. Todo el mundo es noble en las villas termales.

Ellos me piden, uno tras otro, ser presentados a Berthe. Yo respondo: “¡Sí!” y me retiro. Me creen celoso, ¡qué tontería!

29 DE JUNIO.— ¡Diablos! ¡Diablos! La Princesa de Vanoris ha venido ella misma en persona a buscarme, deseando conocer a mi mujer, en el momento en que entrábamos en el hotel. Yo le presenté a Berthe, pero le he rogado con delicadeza que evitara encontrarse con esta dama.

2 DE JULIO.— El Príncipe nos ha agarrado del cuello para llevarnos a su apartamento, donde los bañistas insignes tomaban el té. Berthe era, sin duda alguna, mejor que todas las damas; ¿pero qué hacer?

3 DE JULIO.— ¡A fe mía, qué le vamos a hacer! Entre estos treinta hidalgos, ¿no se encuentran al menos diez de fantasía? ¿Entre estas dieciséis o diecisiete mujeres, están más de doce seriamente casadas, y de estas doce, más de seis irreprochables? ¡Tanto peor para ellas, tanto peor para ellos! ¡Ellos lo han querido!

10 DE JULIO.— Berthe es la reina de Loèche! ¡Todo el mundo está loco por ella; la celebran, la miman, la adoran! Por otra parte, ella es soberbia en gracia y distinción. Me envidian.

La Princesa de Vanoris me ha preguntado: —¡Ah!, Marqués, ¿dónde ha encontrado este tesoro?

Yo tenía deseos de responder:

—¡Primer premio del Conservatorio, curso

de comedia, contratada en el Odeón, libre a partir del 5 de agosto de 1880!

¡Qué cara hubiera puesto, Dios mío!

20 DE JULIO.— Berthe es realmente sorprendente. Ni una falta de tacto, ni una falta de gusto; ¡una maravilla!

10 DE AGOSTO.— París. Se acabó. Tengo el corazón hecho polvo. La víspera de la partida creí que todo el mundo iba a llorar. Decidimos ir a ver amanecer sobre el Torrenthon, luego de volver a descender a la hora de nuestra partida.

Nos pusimos en marcha hacia media noche, sobre unas mulas. Los guías portaban faroles: y la larga caravana se extendía por el camino sinuoso del bosque de pinos. Luego atravesamos los pastos donde rebaños de vacas erraban en libertad. Después alcanzamos la región de las rocas, donde la misma hierba desaparecía.

A veces, en la sombra, se distinguía, sea a derecha, sea a izquierda, una masa blanca, un amontonamiento de nieve en un agujero de la montaña.

El frío llegaba a ser mordiente, pinchaba los ojos y la piel. El viento desecante de las cimas soplabá, quemando las gargantas, aportando los hálitos helados de cien lugares de picos congelados.

Cuando llegamos a nuestro destino era ya de noche. Desembalamos todas las provisiones para beber el champán al amanecer.

El cielo palidecía sobre nuestras cabezas. Vimos de pronto un obstáculo a nuestros pies; luego, a unos cientos de metros, otra cima.

El horizonte entero parecía lívido, sin que se distinguiera nada todavía a lo lejos. Pronto descubrimos, a la izquierda, una enorme cima, el Jungfrau, después otra, después otra. Aparecían poco a poco como si fueran levantándose a lo largo del nacimiento del día. Y nosotros quedábamos estupefactos de encontrarnos así en el medio de estos colosos, en este país desolado de nieves eternas. De repente, en frente, se nos mostró la desmesurada cadena del Piémont. Otras cumbres aparecieron al norte. Realmente era el inmenso país de los grandes montes de

frentes helados, desde el Rhindenhorn,
pesado como su nombre, hasta el fantasma
apenas visible del patriarca de los Alpes, el
Mont Blanc.

Unos eran orgullosos y rectos, otros
acuclillados, otros deformes, pero todos
homogéneamente blancos, como si algún
Dios hubiera arrojado sobre la jorobada tierra
un sábana inmaculada.

Unos parecían tan cerca que habríamos
podido saltar sobre ellos; otros estaban tan
lejos que apenas los distinguíamos.

El cielo se volvió rojo; y todos
enrojecieron. Las nubes parecían sangrar
sobre ellos. Era maravilloso, casi pavoroso.
Pero pronto la nube encendida palideció, y
toda la armada de cumbres insensiblemente
se volvió rosa, de un rosa suave y tierno
como los vestidos de una jovencita.

Y el sol apareció por encima de la capa de
nieves. Entonces, de repente, el pueblo
entero de los glaciares se hizo blanco, de un
blanco brillante, como si el horizonte
estuviera lleno de una multitud de cúpulas de
plata.

Las mujeres, extasiadas, miraban.

Se estremecieron; un tapón de champán
acababa de saltar; Y el Príncipe de Vanoris,
ofreciendo un vaso a Berthe, gritó:

—¡Bebo por la Marquesa de Roseveyre!

Todos clamaron: “ ¡Yo bebo por la
Marquesa de Roseveyre!”

Ella montó encima de su mula y
respondió:

—¡Yo bebo por todos mis amigos!

Tres horas más tarde, cogimos el tren para
Ginebra, en el valle del Ródano.

Tan pronto estuvimos a solas Berthe, tan
feliz y contenta hace un rato, se puso a
sollozar, el rostro entre sus manos.

Yo me lancé a sus rodillas:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes? Dime, ¿qué
tienes?

Ella balbuceó entre sus lágrimas:

—¡Es... es... es pues que se ha acabado
ser una mujer honesta!

¡Verdaderamente, en ese momento estuve
a punto de cometer una tontería, una gran
tontería...!

No la hice.

Dejé a Berthe entrando en París. Tal vez más tarde habría sido demasiado débil.

(El diario del Marqués de Roseveyre no ofrece ningún interés durante los dos años siguientes. En la fecha 20 de julio de 1883 encontramos las líneas siguientes).

20 DE JULIO DE 1883.— Florencia. Triste recuerdo dentro de poco. Me paseaba por los Cassines cuando una mujer hizo parar su coche y me llamó. Era la Princesa de Vanoris. Tan pronto me tuvo al alcance de la voz: —¡Oh!, Marqués, mi querido Marqués, ¡qué contenta estoy de reencontrarlo! Rápido, rápido, deme noticias de la Marquesa; es realmente la mujer más encantadora que he visto en toda mi vida!.

Me quedé sorprendido, no sabiendo qué decir y golpeado en el corazón de una forma violenta. Balbuceé:

—No me hable nunca de ella, Princesa, hace tres años que la he perdido.

Ella me cogió la mano.

—¡Oh! ¡Cómo lo siento, amigo mío!

Se fue. Me sentí triste, descontento, pensando en Berthe, como si acabáramos de separarnos.

¡El Destino muy a menudo se equivoca! Cuántas mujeres honestas habían nacido para ser mujerzuelas, y lo demuestran.

¡Pobre Berthe! Cuántas otras habían nacido para ser mujeres honestas...y ésta... más que las demás... tal vez.... En fin, no pensemos más.

Le Gaulois, 24 de julio de 1883

Ahogado

Le noyé

I

Todos conocían en Fècamp la historia de la tía Patin. Era una mujer que no había sido feliz, ni mucho menos, con su marido; porque su marido la apaleaba lo mismo que se apalea el trigo en las granjas.

Era patrón de una lancha de pesca, y se casó con ella, de esto hacía tiempo, porque era bonita, aunque pobre.

Buen marinero, pero hombre violento, el tío Patin era cliente asiduo de la taberna del tío Aubán, en la que se echaba al cuerpo, los días en que no pasaba nada, cuatro o cinco copas, y los días en que se le había dado bien

la pesca, ocho, diez o más, si se lo pedía el cuerpo, como él decía.

Servía el aguardiente a los parroquianos la hija del tío Aubán, una morena de buen ver, que si atraía a la clientela era únicamente por su buen palmito, porque jamás había dado que hablar con su conducta.

Cuando Patin entraba en la taberna, le producía satisfacción el verla, y le dirigía piropos corteses, frases moderadas de mozo formal. Después de la primera copa, ya la llamaba bonita; a la segunda, le guiñaba el ojo; a la tercera, se le declaraba: «Si usted quisiese, Deseada...», pero nunca acababa la frase; a la cuarta copa, intentaba sujetarla por la falda para darle un beso, y cuando llegaba a la décima, tenía que encargarse de seguir sirviéndole el mismo tío Aubán.

El tabernero, práctico en todos los recursos del oficio, hacía que Deseada tratase con la clientela, para que ésta hiciese más gasto; y Deseada, que por algo era hija del tío Aubán, se rozaba con los bebedores y bromeaba con ellos, siempre con la sonrisa en los labios y una expresión de picardía en los ojos.

A fuerza de beber copas de aguardiente, acabó Patin por hacerse a la cara de Deseada, y pensaba ya en ella hasta en el mar, cuando tiraba las redes, muy lejos de la costa, lo mismo en las noches de viento que en las de calma, lo mismo si era noche de luna que si era noche cerrada. Y mientras sus cuatro compañeros dormitaban con la cabeza apoyada en el brazo, Patín, a popa, con el timón en la mano, pensaba en Deseada. La vela sonriéndole siempre, y que le servía el aguardiente amarillo con un ligero movimiento del hombro, diciéndole antes de retirarse:

—¡Así! ¿Quiere algo más?

De tanto tenerla dentro de sus ojos y dentro de sus recuerdos, le entraron tales ansias de casarse con ella, que ya no pudo dominarse, y pidió su mano.

El era rico; la embarcación y los aparejos eran de su propiedad, y tenía una casa al pie de la colina, frente al rompeolas; el tío Aubán, en cambio, no poseía nada. Fue acogida su petición con la mayor solicitud, y

la boda tuvo lugar lo antes posible, porque las dos partes tenían prisa, aunque por diferentes razones.

Pero a los tres días de la boda Patin estaba hecho un lío, y se preguntaba a si mismo cómo había podido metérsele en la cabeza aquella idea de que Deseada era diferente de las demás mujeres. Si que había hecho el idiota preocupándose por una que no tenía una perra, y que seguramente lo había embrujado con su aguardiente! Eso era, por su aguardiente, en el que habría mezclado algún asqueroso bebedizo!

Desde que empezaba la pesca no dejaba de blasfemar; rompía la pipa a fuerza de morderla, maltrataba de palabra a su tripulación, y después de jurar a boca llena contra todo lo habido y por haber, valiéndose de todas las fórmulas conocidas, descargaba las heces de su rabia contra todos los peces y crustáceos que iba sacando uno a uno de las redes, y no los echaba a los canastos sin dedicarles un insulto o una frase sucia.

Y como, al volver a su casa, era su mujer, la hija del tío Aubán, quien estaba al alcance de su boca y de su mano, pronto acabó tratándola como a la mujer más arrastrada. Ella, que ya estaba acostumbrada a los malos tratos de su padre, le oía con resignación, y esta tranquilidad exasperaba a su marido, que una noche pasó de las palabras a los golpes. Y desde entonces la vida en aquella casa fue espantosa.

No se habló de otra cosa durante diez años en el muelle que de las palizas que Patin pegaba a su mujer, y de las palabrotas y blasfemias que soltaba cuando le dirigía la palabra. Era, en efecto un especialista en hablar mal, poseyendo una riqueza de vocabulario y una sonoridad de voz superiores a todo lo conocido en Fècamp. En cuanto su barca aparecía a la entrada del puerto, de regreso de la pesca, ponía todo el mundo atención, esperando oír la primera andanada que siempre lanzaba desde el puente de su embarcación contra el rompeolas así que divisaba el gorrillo blanco de su compañera.

Hasta en los días de mar gruesa, en pie en la popa, atento a la vela y al rumbo, y a

pesar del cuidado que tenía que tener con aquella boca de entrada, estrecho y difícil, y con las olas de mucho fondo que se precipitaban como montañas por el estrecho corredor, se esforzaba por descubrir entre las mujeres de los marineros que esperaban a éstos, entre salpicaduras de espuma de las olas, a la suya, la hija del tío Aubán, la pordiosera.

Y en cuanto la descubría sin importarle el ruido de las olas y del viento, le largaba una rociada de insultos con voz tan estentórea que hacía reír a todos, aun que todo el mundo compadeciese a la mujer. Luego, cuando atracaba al muelle, tenía un modo de descargar su lastre de galantería, según frase suya, al mismo tiempo que el pescado, que atraía alrededor de su puesto de amarre a todos los pilluelos y desocupados del puerto. Unas veces como cañonazos, secos, estrepitosos; otras veces como truenos que retumbaban durante cinco minutos, descargaba por su boca un huracán tal de palabrotas, que parecía tener en sus pulmones todas las tormentas del Padre Eterno.

Después, ya en tierra, al verse con ella cara a cara, en medio de los curiosos y de las sardineras, revolvía en lo más hondo de la bodega para sacar a flote todos los insultos que se le habían olvidado, y así por todo el camino hasta casa: ella delante, él detrás; ella llorando, él gritándole.

Y ya a solas con ella y a puerta cerrada, la golpeaba con el menor pretexto. Cualquier cosa le daba motivo para levantar la mano, y todo era empezar para no acabar ya, escupiéndole a la cara las verdaderas razones de su odio.

Cada bofetada, cada golpe, iba acompañado de una imprecación ruidosa: «¡Toma, zarrapastrosa! ¡Toma, arrastrada! ¡Toma, muerta de hambre! ¡Bonito negocio hice el día que me enjuagué la boca con el veneno del canalla de tu padre!»

La pobre mujer vivía siempre asustada, con el alma y el cuerpo en vilo, en una expectativa enloquecedora de injurias y de palizas.

Y así diez años. Era tan asustadiza que se

ponía pálida para hablar con cualquiera, y ya no podía pensar en otra cosa que en los golpes que la esperaban, acabando por ponerse seca, amarilla y delgada como un pescado ahumado.

II

Una noche, estando su hombre en el mar, la despertó de pronto el gruñido de fiera que el viento deja escapar cuando llega como perro lanzado contra su presa. Se incorporó en la cama, emocionada; pero como ya no se oía nada volvió a acostarse; pero casi en seguida entró por la chimenea un bramido, que hizo estremecer toda la casa, y que llenó luego todo el espacio, como si cruzase por el cielo una manada de animales furiosos, resoplando y mugiendo. Se levantó y se dirigió hacia el puerto. Otras mujeres llegaban también de todas partes con sus linternas. Los hombres acudían corriendo, y todos se quedaban mirando en la noche hacia el mar, viendo rebrillar las espumas en la cresta de las olas. Quince horas duró la tempestad. Once marineros no regresaron, y uno de los once era Patín.

Restos de su barca, la Joven Amelia, fueron encontrados hacia Dieppe. Cerca de Saint—Valéry se recogieron los cadáveres de los hombres de su tripulación; pero jamás apareció el suyo. La quilla de la embarcación daba lugar a suponer que había sido partida en dos, y esto hizo que su mujer esperase y temiese durante mucho tiempo su regreso; porque si había habido un abordaje, era posible que el otro barco lo hubiese recogido a él solo y lo hubiese llevado lejos.

Después, y poco a poco, se fue haciendo a la idea de considerarse viuda, aunque bastase para sobresaltarla el que una vecina, un pobre o un vendedor ambulante entrasen de pronto en su casa.

Habrían pasado cuatro años desde la desaparición de su marido. Una tarde, caminando por la calle de los Judíos, se detuvo delante de la casa de un antiguo capitán de barco que había fallecido hacia poco, y cuyos muebles estaban subastándose.

En aquel mismo instante se sacaba a la

puja un loro, un loro verde, con la cabeza azul, que miraba a la concurrencia con disgusto e inquietud.

—¡Tres francos! — gritaba el vendedor—.

Un pájaro que habla tan bien como un abogado, ¡tres francos!

Una amiga de la viuda de Patin le dio un golpecito con el codo:

—Usted, que es rica, debería comprarlo — le dijo—. Le serviría de compañía este pájaro, y vale más de treinta francos. Puede revenderlo cuando quiera en veinte o veinticinco.

—¡Cuatro francos, señoras. Cuatro francos!—repetía el subastador—. Canta vísperas y predica como el padre cura. ¡Es un fenómeno..., un prodigio!

La señora Patin pujó cincuenta céntimos. y le fue entregado aquel bicho de nariz corva dentro de una pequeña jaula que se llevó a casa.

Lo instaló en su sitio, pero al abrir la puerta de alambre con intención de darle de beber, recibió un picotazo en el dedo que le atravesó la piel e hizo brotar sangre.

—¡Vaya si es un mal bicho! —exclamó la mujer.

Sin embargo, después que ella le dio cañamones y maíz, consintió en que le alisase las plumas, aunque miraba con aire receloso su nueva casa y a su nueva dueña. Empezaba a despuntar el día siguiente, cuando, de pronto, la la señora Patin oyó con toda claridad una voz fuerte, sonora, retumbante, la voz mismísima de Patin, que gritaba:

—¿Te vas a levantar o no te vas a levantar, mala pécora?

La acometió un terror tan grande, que se tapó la cabeza con la ropa de cama. Conocía bien aquellas palabras, porque eran precisamente las que todas las mañanas, desde que abría los ojos, le gritaba a la oreja su difunto marido.

Temblorosa, acurrucada, preparando la espalda a la paliza que veía encima, murmuraba entre las sábanas:

—¡Señor, Dios mío, ahí está! ¡Ahí está, Señor! ¡Ha vuelto, santo Dios!

Transcurrían los minutos; ningún ruido

turbaba el silencio de la habitación. Sacó la cabeza, toda trémula, segura de que estaba allí, acechándola, dispuesto a pegarla.

Y no vio nada; tan sólo un rayo de sol que pasaba a través del cristal de la ventana.

Entonces pensó:

—Seguramente que se ha escondido.

Espero largo rato, y acabó por recobrar la tranquilidad, pensando:

—Habré soñado, porque no se le ve por ninguna parte.

Volvía ya a cerrar los ojos, tranquilizada casi, cuando estalló muy próxima la voz furibunda, la voz de trueno del ahogado, que vociferaba:

—¡Recontra, recrisma, recáspita! ¿Te levantas o no, puerca?

Saltó de la cama movida por el resorte de la obediencia, de su obediencia pasiva de mujer vapuleada, que no ha olvidado en cuatro años los palos, ni los olvidará nunca, y que se acordará siempre de aquella voz. Y contestó:

—Voy en seguida, Patin. ¿Qué es lo que quieres?

Pero Patin no contestó.

Aterrada, miró a su alrededor, buscó por todas partes: en los armarios, en la chimenea, debajo de la cama, pero no encontró a nadie, y entonces se dejó caer en una silla, loca de angustia y convencida de que era el espíritu de Patín el que había vuelto para atormentarla, y que lo tenía allí, junto a ella.

Se acordó súbitamente del granero, que tenía acceso por el exterior por medio de una escalera. De fijo que se había escondido allí para pillarla de sorpresa. Seguramente que habría ido a parar a alguna costa habitada por salvajes, y no había podido escapar antes de entre sus manos; pero había vuelto, y con peores intenciones que nunca. No le cabía duda alguna, después de oír el timbre de aquella voz suya.

Levantó la cabeza hacia el techo y preguntó:

—¿Estás ahí arriba, Patin? Patin no contestó.

Entonces ella salió de casa, y poseída de un miedo espantoso, que aceleraba los

latidos de su corazón, subió por la escalera, se asomó a la lumbrera, miró al interior, sin ver nada; entró, registró, sin encontrar nada. Se sentó encima de un haz de paja, y rompió a llorar; pero mientras sollozaba, oyó, tras pasada de un terror angustioso y sobrenatural, en su habitación, debajo de donde ella estaba, la voz de Patín, que conversaba en tono menos colérico, más tranquilo, y que decía:

—¡Puerco de tiempo! ¡Y ese condenado mar! ¡Puerco de tiempo! ¡y yo sin desayunarme aún... carámbanos!

Ella le gritó a través del techo:

—Voy en seguida, Patin: te prepararé la sopa. No te enfades, que en seguida estoy ahí.

Y bajó comiendo.

No había nadie dentro de la toda casa.

Se sintió desfallecer, como si la hubiese tocado la mano de la Muerte, e iba ya a echar a correr para pedir socorro en la vecindad, cuando estalló junto a su misma oreja la voz:

—¡Que no me he desayunado, ree.....contra!

Y el loro la contemplaba desde jaula con sus ojos redondos, en los que había una expresión de astucia y malignidad.

También ella le miró, fuera de sí, murmurando:

—¡Ah! ¿Conque eras tú?

Y entonces él agregó, moviendo la cabeza:

—Espera, espera, espera, que te voy a enseñar a estarte mano sobre mano.

¿Qué ocurrió entonces en el interior de aquella mujer? Tuvo la clara sensación y el convencimiento de que era él en persona, el muerto, que se le aparecía, que se había escondido bajo las plumas de aquel animal para volver a atormentarla; que no haría más que blasfemar de la mañana a la noche, como en otro tiempo, y morderla e injuriarla para que viniesen los vecinos y se riesen a costa suya. Entonces la señora Patin se abalanzó, abrió la jaula, cogió al pájaro, que se defendía con pico y garras, arrancándole la piel. Pero ella lo sujetaba con toda la fuerza de sus dos manos, y se tiró al suelo encima de él, y se revolvió una vez y otra vez con frenesí de poseída, lo aplastó, lo dejó

convertido en una piltrafa, en una cosita blanda, verde, que ya no se movía, que ya no hablaba, de miembros flácidos; cogió un trapo de cocina y lo envolvió en él como en un sudario; salió de su casa en camisa, con pies descalzos, cruzó el muelle en el que se estrellaban las pequeñas olas del mar, sacudió el trapo y dejó caer aquella cosa muerta que parecía un puñado de hierba verde; volvió a su casa, se puso de rodillas delante de la jaula vacía, y pidió perdón al Señor, trastornada por lo que había hecho, sollozando como si acabase de cometer un horrendo crimen.

Le Gaulois, 16 de agosto de 1888

El albergue

L'auberge

Semejante a todas las hospederías de madera construidas en los altos Alpes, al pie de los glaciares, en esos pasadizos rocosos y pelados que cortan las cimas blancas de las montañas, el albergue de Schwarenbach sirve de refugio a los viajeros que siguen el paso de la Gemmi.

Durante seis meses permanece abierto, habitado por la familia de Jean Hauser; después, en cuanto las nieves se amontonan, llenando el valle y haciendo impracticable la bajada a Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos se marchan, y dejan al cuidado de la casa al viejo guía Gaspard Han con el joven guía Ulrich Kungsi, y Sam, un gran perro de montaña.

Los dos hombres y el animal se quedan hasta la primavera en aquella cárcel de nieve, teniendo ante los ojos solamente la inmensa y blanca pendiente del Balmhorn, rodeados de cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, sepultados bajo la nieve que asciende a su alrededor, envuelve, abraza, aplasta la casita, se acumula en el tejado, llega a las ventanas y tapia la puerta.

Era el día en que la familia Hauser iba a volver a Loèche, pues el invierno se acercaba y la bajada se volvía peligrosa.

Tres mulos partieron delante, cargados de ropas y enseres y guiados por los tres hijos. Después la madre, Jeanne Hauser, y su hija Louise subieron a un cuarto mulo, y se pusieron en camino a su vez.

El padre las seguía acompañado por los dos guardas, que debían escoltar a la familia hasta lo alto de la pendiente.

Rodearon primero el pequeño lago, helado ahora en el fondo del gran hueco de rocas que se extiende ante el albergue, y después siguieron por el valle, blanco como una sábana y dominado por todos los lados por cumbres nevadas.

El sol inundaba aquel desierto blanco resplandeciente y helado, lo iluminaba con llamas cegadoras y frías; ninguna vida aparecía en aquel océano de montañas; ningún movimiento en aquella desmesurada soledad; ningún ruido turbaba su profundo silencio.

Poco a poco Ulrich Kungsi, el guía joven, un suizo muy alto de largas piernas, dejó atrás al padre Hauser y al viejo Gaspard Han, para alcanzar el mulo que llevaba a las dos mujeres.

La más joven lo veía llegar, parecía llamarlo con ojos tristes. Era una campesinita rubia, cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos parecían descoloridos por las largas estancias entre los hielos.

Cuando hubo alcanzado al animal que la llevaba, posó la mano en la grupa y aflojó el paso. La señora Hauser empezó a hablarle, enumerando con infinitos detalles todas las recomendaciones para la internada. Era la primera vez que él se quedaba allá arriba, mientras que el viejo Han ya había pasado catorce inviernos bajo la nieve en el albergue de Schwarenbach.

Ulrich Kungsi escuchaba, sin tener pinta de entender, y miraba sin cesar a la joven. De vez en cuando respondía:

«Sí, señora Hauser.» Pero su pensamiento parecía lejos y su rostro tranquilo seguía impasible.

Llegaron al lago de Daube, cuya gran superficie helada se extendía, muy lisa, al fondo del valle. A la derecha, el Daubehorn mostraba sus peñascos negros cortados a pico cerca de las enormes morrenas del glaciar de Loemmern que dominaba el Wildstrubel.

Cuando se acercaron al puerto de la Gemmi, donde comienza la bajada hacia

Loéche, descubrieron de repente el inmenso horizonte de los Alpes del Valais, de los que los separaba el profundo y ancho valle del Ródano.

Había, a lo lejos, cumbres blancas sin cuento, desiguales, achatadas o picudas y brillantes bajo el sol: el Mischabel con sus dos cuernos, el poderoso macizo del Wissehorn, el pesado Brunnegghor, la alta y temible pirámide del Cervino, asesino de hombres, y la Dent Blanche, esa monstruosa coqueta.

Después, debajo de ellos, en un agujero inmenso, al fondo de un abismo espantoso, divisaron Loéche, cuyas casas parecían granos de arena arrojados a esa hendidura enorme que limita y cierra la Gemmi, y que se abre, allá al fondo, sobre el Ródano.

El mulo se detuvo al borde del sendero que avanza, serpenteando, con incesantes vueltas y revueltas, fantástico y maravilloso, a lo largo de la montaña recta, hasta la aldehueta casi invisible, a sus pies. Las mujeres desmontaron en la nieve.

Los dos viejos se habían reunido con ellos.

«Vamos, dijo el viejo Hauser, adiós y ánimo, amigos míos, hasta el año próximo.»

El viejo Han repitió: «Hasta el año próximo.»

Se besaron. Después la señora Hauser, a su vez, les ofreció las mejillas; y la joven hizo otro tanto.

Cuando le llegó el turno a Ulrich Kungsi, murmuró al oído de Louise: «No se olvide de los de aquí arriba.» Ella respondió un «no» tan bajo que él lo adivinó sin oírlo.

«Vamos, adiós, repitió Jean Hauser, a seguir bien.»

Y, pasando ante las mujeres, empezó a bajar.

Pronto desaparecieron los tres por el primer recodo del camino.

Y los dos hombres regresaron hacia el albergue de Schwarenbach.

Marchaban lentamente, uno junto a otro, sin hablar. Se había acabado, se quedarían solos, frente a frente, cuatro o cinco meses.

Después Gaspard Han empezó a contar su vida durante el invierno pasado. Se había quedado con Michel Canol, demasiado anciano ahora para volver a hacerlo, pues

durante la prolongada soledad puede ocurrir cualquier accidente. No se habían aburrido, por lo demás; todo estribaba en resignarse desde el primer día; y se acababa por inventar distracciones, juegos, muchos pasatiempos.

Ulrich Kungsi lo escuchaba, los ojos bajos, siguiendo con el pensamiento a los que bajaban hacia el pueblo por todas las ondulaciones de la Gemmi.

Pronto divisaron el albergue, apenas visible, tan pequeño, un punto negro al pie de la monstruosa ola de nieve.

Cuando abrieron, Sam, el gran perro rizado, empezó a brincar en torno a ellos.

«Vamos, hijo, dijo el viejo Gaspard, ya no tenemos mujeres ahora, hay que hacer la cena; monda patatas.»

Y los dos, sentándose en taburetes de madera, empezaron a preparar la sopa.

La mañana del siguiente día le pareció larga a Ulrich Kungsi. El viejo Han fumaba y escupía al lar, mientras que el joven miraba por la ventana la resplandeciente montaña frontera a la casa.

Salió por la tarde y, repitiendo el trayecto de la víspera, buscaba en el suelo las huellas de los cascos del mulo que había llevado a las dos mujeres. Después, cuando estuvo en el puerto de la Gemmi, se tumbó sobre el vientre el borde del abismo y miró hacia Loéche.

El pueblo, en su pozo de rocas, aún no estaba anegado bajo la nieve, aunque ésta llegase muy cerca, detenida en seco por los bosques de abetos que protegían sus alrededores. Sus casas bajas parecían, desde allá arriba, adoquines en un prado.

La hija de los Hauser estaba allí, ahora, en una de aquellas grises moradas. ¿En cuál?

Ulrich Kungsi se hallaba demasiado lejos para distinguirlas por separado. ¿Cómo le hubiera gustado bajar, mientras aún estaba a tiempo!

Pero el sol había desaparecido tras la gran cima del Wildstrubel, y el joven regresó. El viejo Han fumaba. Al ver entrar a su compañero, le propuso una partida de cartas; y se sentaron uno frente a otro a ambos lados de la mesa.

Jugaron mucho tiempo, a un juego sencillo

que se llama brisca, y después, habiendo cenado, se acostaron.

Los días siguiente fueron parecidos al primero, claros y fríos, sin nuevas nieves. El viejo Gaspard se pasaba las tardes acechando a las águilas y a los pocos pájaros que se aventuran por aquellas cumbres heladas mientras que Ulrich volvía regularmente al puerto de la Gemmi para contemplar el pueblo. Después jugaban a las cartas, a los dados, al dominó, ganaban y perdían pequeños objetos para dar interés a las partidas.

Una mañana, Han, que se había levantado el primero, llamó a su compañero. Una nube movediza, profunda y ligera, de espuma blanca, se abatía sobre ellos, a su alrededor, sin ruido, los sepultaba poco a poco bajo un espeso y sordo colchón de nieve. Duró cuatro días y cuatro noches. Hubo que despejar la puerta y las ventanas, cavar un pasillo y tallar peldaños para escalar aquel polvo helado que doce horas de escarcha habían vuelto más duro que el granito de las morrenas.

Entonces vivieron como prisioneros, sin aventurarse ya lejos de su morada. Se habían repartido las tareas, que realizaban con regularidad. Ulrich Kungsi se encargaba de fregar, de lavar, de todos los cuidados y tareas de limpieza. También era el que partía la leña, mientras que Gaspard Han cocinaba y mantenía el fuego. Sus quehaceres, regulares y monótonos, eran interrumpidos por largas partidas de cartas o de dados. Nunca reñían, pues los dos eran tranquilos y plácidos.

Tampoco nunca se mostraban impacientes, de mal humor, ni se decían palabras agrias, pues habían hecho provisión de resignación para la internada en las cumbres.

A veces el viejo Gaspard cogía su escopeta y marchaba en busca de gamuzas; mataba alguna de vez en cuando. Entonces era día de fiesta en el albergue de Schwarenbach, con un gran banquete de carne fresca.

Una mañana, salió así. El termómetro de fuera marcaba dieciocho bajo cero. Como el sol aún no había salido, el cazador esperaba sorprender a los animales en las proximidades del Wildstrubel.

Ulrich, solo, se quedó hasta las diez en cama. Era de natural dormilón; pero no se hubiera atrevido a abandonarse así a su inclinación en presencia del viejo guía, siempre activo y madrugador.

Almorzó lentamente con Sam, que también se pasaba los días y las noches durmiendo junto al fuego; y después se sintió triste, casi asustado por la soledad, y asaltado por la necesidad de la cotidiana partida de cartas, como suele ocurrir con el deseo de un hábito invencible.

Entonces salió para ir al encuentro de su compañero, que debía regresar a las cuatro. La nieve había nivelado todo el profundo valle, colmando las grietas, borrando los dos lagos, acolchando las rocas; formaba sólo, entre las inmensas cumbres, una inmensa concavidad blanca regular, cegadora y helada.

Hacía tres semanas que Ulrich no había vuelto al borde del abismo desde donde miraba el pueblo. Quiso regresar allá antes de subir las pendientes que conducían al Wildstrubel. Loéche estaba ahora plantado en la nieve, y ya no se reconocían casi las casas, sepultadas bajo aquel manto pálido.

Después, girando a la derecha, llegó al glaciar de Loemmern. Avanzaba con su paso largo de montañés, golpeando con su bastón herrado la nieve, dura como una piedra. Y buscaba con su aguda vista el puntito negro y móvil, a lo lejos, sobre aquella alfombra desmesurada.

Cuando estuvo a la orilla del glaciar se detuvo, preguntándose si el viejo habría tomado aquel camino; después se puso a bordear las morrenas con pasos más rápidos e inquietos.

La luz disminuía; la nieve se volvía rosada; un viento seco y helado corría con brucas ráfagas sobre su superficie de cristal. Ulrich lanzó una llamada aguda, vibrante, prolongada. La voz se perdió en el silencio de muerte en el que dormían las montañas; corrió a lo lejos, sobre las olas inmóviles y profundas de espuma glacial, como un grito de pájaro sobre las olas del mar; después se extinguió sin que nada le respondiese.

Reanudó la marcha. El sol se había

hundido, allá abajo, tras las cimas que los reflejos del cielo teñían de púrpura aún; pero las profundidades del valle se estaban poniendo grises. Y el joven tuvo miedo de repente. Le pareció que el silencio, el frío, la soledad, la muerte invernal de aquellos montes entraban en él, iban a detener y helar su sangre, a entumecer sus miembros, a convertirlo en un ser inmóvil y helado. Y echó a correr, huyendo hacia la casa. El viejo, pensaba, habría regresado durante su ausencia. Había tomado otro camino; estaría sentado al amor de la lumbre, con una gamuza muerta a sus pies.

Pronto divisó el albergue. No salía ningún humo. Ulrich corrió más de prisa, abrió la puerta. Sam se abalanzó a hacerle fiestas, pero Gaspard Han no había regresado.

Asustado, Kungsi giró sobre sí mismo, como si hubiera esperado descubrir a su compañero escondido en un rincón. Después encendió el fuego y preparó la sopa, esperando siempre ver aparecer al anciano.

De vez en cuando, salía para ver si llegaba. Había caído la noche, la macilenta noche de las montañas, la pálida noche, la lívida noche que iluminaría, al borde del horizonte, una media luna amarilla y fina a punto de ocultarse tras las cumbres.

Después el joven volvía a entrar, se sentaba, se calentaba los pies y las manos imaginando todos los posibles accidentes. Gaspard había podido romperse una pierna, caer en un hoyo, dar un paso en falso que le había torcido el tobillo. Y permanecía tendido en la nieve, presa del frío, entumecido, angustiado, perdido, quizás pidiendo auxilio, llamando con toda la fuerza de sus pulmones en el silencio de la noche.

Pero ¿dónde? La montaña era tan vasta, tan dura, tan peligrosa en las cercanías, sobre todo en esta estación, que habrían sido precisos diez o veinte guías y caminar durante ocho días en todas las direcciones para encontrar a un hombre en aquella inmensidad.

Ulrich Kungsi, sin embargo, se decidió a salir con Sam si Gaspard Han no había vuelto entre la medianoche y la una de la madrugada.

E hizo sus preparativos.

Metió víveres para dos días en una bolsa, cogió sus garfios de hierro, se arrolló a la cintura una cuerda larga, delgada y fuerte, comprobó el estado de su bastón herrado y de la hachuela que sirve para tallar escalones en el hielo. Después esperó. El fuego ardía en la chimenea; el gran perro roncaba bajo la claridad de la llama; el reloj palpitaba como un corazón con golpes regulares en su caja de madera sonora.

Esperaba, la oreja aguzada a los ruidos lejanos, estremeciéndose cuando el leve viento rozaba el tejado y los muros.

Sonó la medianoche; él se estremeció.

Después, como se notaba tembloroso y acobardado, puso agua al fuego, con el fin de tomar un café muy caliente antes de ponerse en camino.

Cuando el reloj dio la una, se levantó, despertó a Sam, abrió la puerta y echó a andar en dirección al Wildstrubel. Durante cinco horas trepó, escalando las rocas con ayuda de los garfios, cortando el hielo, avanzando siempre y a veces izando, con la cuerda, al perro que se había quedado al pie de una escarpadura demasiado abrupta. Eran cerca de las seis cuando llegó a una de las cumbres donde el viejo Gaspard solía ir en busca de gamuzas.

Y esperó a que amaneciera.

El cielo palidecía sobre su cabeza; y de pronto un extraño resplandor, nacido no se sabe dónde, iluminó bruscamente el inmenso océano de las pálidas cimas que se extendían en cien leguas a la redonda. Hubiérase dicho que aquella vaga claridad brotaba de la propia nieve para difundirse por el espacio. Poco a poco las más altas cumbres lejanas se volvieron todas de un rosa tierno como la carne, y el rojo sol apareció tras los pesados gigantes de los Alpes berneses.

Ulrich Kungsi reanudó su camino. Marchaba como un cazador, inclinado, rastreando huellas, diciéndole al perro: «Busca, pequeño, busca.»

Bajaba la montaña ahora, registrando con la mirada las simas, y a veces, al llamar, lanzando un grito prolongado, muerto muy pronto en la inmensidad muda. Entonces

pegaba la oreja al suelo, para escuchar; creía percibir una voz, echaba a correr, llamaba de nuevo, no oía ya nada y se sentaba, agotado, desesperado. Hacia mediodía almorzó y le dio la comida a Sam, tan cansado como él mismo. Después reanudó su búsqueda. Cuando anocheció, seguía caminando, habiendo recorrido cincuenta kilómetros de montaña. Como se hallaba demasiado lejos de la casa para volver a ella, y demasiado fatigado para arrastrarse más tiempo, cayó un hoyo en la nieve y se agazapó en él con su perro, bajo una manta que había llevado. Y se acostaron uno junto al otro, aunque helados hasta la médula.

Ulrich apenas durmió, la mente obsesionada por visiones, los miembros sacudidos por escalofríos.

Iba a amanecer cuando se levantó. Tenía las piernas rígidas como barras de hierro, el alma tan débil que casi gritaba de angustia, el corazón tan palpitante que casi se desplomaba de emoción en cuanto creía oír el menor ruido.

Pensó de pronto que también él se iba a morir de frío en aquella soledad, y el espanto de aquella muerte, fustigando su energía, despertó su vigor.

Descendía ahora hacia el albergue, cayendo, levantándose, seguido de lejos por Sam, que cojeaba de una pata.

Llegaron a Schwarenbach sólo hacia las cuatro de la tarde. La casa estaba vacía. El joven encendió lumbre, comió y se durmió, tan embrutecido que ya no pensaba en nada. Durmió mucho tiempo, mucho tiempo, con un sueño invencible. Pero de pronto una voz, un grito, un nombre «Ulrich», sacudió su profundo letargo y lo hizo erguirse. ¿Había soñado? ¿Era una de esas llamadas extrañas que cruzan por los sueños de las almas inquietas? No, lo oía aún, aquel grito vibrante, metido en sus tímpanos y que seguía en su carne hasta la punta de sus nerviosos dedos. Sí, habían gritado; habían llamado: «¡Ulrich!» Alguien estaba allí, cerca de la casa. No cabían dudas. Abrió la puerta y chilló: «¿Eres tú, Gaspard?» con todo el poder de sus pulmones.

Nada respondió; ni el menor sonido, ni el

menor murmullo, ni el menor gemido, nada. Era de noche. La nieve estaba descolorida. Se había levantado viento, ese viento helado que raja las piedras y no deja nada vivo en aquellas alturas abandonadas. Pasaba con ráfagas bruscas más agostadoras y mortales que el viento de fuego del desierto. Ulrich gritó de nuevo: «¡Gaspard! ¡Gaspard! ¡Gaspard!»

Después esperó. ¡Todo seguía mudo en la montaña! Entonces el espanto lo sacudió hasta los huesos. De un salto entró en el albergue, cerró la puerta y corrió los cerrojos; después cayó tiritando en una silla, seguro de que su camarada acababa de llamarlo en el momento en que entregaba su espíritu.

De esto estaba seguro, como se está seguro de vivir o de comer pan. El viejo Gaspard Han había agonizado durante dos días y tres noches en alguna parte, en un hoyo, en uno de esos hondos barrancos immaculados cuya blancura es más siniestra que las tinieblas de los subterráneos. Había agonizado durante dos días y tres noches, y acababa de morir ahora mismo pensando en su compañero. Y su alma, apenas libre, había volado hacia el albergue donde dormía Ulrich, y lo había llamado con la virtud misteriosa y terrible que tienen las almas de los muertos para hostigar a los vivos. Había gritado, esa alma sin voz, dentro del alma abrumada del durmiente; había gritado su postrer adiós, o su reproche, o su maldición al hombre que no había buscado lo bastante.

Y Ulrich la sentía allí, muy cerca, detrás del muro, detrás de la puerta que acababa de cerrar. Merodeaba, como un ave nocturna que roza con sus plumas una ventana iluminada; y el joven, enloquecido, estaba a punto de gritar de horror. Quería huir y no se atrevía a salir; no se atrevía ni se atrevería ya en adelante, pues el fantasma se quedaría allí, día y noche, alrededor del albergue, mientras el cuerpo del viejo guía no fuera hallado y depositado en la tierra bendita de un cementerio.

Llegó el día y Kungsi recobró parte de su seguridad con el brillante retorno del sol. Preparó su comida, hizo la del perro, y

después se quedó en una silla, inmóvil, el corazón torturado, pensando en el viejo tendido en la nieve.

Después, en cuanto la noche cubrió la montaña, nuevos terrores lo asaltaron. Caminaba ahora por la cocina oscura, apenas iluminada por la llama de una candela, caminaba de un extremo a otro de la pieza, a grandes pasos, escuchando, escuchando por si el grito espantoso de la otra noche iba a cruzar de nuevo el lóbrego silencio del exterior. Se sentía solo, el desdichado, ¡solo como ningún hombre había estado jamás! Estaba solo en aquel inmenso desierto de nieve, solo a dos mil metros sobre la tierra habitada, sobre las casas humanas, sobre la vida que se agita, bulle y palpita, ¡solo en el cielo helado! Lo atenazaban unas ganas locas de escapar a cualquier sitio, de cualquier manera, de bajar a Loéche arrojándose al abismo; pero ni siquiera se atrevía a abrir la puerta, seguro de que el otro, el muerto, le cerraría el camino, para no quedarse también solo allá arriba.

Hacia medianoche, harto de caminar, abrumado de angustia y de miedo, se amodorró por fin en una silla, pues temía la cama como se teme un lugar frecuentado por aparecidos.

Y de pronto el grito estridente de la otra noche le desgarró los oídos, tan agudo que Ulrich extendió el brazo para rechazar al aparecido, y cayó de espaldas con su asiento. Sam, despertado por el ruido, empezó a aullar como aullan los perros asustados, y daba vueltas alrededor de la vivienda buscando de dónde venía el peligro. Al llegar junto a la puerta, olfateó por debajo, resoplando y husmeando con fuerza, el pelaje erizado, la cola tiesa, gruñendo.

Kunsi, enloquecido, se había levantado y, sujetando la silla por una pata, gritó: «No entres, no entres o te mato.» Y el perro, excitado por aquella amenaza, ladraba con furia contra el invisible enemigo que desafiaba la voz de su amo.

Sam, poco a poco, se calmó y volvió a tumbarse cerca de la lumbre, pero seguía inquieto, la cabeza alzada, los ojos brillantes y gruñendo entre los colmillos.

Ulrich, a su vez, recobró los sentidos, pero como se sentía desfallecer de terror, fue a buscar una botella de aguardiente a la alacena, y tomó, uno tras otro, varios vasos. Sus ideas se volvían vagas; su valor se afirmaba; una fiebre de fuego se deslizaba por sus venas.

Casi no comió al día siguiente, limitándose a beber alcohol. Y durante varios días seguidos vivió así, borracho como una cuba. En cuanto volvía el pensamiento de Gaspard Han, empezaba a beber hasta el instante en que caía al suelo, abatido por la embriaguez. Y allí se quedaba, de bruces, borracho perdido, con los miembros rotos, roncando, la frente en el suelo. Pero apenas había digerido el líquido enloquecedor y ardiente, el grito, siempre el mismo de «¡Ulrich!», lo despertaba como una bala que le perforase el cráneo; y se erguía tambaleándose aún, extendiendo las manos para no caer, llamando a Sam en su auxilio. Y el perro, que parecía volverse loco como su amo, se precipitaba a la puerta, la arañaba con las patas, la roía con sus largos dientes blancos, mientras el joven, el cuello hacia atrás, la cabeza alzada, sorbía a grandes tragos, como si fuera agua fresca tras una carrera, el aguardiente que en seguida adormecería de nuevo su mente, y su recuerdo, y su pavoroso terror.

En tres semanas se bebió toda su provisión de alcohol. Pero aquella borrachera continua no hacía sino adormecer su espanto, que se despertó con mayor furia cuando fue imposible calmarlo. Entonces la idea fija, exasperada por un mes de embriaguez, y creciendo sin cesar en la total soledad, penetraba en él a la manera de una barrena.

Caminaba ahora por su morada como un animal enjaulado, pegando la oreja a la puerta para escuchar si el otro estaba allí, y desafiándolo, a través de los muros.

Después, cuando se adormilaba, vencido por la fatiga, oía la voz que le hacía ponerse en pie de un salto.

Por fin, una noche, semejante a un cobarde sacado de sus casillas, se precipitó hacia la puerta y la abrió para ver al que lo llamaba y para obligarlo a callarse.

Recibió en pleno rostro un soplo de aire frío que lo heló hasta los huesos y volvió a cerrar la hoja y corrió los cerrojos, sin fijarse en que Sam se había lanzado al exterior. Después, temblando, arrojó leña al fuego, y se sentó ante él para calentarse; pero de pronto se estremeció, alguien arañaba el muro llorando.

Gritó enloquecido: «Vete.» Le respondió una queja, larga y dolorosa.

Entonces todo lo que le quedaba de razón fue arrastrado por el terror. Repetía «Vete» girando sobre sí mismo para encontrar un rincón donde ocultarse. El otro, sin dejar de llorar, pasaba a lo largo de la casa frotándose contra el muro. Ulrich se lanzó hacia el aparador de roble lleno de vajilla y provisiones, y, levantándolo con una fuerza sobrehumana, lo arrastró hasta la puerta, para defenderse con una barricada. Después, amontonando unos sobre otros todo lo que quedaba de muebles, los colchones, los jergones, las sillas, tapó la ventana como se hace cuando el enemigo nos sitia.

Pero el de fuera lanzaba ahora grandes gemidos lúgubres a los que el joven empezó a responder con gemidos similares.

Y transcurrieron días y noches sin que cesaran de aullar uno y otro. El uno giraba sin cesar en torno a la casa y clavaba sus uñas en las paredes con tanta fuerza que parecía querer derribarlas; el otro, dentro, seguía todos sus movimientos, encorvado, la oreja pegada a la piedra, y respondía a todas sus llamadas con espantosos gritos.

Una noche, Ulrich no oyó ya nada; y se sentó tan destrozado por el cansancio que se durmió al punto.

Se despertó sin un recuerdo, sin una idea, como si toda la cabeza se le hubiera vaciado durante aquel sueño agotador. Tenía hambre, comió.

El invierno había acabado. El paso de la Gemmi volvía a ser practicable; y la familia Hauser se puso en camino para regresar a su albergue.

En cuanto llegaron a lo alto de la cuesta las mujeres se encaramaron al mulo, y hablaron de los dos hombres a quienes iban a

ver enseguida.

Les extrañaba que uno de ellos no hubiera bajado unos días antes, en cuando el camino se había vuelto transitable, para dar noticias de la larga invernada.

Por fin divisaron el albergue, todavía cubierto y acolchado de nieve. La puerta y la ventana estaban cerradas; un poco de humo salía por el tejado, lo cual tranquilizó al viejo Hauser. Pero al acercarse vio, sobre el umbral, un esqueleto de animal descuartizado por las águilas, un gran esqueleto tendido sobre un costado.

Todos lo examinaron: «Debe ser Sam», dijo la madre. Y llamó: «¡Eh, Gaspard!» Un grito respondió en el interior, un grito agudo, que se hubiera dicho lanzado por un animal. El viejo Hauser repitió: «¡Eh, Gaspard!» Otro grito semejante al primero se dejó oír.

Entonces los tres hombres, el padre y los dos hijos, trataron de abrir la puerta.

Resistió. Cogieron en el establo vacío una larga viga para usarla como ariete, y la lanzaron con todo su peso. La madera crujió, cedió, las tablas volaron en pedazos; después un gran ruido estremeció la casa y vieron, dentro, detrás del aparador derribado, a un hombre de pie, con el pelo que le caía por los hombros, una barba que le caía sobre el pecho, ojos brillantes y jirones de tela sobre el cuerpo.

No lo reconocían, pero Louise Hauser exclamó: «¡Es Ulrich, mamá!» Y la madre comprobó que era Ulrich, aun cuando su cabello era blanco.

Los dejó acercarse; se dejó tocar; pero no respondió a las preguntas que le hicieron; y hubo que llevarlo a Loèche, donde los médicos comprobaron que estaba loco.

Y nadie supo jamás qué había sido de su compañero. La joven Hauser estuvo a punto de morir, aquel verano, de una enfermedad de postración que se atribuyó al frío de la montaña.

Les Lettres et les Arts, 1 de setiembre de 1886

Alexandre

Alexandre

Igual que todos los días, a las cuatro de la tarde, Alexandre llevó frente a la puerta de la

casita del matrimonio Marambaile el coche de paralítico, de tres ruedas, en el cual paseaba hasta las seis, por prescripción del médico, a su anciana y lisiada señora.

Cuando hubo colocado el ligero vehículo junto al escalón, en el lugar exacto donde podía subir fácilmente a la voluminosa señora, entró en la vivienda; pronto se oyó en el interior una voz furiosa, una voz enronquecida de viejo soldado, que vociferaba reniegos: era la del amo, el capitán de infantería retirado Joseph Marambaile. Después hubo un ruido de puertas cerradas con violencia, un ruido de sillas empujadas, un ruido de pasos agitados, después nada más, y al cabo de unos instantes Alexandre reapareció en el umbral de la puerta, sosteniendo con todas sus fuerzas a la señora Marambaile, extenuada por el descenso de las escaleras. Cuando estuvo instalada, no sin trabajo, en la silla de ruedas, Alexandre pasó detrás, agarró la barra torneada que servía para empujar el vehículo, y lo puso en marcha hacia la orilla del río.

Cruzaban así todos los días la pequeña ciudad en medio de respetuosos saludos que se dirigían tal vez tanto al criado como a su señora, pues si ella era querida y estimada por todos, él, el veterano de barba blanca, de barba patriarcal, pasaba por un modelo de servidores.

El sol de julio caía brutalmente sobre la calle, anegando las casas bajas con su luz triste a fuerza de ardiente y cruda. Algunos perros dormían en las aceras dentro de la línea de sombra de las paredes, y Alexandre, resoplando un poco, apretaba el paso para llegar cuanto antes a la avenida que lleva al agua.

La señora Maramballe dormitaba ya bajo su blanca sombrilla, cuya contera abandonaba iba a veces a apoyarse en el rostro impassible del hombre. Cuando llegaron al paseo de los Tilos se despertó del todo bajo la sombra de los árboles, y dijo con voz benévola:

«Vaya más despacito, mi pobre muchacho, se esta usted matando con este calor.»

No pensaba, la buena señora, en su

ingenuo egoísmo, que si deseaba ahora ir menos de prisa era justamente porque acababa de llegar al abrigo de las hojas, junto a aquel camino cubierto por los viejos tilos podados en forma de bóveda, el Navette corría por un lecho tortuoso entre dos hileras de sauces. Los gluglúes de los remolinos, de los saltos sobre las rocas, de las brascas revueltas de la corriente, desgranaban a lo largo de aquel paseo una dulce canción de agua y un frescor de aire mojado.

Tras haber respirado y saboreado un buen rato el encanto húmedo de aquel lugar, la señora Maramballe murmuró:

«¡Ea!, esto va mejor. Pero hoy no se levantó de buenas.»

Alexandre respondió:

«Ah, no, señora.»

Desde hacía treinta y cinco años estaba al servicio de la pareja, primero como ordenanza del oficial, después como simple criado que no ha querido separarse de sus amos; y desde hacía seis años empujaba todas las tardes a su señora por los estrechos caminos de los alrededores de la ciudad.

De aquel prolongado y abnegado servicio, de estar todos los días a solas, había nacido entre la anciana señora y el viejo servidor una especie de familiaridad, cariñosa en ella, deferente en él.

Hablaban de los asuntos de la casa como se habla entre iguales. Su principal tema de conversación y de inquietud era, por lo demás, el mal carácter del capitán, agriado por una larga carrera iniciada brillantemente, proseguida después sin ascensos y rematada sin gloria.

La señora Maramballe prosiguió:

«Como levantarse de malas, sí que se levantó. Le ocurre con demasiada frecuencia desde que se retiró del servicio. »

Y Alexandre, con un suspiro, completó el pensamiento de su ama.

¡Oh! La señora podría decir que le ocurre todos los días y que le ocurría también antes de dejar el ejército.

—Es cierto. Pero tampoco ha tenido suerte, el hombre. Empezó con un acto de bravura que le valió una condecoración a los veinte años, y después, de los veinte a los

cincuenta, no pudo llegar más que a capitán, siendo así que contaba al principio con ser al menos coronel cuando se retirase.

—La señora podría decir también que, después de todo, la culpa es suya. Si no hubiera sido siempre tan suave como una fusta, sus jefes lo habrían querido y protegido más. No sirve de nada ser duro, hay que agradar a la gente para estar bien visto.

«Si nos trata así a nosotros la culpa es nuestra, porque nos gusta quedarnos con él, pero, con los demás, es diferente».

La señora Maramballe reflexionaba. ¡Oh! Desde hacía años y años, pensaba así cada día en las brutalidades de su marido, con quien se había casado antaño, hacía mucho tiempo, porque era un guapo oficial, condecorado muy joven, y lleno de futuro, decían. ¡Cómo se engaña uno en la vida!

Murmuró:

«Parémonos un poco, mi pobre Alexandre, y descanse en su banco.»

Era un pequeño banco de madera semipodrido situado en un recodo de la vereda para los paseantes domingueros.

Cada vez que iban por aquella parte, Alexandre tenía la costumbre de respirar unos minutos en aquel asiento.

Se sentó y cogiéndose entre las manos, con un gesto familiar y lleno de orgullo, la hermosa barba blanca abierta en abanico, la apretó y después la hizo deslizarse entre sus dedos hasta la punta, que retuvo unos instantes sobre el hueco del estómago como para sujetarla allí y comprobar una vez más la gran largura de aquella vegetación.

La señora Maramballe prosiguió:

«Yo me casé con él; es justo y natural que soporte sus injusticias, pero lo que no entiendo es que usted lo haya aguantado también, mi buen Alexandre.»

El hizo un vago movimiento de hombros y se limitó a decir:

«¡Oh!, yo... señora.»

Ella agregó:

«Pues sí. Lo he pensado a menudo. Usted era su ordenanza cuando me casé con él y no tenía más remedio que soportarlo. Pero, después, ¿por qué se quedó con nosotros, que le pagamos tan poco y lo tratamos tan

mal, cuando habría podido hacer como todo el mundo, establecerse, casarse, tener hijos, crear una familia? »

El repitió:

«¡Oh!, yo, señora, es diferente.» Después calló; pero tiraba de la barba como si hubiera tocado una campana que resonaba en su interior, como si hubiera tratado de arrancarla, y revolvía unos ojos asustados de hombre puesto en un aprieto.

La señora Maramballe seguía su pensamiento.

«No es usted un campesino. Recibió una educación... »

El la interrumpió con orgullo:

«Había estudiado para perito topógrafo, señora.

—Y entonces, ¿por qué se quedó a nuestro lado, para echar a perder su existencia?»

El balbució:

« ¡Así son las cosas! ¡Así son las cosas! La culpa es de mi manera de ser.

—¿Cómo, de su manera de ser?

—Sí, cuando le cojo cariño a alguien, se lo cojo, y se acabó».

Ella se echó a reír.

«¡Vamos!, no me irá usted a hacer creer que los buenos modos y la dulzura de Maramballe le hicieron cogerle cariño para toda la vida».

El se agitaba en su banco, perdiendo visiblemente la cabeza, y masculló entre los largos pelos de sus bigotes:

«¡No es a él! ¡Es a usted! »

La anciana señora, que tenía un semblante muy dulce, coronado entre la frente y el sombrero por una línea nevada de cabellos rizados a diario con el mayor esmero y lustrosos como plumas de cisne, hizo un movimiento en el coche y contempló a su sirviente con ojos sorprendidos.

« ¿A mí, pobre Alexandre? ¿Y cómo es eso?

El se puso a mirar al aire, después a un lado, después a lo lejos, volviendo la cabeza, como hacen los hombres tímidos obligados a confesar secretos vergonzosos. Después declaró con un valor de veterano a quien le ordenan que marche hacia el fuego:

«Así es. La primera vez que le llevé a la

señorita una carta del teniente, y que la señorita me dio un franco dirigiéndome una sonrisa, quedó decidido así.»

Ella insistía, sin entender muy bien.

«Veamos, explíquese».

Entonces él se lanzó, con el espanto de un miserable que confiesa un crimen y se pierde.

«Sentí un sentimiento por la señora. ¡Eso es!»

Ella no respondió, dejó de mirarlo, bajó la cabeza y reflexionó. Era buena, estaba llena de rectitud, de dulzura, de razón y de sensibilidad. Pensó, en un segundo, en la inmensa abnegación de aquel pobre ser que había renunciado a todo para vivir a su lado, sin decir nada. Y le dieron ganas de llorar.

Después, adoptando una expresión un poco grave, aunque nada enojada, dijo:

«Regresemos.»

El se levantó, se puso detrás de la silla de medas, y volvió a empujarla.

Cuando se acercaban al pueblo, distinguieron en el centro del camino al capitán Maramballe, que iba hacia ellos.

En cuanto los alcanzó, dijo a su mujer con un visible deseo de enfadarse:

«¿Qué tenemos de cena?

—Un pollito con habichuelas».

Se enfureció.

«¡Pollo, más pollo, siempre pollo, maldita sea! Estoy harto de pollo. ¿Es que no tienes ni una idea en la cabeza? ¡Todos los días me das de comer lo mismo! ».

Respondió, resignada:

«Pero querido, ya sabes que el médico te lo tiene ordenado. Es lo mejor para tu estómago. Si no estuvieras enfermo del estómago, te daría de comer muchas cosas que no me atrevo a servirte.»

Entonces él se plantó, exasperado, delante de Alexandre.

«Si estoy enfermo del estómago, la culpa es de este animal. Hace treinta y cinco años que me envenena con sus asquerosos guisos».

La señora Maramballe, bruscamente, volvió la cabeza casi del todo para mirar al viejo criado. Sus ojos entonces se encontraron y se dijeron, el uno al otro, con esa sola mirada:

«Gracias.»

L'Echo de Paris, el 2 de septiembre de 1889.

Los alfileres

Les épingles

" ¡Ay, amigo mío, qué marrajas son las mujeres!

—¿Por qué dices eso?

—Es que me han jugado una pasada abominable.

—¿A ti?

—Sí, a mí.

—¿Las mujeres o una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos mujeres al mismo tiempo?

—Sí.

—¡Qué pasada!"

Los dos jóvenes estaban sentados delante de un gran café del bulevar y bebían licores mezclados con agua, esos aperitivos que parecen infusiones hechas con todos los matices de una caja de acuarelas.

Tenían más o menos la misma edad: de veinticinco a treinta años. Uno era rubio y otro moreno. Tenían la semielegancia de los agentes inmobiliarios, de los hombres que van a la Bolsa y a los salones, que entran en todas partes, viven en todas partes, aman en todas partes. El moreno prosiguió:

"Te conté mis relaciones, ¿verdad?, con aquella burguesita encontrada en la playa de Dieppe.

—Sí.

—Amigo mío, ya sabes lo que pasa. Yo tenía una amante en París, alguien a quien amo infinitamente, una vieja amiga, una buena amiga, una costumbre, en fin, y la quiero conservar.

—¿Tu costumbre?

—Sí, mí costumbre y a ella. Está casada también con un buen muchacho, a quien quiero igualmente, un chico muy cordial, ¡un auténtico camarada! En fin, una casa donde había alojado mi vida.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Ellos no pueden salir de París, y me encontré viudo en Dieppe.

—¿Por qué ibas a Dieppe?

—Por cambiar de aires. Uno no puede estar todo el tiempo en el bulevar.

—¿Y entonces?

—Entonces encontré en la playa a la chiquilla de la que te he hablado.

—¿La mujer del jefe de negociado?

—Sí. Se aburría mucho. Su marido, además, sólo iba los domingos, y es un tipo horroroso. La comprendo perfectamente. Conque nos divertimos y bailamos juntos.

—¿Y el resto?

—Sí, más adelante. En fin, nos encontramos, nos gustamos, yo se lo dije, ella me lo hizo repetir para entenderlo mejor, y no puso muchos obstáculos.

—¿La amabas?

—Sí, un poco; es muy bonita.

—¿Y la otra?

—¡La otra estaba en París! En fin, durante seis semanas la cosa marchó muy bien y volvimos aquí en los mejores términos. ¿Es que tú sabes romper con una mujer cuando esa mujer no tiene nada que reprocharte?

—Sí, muy bien.

—¿Cómo haces?

—La abandono.

—Pero ¿cómo te las arreglas para abandonarla?

—No vuelvo por su casa.

—Pero ¿y si ella viene a tu casa?

—Pues... no estoy.

—¿Y si vuelve?

—Le digo que estoy indispuesto.

—¿Y si te cuida?

—Pues..., pues le hago una faena.

—Escribo cartas anónimas a su marido para que la vigile los días en que la espero.

—¡Eso es grave! Yo no tengo tanta resistencia. No sé romper. Las colecciono. Las hay a las que sólo veo una vez al año, a otras cada diez meses, a otras una vez al trimestre, a otras los días que tienen ganas de cenar en un cabaret. Las que he espaciado no me molestan, pero con frecuencia tengo problemas con las nuevas, para distanciarlas un poco.

—Entonces...

—Entonces, amigo mío, la pequeña funcionaria era puro fuego, puras llamas, sin un reproche, ¡como te he dicho! Como su marido se pasa los días en el Ministerio, ella se ponía en plan de llegar a mi casa de

improviso. Dos veces estuvo a punto de encontrarme con mi costumbre.

— ¡Diablos!

— Sí. Por lo tanto, le señalé a cada cual sus días, días fijos para evitar confusiones. Lunes y sábados para la antigua. Martes, jueves y domingos para la nueva.

— ¿Por qué esa preferencia?

— ¡Ay, amigo mío!, es más joven.

— Eso te daba sólo dos días de descanso a la semana.

— Me basta.

— ¡Felicitaciones!

— Ahora bien, figúrate que me ha ocurrido la historia más ridícula del mundo, y la más fastidiosa. Desde hace cuatro meses todo marchaba perfectamente; dormía a pierna suelta y era verdaderamente feliz, cuando de pronto, el lunes pasado, todo se derrumba.

"Yo esperaba a mi costumbre a la hora convenida, la una y cuarto, fumando un buen cigarro.

"Soñaba despierto, muy satisfecho de mí mismo, cuando advertí que la hora había pasado. Me sorprendió porque ella es muy puntual. Pero pensé en un pequeño retraso accidental. Sin embargo, pasa media hora, después una hora, hora y media, y comprendí que cualquier causa la había retenido, quizá una jaqueca o un importuno. Son muy fastidiosas esas cosas, esas esperas...

Inútiles, aburridísimas e irritantes. En fin, me resigné, después salí de casa y, no sabiendo qué hacer, fui a verla.

"La encontré leyendo una novela.

""¿Qué ocurre?" —le dije.

"Respondió tranquilamente:

""Querido, no he podido, algo me lo impidió.

"¿El qué?

"Pues mis... ocupaciones.

"Pero... ¿qué ocupaciones?

"Una visita muy pesada."

"Yo pensaba que no quería decirme la verdadera razón y, como estaba muy tranquila, me inquietaba aún más. Contaba con recuperar el tiempo perdido, al día siguiente, con la otra.

"El martes, pues, estaba muy..., muy emocionado y enamorado, a la espera de

la pequeña funcionaria, y hasta me extrañó que no se adelantase a la hora convenida. Miraba el reloj a cada momento, siguiendo la aguja con impaciencia.

"La vi pasar el cuarto, después la media, después las dos... No podía estar quieto, cruzaba a grandes zancadas mi habitación, pegaba la frente a la ventana y la oreja a la puerta para escuchar si subía la escalera.

"Dieron las dos y media, ¡después las tres! Cogí el sombrero y corrí a su casa. ¡Estaba leyendo una novela, amigo mío!

"¿Qué ocurre?" —le dije con ansiedad.

"Respondió, tan tranquilamente como mi costumbre:

"Querido, no he podido, algo me lo impidió.

"¿El qué?

"Pues... mis ocupaciones.

"Pero... ¿qué ocupaciones?

"Una visita pesada."

"Supuse inmediatamente, claro, que lo sabían todo; pero ella parecía tan plácida, no obstante, tan pacífica, que acabé desechando mi sospecha, para creer en una extraña coincidencia, pues no podía imaginar semejante disimulo por su parte. Y tras una hora de amistosa charla, interrumpida además por veinte entradas de su hijita, tuve que marcharme muy fastidiado.

"Y figúrate que al día siguiente...

—¿Pasó lo mismo?

—Sí... y también al otro día. Y la cosa duró así tres semanas, sin una explicación, sin que nada me revelase el porqué de esa extraña conducta cuyo secreto sospechaba, no obstante.

—¿Lo sabían todo?

— ¡Pues claro! Pero ¿cómo? ¡Ah! Fue un suplicio hasta que lo averigüé.

—¿Cómo lo supiste por fin?

—Por carta. El mismo día, en los mismos términos, me despidieron definitivamente.

—Pero...

—Ahora verás... Ya sabes, amigo mío, que las mujeres llevan siempre encima un ejército de horquillas y alfileres. Las horquillas las conozco bien, desconfío de ellas, y vigilo, pero los otros son mucho más perversos, esos malditos alfileritos de cabeza negra que nos

parecen todos iguales, porque somos muy brutos, pero que ellas distinguen como nosotros distinguimos un caballo de un perro.

"Ahora bien, parece que un día mi pequeña funcionaria había dejado uno de esos chismes reveladores pinchado en una colgadura, junto al espejo.

"Mi costumbre, al primer vistazo, había visto en la tela ese puntito negro como una pulga, y sin decir nada lo había cogido, y después había dejado en el mismo sitio uno de sus alfileres, también negro, pero de un modelo diferente.

"Al día siguiente, la funcionaria quiso recoger el suyo, y enseguida reconoció la sustitución; entonces le entró una sospecha, y puso dos, cruzados.

"La costumbre respondió a esta señal telegráfica con tres bolas negras, una encima de otra.

"Una vez iniciado este trato, siguieron comunicándose, sin decirse nada, sólo para espiarse. Después parece que la costumbre, más osada, enrolló a lo largo de la puntita de acero un delgado papel donde había escrito:

"Lista de Correos, bulevar Malesherbes, C.D."

"Entonces se escribieron. Yo estaba perdido. Comprenderás que eso no fue lo único entre ellas. Se comportaban con precaución, con mil ardides, con toda la prudencia precisa en tales casos. Pero la costumbre tuvo una idea audaz y le dio una cita a la otra.

"Lo que se dijeron, lo ignoro. Sé sólo que pagué las consecuencias de su conversación.

¡Y aquí me tienes!

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No las sigues viendo?

—Sí, como amigo; no hemos roto del todo.

—Y ellas, ¿se han vuelto a ver?

—Sí, amigo mío, se han hecho íntimas.

—Vaya, vaya. ¿Y eso no te da una idea?

—No, ¿cuál?

—Pedazo de bobo, la idea de hacerles clavar alfileres dobles..."

Gil Blas, 10 de enero de 1888

Algo sobre los
gatos

Sur le chats

I

Estaba yo días pasados sentado en un banco fuera de la puerta de mi casa, en pleno sol, delante de un encañado de anémonas fondas, leyendo un libro publicado últimamente, un libro honrado, cosa rara y también encantadora: El tonelero, de Jorge Duval. Un gran gato blanco que tiene el jardinero saltó a mis rodillas y con su impulso cerró el libro, que yo coloqué a mi lado para acariciar al animal.

Hacía calor; un aroma de flores nuevas, tímido aún, intermitente, ligero, cruzaba la atmósfera, que se estremecía también de cuando en cuando con escalofríos que llegaban de las altas cumbres nevadas que yo distinguía a lo lejos.

Pero el sol quemaba, pinchaba como uno de esos días en que hurga en la tierra y la hace vivir, como cuando hiende el grano de semilla y estimula los gérmenes dormidos y las yemas de las plantas, para que se abran las hojas nuevas. El gato se retorció encima de mis rodillas, tumbado de espaldas y con las patas en alto, abriendo y cerrando las zarpas, entreabriendo los labios para enseñar sus puntiagudos colmillos y con la línea de su pupila apenas perceptible en los ojos verdes. Yo acariciaba y manoseaba a aquel animal perezoso y nervioso, flexible como tela de seda suave, tibio, encantador y peligroso. Ronroneaba de gusto, pero dispuesto a morder, porque es tan aficionado a arañar como a que le acaricien. Estiraba el cuello, se retorció y si yo alzaba la mano él se levantaba y alargaba la cabeza hacia arriba hasta tocármela.

Yo excitaba sus nervios, y él también excitaba los míos, porque estos animales encantadores y pérfidos me inspiran cariño y también repulsión. Me gusta tocarlos y sentir cómo resbala debajo de mi mano su pelo sedoso que cruje, su piel caliente, delicada y fina. No hay cosa más suave ni que produzca en la epidermis una sensación más exquisita, más refinada, más extraña que la envoltura tibia y vibrante del gato. Pero esa envoltura viva despierta en mis dedos una comezón rara y feroz de estrangular al animal que

estoy acariciando. Tengo la plena sensación de que él rabia por morderme y desgarrar mi carne, y ese anhelo suyo que yo siento plenamente pasa a mí como un fluido que él me transfiere y que penetra por la punta de mis dedos al contacto de su pelo cálido, y sube, sube a todo lo largo de mis nervios y de mis miembros, hasta mi corazón, hasta mi cerebro y me impregna, y corre por toda mi piel dándome dentera. Constantemente, sin interrupción, siento en los pulpejos de mis diez dedos el cosquilleo vivo y suave que me cala y me invade.

Y si el animal empieza, si me muerde o me araña, lo agarro del cuello, lo hago girar en el aire y lo lanzo a lo lejos como piedra con una honda, con tal rapidez y brutalidad, que no le dejo tiempo para vengarse.

Recuerdo que siendo niño me inspiraban ya los gatos este cariño, alternado con súbitos impulsos de ahogarlos con mis manecitas. Estando cierto día en un extremo del jardín, a la entrada del bosque, distinguí de pronto una cosa gris que se retorció entre las hierbas altas. Me acerqué a ver lo que era, y me encontré a un gato gris que había metido el cuello en un lazo, y que se ahogaba, que estaba en los últimos estertores, que se moría. Se retorció, arañaba el suelo, saltaba, caía inerte, repetía la maniobra y su respiración ronca, apresurada, semejaba el ruido que hace una bomba aspirante; me parece estar oyendo todavía aquel ruido horrible. No hubiera tenido ninguna dificultad en coger un azadón y cortar el lazo; hubiera podido también llamar a un criado o a mi padre. No, señor; permanecí inmóvil, con el corazón palpitante, y le vi morir con un regocijo tembloroso y cruel. ¡Era un gato! Si se hubiese tratado de un perro, habría sido yo capaz de cortar con mis dientes el alambre de cobre, antes que permitir que padeciese un solo momento más. Y cuando estuvo muerto, completamente muerto, caliente todavía, le palpé el cuerpo con mis dedos y le tiré de la cola.

II

A pesar de todo, son encantadores, y lo son más que nada porque al acariciarlos

cuando se refriegan en nuestra carne y
ronronean retorciéndose encima de nosotros
y nos miran con sus ojos amarillos haciendo
como que no nos ven, se siente la
certidumbre de la falsía de su ternura y del
pérfido egoísmo que hay en su satisfacción.
Hay mujeres que nos producen también
esta misma sensación; mujeres deliciosas,
tiernas, de ojos claros y falsos, que nos han
elegido para darse un baño superficial de
amor. Cuando se está a su lado y vienen a
nosotros con los brazos abiertos y
ofreciéndose al beso; cuando las estrechamos
contra nosotros con el corazón palpitante y
paladeamos el gozo sensual y sabroso de su
caricia delicada, nos damos perfecta cuenta
de que tenemos entre nuestras manos una
gata, una gata con uñas y colmillos; una gata
pérfida, astuta, amante y enemiga, que
morderá en cuanto se hastíe de los besos.
Todos los poetas han sido aficionados a los
gatos. Baudelaire los exaltó
maravillosamente. Es conocido aquel
admirable soneto suyo:
Mansos al par que fuertes, son los gatos
queridos
de los enamorados y los sabios austeros
que, con la edad madura, se hacen también
caseros
y buscan, friolentos, tibio calor de nidos.
Amigos de la ciencia y el amoroso arrullo,
gustan de los silencios, y a la noche son
fieles.
A Erebo le sirvieran de fúnebres corceles
si acaso ellos al freno doblegarán su
orgullo.
Toman, cuando meditan, actitudes serenas
de Esfinge del desierto que, sobre las
arenas,
se adormece en ensueños de eternas
dimensiones.
Sus lomos tan fecundos dan mágicas
centellas,
y en sus pupilas místicas, minúsculas
estrellas,
como arenillas de oro, forman
constelaciones.

III

Yo experimenté una vez la rara sensación
de habitar en el palacio encantado de la Gata

Blanca, en un mágico castillo en el que reinaba uno de estos animales ondulantes, misteriosos, desconcertantes, el único, tal vez, al que jamás se siente caminar.

Fue el pasado verano, en esta misma costa del Mediterráneo.

Hacía en Niza un calor espantoso, y pregunté si no había en las montañas próximas algún valle fresco al que acostumbrasen ir, para poder respirar, los habitantes del país.

Me dijeron que sí, el de Thorenc, y quise ir allí.

Tuve que trasladarme, en primer lugar, hasta Grasse, la ciudad de los perfumes, de la que hablaré algún día para contar cómo se fabrican las esencias quintaesencias de flores, que valen hasta dos mil francos el litro. Pasé la velada y la noche en un viejo hotel de la población, albergue mediocre, en el que la calidad de la comida es tan dudosa como la limpieza de las habitaciones. A la mañana siguiente seguí viaje.

La carretera se metía en plena montaña, bordeando profundos barrancos, dominada por picachos estériles, puntiagudos, salvajes. Empezaba a pensar en que me habían recomendado un sitio sorprendente para veraneo; estuve casi tentado de volverme atrás y de regresar a Niza aquella misma tarde, cuando se ofreció de pronto a mi vista un monte que parecía cerrar por completo la cañada, y sobre el monte unas ruinas enormes y admirables, cuyas siluetas formaban sobre el firmamento torres, muros derruidos y toda una extraña arquitectura de ciudadela muerta.

Era una antigua encomienda de los Templarios, que en otros tiempos gobernaban la región de Thorenc.

Siguiendo el contorno de aquel monte; descubrí de improviso un verde valle, alargado, fresco y tranquilo. En lo más hondo, praderas, corrientes de agua, sauces; en las vertientes, hasta perderse en el cielo, pinos.

Frente por frente de la encomienda, del otro lado del valle, se alza un castillo que está habitado, el castillo de las Cuatro Torres, que fue construido hacia el año mil quinientos

treinta. No tiene, sin embargo, la más ligera huella del Renacimiento.

Es un pesado y sólido edificio cuadrado, de aspecto imponente, flanqueado por cuatro torres guerreras, de las que toma el nombre.

Llevaba una carta de recomendación para el propietario de esta casa solariega, y no consintió que fuese a alojarme al hotel.

Todo el valle es, en efecto, encantador, y no se puede soñar con sitio más ideal para pasar el verano. Estuve paseando hasta atardecer, y después de cenar subí al departamento que me habían reservado.

Crucé, en primer término, por una especie de salón que tenía la paredes tapizadas de viejo cuero de Córdoba, y después, por otro, habitación en cuyos muros distinguí rápidamente, a la luz de mi vela, cuando pasaba, antiguos retratos de señoras, algunos de esos cuadros a los que se refería Gautier cuando escribió:

¡Con qué placer os veo
sobre los entrepaños,
en marcos ovalados,
oh retratos de hermosas
de otro tiempo; en las
manos tenéis pálidas
rosas,
cual conviene a unas
flores que han cumplido
cien años!

Y, por fin, entré en la habitación en que estaba mi cama.

Una vez a solas, me puse a recorrerla. Se hallaba tapizada de antiguas telas pintadas, en la que se veían torreones color de rosa sobre un fondo de paisajes azules y grandes pájaros fantásticos entre una fronda de piedras preciosas.

Dentro de una de las torretas, estaba mi cuarto de aseo. Las ventanas, anchas hacia el interior y estrechas hacia afuera eran, en fin de cuentas, las antiguas troneras desde las que mataban al asaltante. Cerré la puerta, me acosté y me quedé dormido.

Y soñé... Nuestros sueños tienen siempre algo de los acontecimientos del día. Iba de viaje, entré en un albergue y en él vi sentados a la mesa, junto al fuego, a un lacayo de lujosa librea y a un albañil,

sorprendente emparejamiento, que a mí no me causó extrañeza alguna. Estaban hablando de Victor Hugo, que acababa de morir, y yo me mezclé en su conversación. Por último, marché a acostarme en una habitación cuya puerta no cerraba bien, y vi de pronto que el criado y el albañil se acercaban de puntillas a mi mesa, armados de ladrillos.

Desperté bruscamente y transcurrieron algunos momentos sin que cayese en la cuenta de dónde estaba. Pero me acordé en seguida de los acontecimientos de la víspera, de mi llegada a Thorenc, del amable recibimiento que me había dispensado el dueño del castillo... Iba ya a cerrar otra vez los párpados, cuando vi, sí, señores vi en la oscuridad, en las tinieblas, en el centro de mi habitación, poco más o menos a la altura de la cabeza de un hombre, dos ojos de fuego que me miraban.

Eché mano a una cerilla y mientras la frotaba oí un ruido, un ruido muy ligero, un ruido blando como el que produce al caer un trapo húmedo y retorcido...Al encender la luz no vi en el centro del cuarto más que una mesa muy grande.

Me levanté, registré las dos habitaciones, miré debajo de mi cama, en los armarios, ¡nada!

Pensé que todo aquello no había sido otra cosa que una prolongación, ya despierto, del sueño que había tenido dormido, y volví a conciliar el sueño, aunque no sin dificultad. Y volví a soñar. También ahora viajaba, pero era por Oriente, en el país de mi predilección. Llegué a casa de un turco que vivía en pleno desierto. Era un turco magnífico; no era un árabe, sino un turco voluminoso, atento, simpático, vestido de turco, con turbante y una verdadera tienda de sederías sobre sus espaldas, un auténtico turco del Teatro Francés, que me dirigía toda clase de cumplidos; estábamos sentados en un muelle diván y me obsequiaba con confituras.

Un negrito me condujo a mi habitación — todos mis sueños terminaban, pues, del mismo modo—. Era una habitación azul celeste, perfumada, con pieles de animales

por alfombras; delante del fuego —también esta idea del fuego me perseguía hasta en el desierto—, sentada en una silla baja, me esperaba una mujer muy ligera de ropa.

Era del más puro tipo oriental, con estrellas pintadas en las mejillas, en la frente y en la barbilla, unos ojos inmensos, cuerpo admirable, algo moreno pero de un moreno cálido que subía a la cabeza.

Mientras ella me miraba, yo decía para mí mismo: «Así es como yo entiendo la hospitalidad. No recibiríamos de esta manera a un extranjero en nuestros estúpidos países norteños, en nuestros pueblos de gazmoñería idiota, de pudor repugnante y moral imbécil.» Me acerqué a ella y le hablé pero me contestó por señas, porque no conocía ni una sola palabra de mi idioma, que su amo, turco, sabía a la perfección.

Más dichoso aún porque ella hablaría, la tomé de la mano y conduje hasta mi lecho, en donde me tendí a su lado... ¡Siempre despierta uno en lo mejor! Me desperté, pues, y no fué demasiado grande mi sorpresa al sentir debajo de la palma de mi mano una cosa cálida y suave, que yo acariciaba amorosamente.

Al aclararse mis ideas, comprendí que se trataba de un gato, de un gato rollizo, que dormía tranquilamente, enroscado junto a mi cara. Lo dejé estar e hice lo mismo que él. Cuando amaneció, ya no se encontraba allí; llegué a pensar que todo había sido un sueño, porque no comprendía cómo pudo entrar y salir de mi habitación estando cerrada la puerta con llave.

Relaté mi aventura, aunque no en todos sus detalles, a mi amable anfitrión, que se echó a reír, y me dijo:

—Entró por la gatera —y levantando una cortina, me enseñó un agujero pequeño, negro y redondo, que había en la pared. Me enteré entonces que en las paredes de casi todas las casas antiguas de la región existen esos pasadizos largos y estrechos, que conducen desde la bodega hasta el granero, del cuarto de la criada a la habitación del señor, pasadizos que hacen del gato el rey y el señor de la casa.

Va y viene por donde le da la gana, visita

sus dominios a su capricho, puede acostarse en todas las camas, verlo y oírlo todo, estar al tanto de todos los secretos, costumbres y vergüenzas de la casa.

Todas las habitaciones son suyas, a todas tiene acceso; es el animal que circula sin que lo sientan, el rondador silencioso, el que se pasea de noche por la oquedad de los muros.

Me acordé de aquellos otros versos de Baudelaire:

Es el espíritu familiar.

Juzga, inspira, preside

a todo lo que hay,

donde él reside.

¿Es un dios? ¿Es un hada tutelar?

Gil Blas, 9 de febrero de 1886

Allouma

Allouma

I

Si en tu viaje a Argel —me había dicho mi amigo— te acercases por casualidad a Bordj Ebbaba, no dejes de hacer una visita a mi antiguo camarada el colono Auballe.

Había olvidado el nombre de Ebbaba y el del colono Auballe, cuando, por pura casualidad, llegué a su casa.

Hacía cerca de un mes que recorría a pie toda esa magnífica región que se extiende entre Argel y Cherchell, Orleansville y Tiaret, árida a trozos y a trozos poblada de árboles, grandiosa e íntima. Se encuentran allí entre dos montes, en angosto valle, frondosos pinares que los torrentes cubren en invierno. Enormes árboles, cruzados sobre la torrentera, sirven de puente a los árabes y también a los bejucos que, enroscándose a los troncos muertos, les procuran el adorno de una vida. Hállanse en desconocidos pliegues de montaña parajes de una belleza aterradora y arroyuelos cuyas orillas cubiertas de adelfas tienen un encanto indescriptible.

Pero lo que dejó en mi corazón los más gratos recuerdos de esta excursión, fueron las caminatas de por la tarde a lo largo de los senderos, casi sin árboles, que atraviesan aquellas ondulaciones de la costa, desde donde se domina un inmenso país montañoso y rojizo entre el azulado mar y la cordillera

del Ouarsenis, que ostenta en sus cimas el bosque de cedros de Tenlent-et-Haad.

Aquel día me extravié. Acababa de trepar a la cresta de un monte desde donde había divisado, por encima de una serie de colinas, la larga planicie de la Mitidja, y detrás, en la cumbre de otra cordillera, tan distante que apenas se veía, el extraño monumento que llaman la Tumba de la Cristiana. sepulcro, según se cuenta, de una familia de reyes mauritanos.

Descendía, encaminándome hacia el Sur, divisando frente a mi, limitada por las cimas que a la entrada del desierto se yerguen hacia aquel cielo clarísimo, una comarca montañosa y aleonada, como si todas sus colinas estuviesen cubiertas de pieles de león cosidas unas a otras. De trecho en trecho, en medio de aquellos montes, uno más alto que los que tenía al lado, elevaba su cumbre puntiaguda y amarilla, semejante al encrespado lomo de un camello.

Yo andaba de prisa, más ligero cada vez, como se camina cuando se baja de lo alto de una montaña por sus tortuosos senderos.

Nada pesa en estas ligeras caminatas animadas por el vivo aire de las alturas; nada pesa: ni el cuerpo, ni el corazón, ni los pensamientos, ni siquiera las preocupaciones.

Aquel día no sentía en mi nada de cuanto aplasta y tortura nuestra existencia, y notaba tan sólo el placer de aquel descenso.

Divisaba a lo lejos campamentos árabes, tiendas negruzcas, puntiagudas, agarradas al suelo como los mariscos a las rocas, y chozas, cabañas de ramas y madera de las que salía un humo gris. Formas blancas, hombres o mujeres, vagaban con lentitud en torno de ellas, y la brisa de la tarde llevaba a mis oídos el tintineo de las esquilas de los ganados.

Los madroños del sendero que yo seguía se inclinaban extraordinariamente cargados con sus frutos color púrpura, que esparcían por el camino. Parecían árboles mártires; se hallaban enteramente bañados en un sudor sangriento; del tronco de cada una de sus ramas pendía un grano encarnado semejante a una gota de sangre.

En torno de ellos, la tierra estaba

completamente roja, y el pie, aplastando el redondo y rojizo fruto, dejaba en el suelo huellas de asesinato. A veces, pegando un brinco, cogía al paso los más maduros para comérselos.

Los valles iban envolviéndose en un vapor que surgía lentamente, como el vaho de la piel del buey; y en la cordillera que cerraba el horizonte en la frontera del Sáhara, resplandecía un cielo maravilloso. Largos regueros dorados alternaban con regueros de sangre—¡más sangre!, sangre y oro, toda la historia humana—, y entre ellos se abría a veces una angosta grieta de un azul verdusco, infinitamente lejano como el sueño. ¡Oh, qué lejos! ¡Qué lejos estaba de todas las cosas y de todas las gentes que son objeto de las conversaciones en los bulevares; y hasta de mí mismo, convertido en una especie de ser errante, sin conciencia y sin pensamiento; y qué lejos también de mi camino, en el cual ya no pensaba, pues al acercarse la noche me di cuenta de que me había extraviado!

Sobre la tierra caía la sombra como un alud de tinieblas, y ya no descubría frente a mí más que la montaña, que se perdía a lo lejos.

Como de pronto divisara unas tiendas en un vallecito, bajé y traté de hacer comprender al primer árabe que me salió al paso la dirección que yo buscaba.

¿Me entendió? Lo ignoro; ello es que me habló largo rato sin que yo comprendiese nada.

Desesperado, me disponía a pasar la noche sobre una alfombra junto al campamento, cuando creí oír, entre las extrañas palabras que salían de su boca, el nombre de Bordj-Ebbaba.

Repetí:

—Bordj-Ebbaba. ¡Sí; eso es!

Y le enseñé dos francos: una fortuna. El echó a andar; le seguí. ¡Oh! Seguí mucho tiempo, en la noche oscura, a aquel pálido fantasma que corría descalzo delante de mí por los senderos pedregosos donde yo tropezaba sin cesar.

De repente brilló una luz. Llegábamos delante de la puerta de una casa blanca,

especie de fortín de paredes rectas y sin ventanas exteriores. Llamé; varios perros aullaron dentro. Una voz francesa preguntó:

—¿Quién está ahí?

Respondí:

—¿Vive aquí el señor Auballe?

—Esta es su casa.

Abrieron y me hallé en presencia del propio señor Auballe, un buen mozo rubio, con aspecto de hércules bonachón, calzado con babuchas y con su pipa en la boca.

Le di mi nombre, y él me tendió ambas manos, diciéndome:

—Está usted en su casa, caballero.

Un cuarto de hora más tarde comía con avidez frente a mi huésped, que seguía fumando.

Yo conocía su historia. Después de haber gastado mucho dinero con las mujeres, había empleado los restos de su fortuna en tierras argelinas y se dedicaba al cultivo de la vid. Los viñedos marchaban bien; era dichoso, y tenía la tranquila expresión del hombre satisfecho. No podía yo comprender cómo aquel parisiense, calavera, había podido acostumbrarse a una vida tan monótona en aquella soledad, y pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Nueve años.

—Y ¿no ha sentido usted grandes tristezas?

—No; se acostumbra uno a este país y se acaba por amarlo. Usted no sabe cómo va apoderándose de las gentes por una porción de pequeños instintos animales que desconocemos en nosotros. Nos aficionamos a él, en primer término, por nuestros órganos, a los cuales procura secretas satisfacciones que no razonamos. El aire y el clima conquistan nuestra carne a pesar nuestro, y la alegre luz que lo inunda mantiene a poca costa el espíritu claro y satisfecho. Entra en nosotros a torrentes, sin cesar, por los ojos, y diríase que lava todos los rincones sombríos del alma.

—Pero ¿y las mujeres?

—¡Ah! ... Escasean algo.

—¿Algo nada más?

—Caramba, si...; algo. Porque siempre

hay, en las tribus, indígenas complacientes que piensan en las noches del rumí.

Se volvió hacia el árabe que me servía, un mocetón moreno, cuyos negros ojos brillaban bajo el turbante, y le dijo:

—Vete, Mohamed; te llamaré cuando te necesite —luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Comprende el franués, y voy a contarle a usted una historia en la cual ha desempeñado él un papel importantísimo.

Y cuando aquel hombre hubo salido, el señor Auballe principió en los siguientes términos:

—Llevaba yo aquí unos cuatro años sin estar completamente instalado bajo todos conceptos en este país cuya lengua empezaba a silabear, y me veía obligado, para no romper por entero con pasiones que me han sido fatales, a hacer de cuando en cuando un viaje de varios días a Argel.

Había comprado esta, grania, este bordf, antiguo puesto fortificado, a unos centenares de metros del campamento indígena, cuyos hombres empleo en mis cultivos. En esa tribu, fracción de los Oulad-Taadja, escogí cuando llegué, para mi servicio particular, a un gallardo mozo, el mismo que acaba de ver usted, Mohamed ben Lam'har, que muy pronto empezó a tomarme gran cariño. Como no quería dormir en una casa a la cual no estaba acostumbrado, levantó su tienda a pocos pasos de mi puerta, con el fin de que pudiese yo llamarle desde la ventana.

¿Adivina usted mi existencia?

Pasaba todo el día recorriendo desmontes y plantaciones, cazaba algo, iba a comer con los oficiales de los vecinos puestos o bien venían ellos a comer a mi casa.

En cuanto a... placeres, ya le hablé a usted de los míos; Argel me ofrecía los más refinados; y de cuando en cuando un árabe complaciente y compasivo me detenía en mitad de un paseo para hacerme la proposición de llevar a mi casa, por la noche, una mujer de la tribu. Aceptaba en ocasiones, pero generalmente rehusaba, por temor a los enemigos que aquello pudiera proporcionarme.

Y una noche, al principiar el estío, regresando de dar un vistazo a mis

posiciones y teniendo necesidad de decir algo a Mohamed, entré en su tienda sin llamarle. Esto me ocurría a cada paso. Sobre una de esas grandes alfombras rojas de larga pelambre, de Djebel-Amor, espesas y suaves como un colchón, una mujer, una muchacha, desnuda casi, dormía con los brazos cruzados sobre los ojos. Su cuerpo blanco, de una blancura que relucía bajo el rayo de luz de la cortina levantada, se me apareció como una de las más perfectas muestras de la raza humana que en mi vida habla visto.

Las mujeres son aquí hermosas. altas y de una rara armonía de rasgos y líneas.

Algo confuso, dejé caer la cortina que cerraba la tienda y me fui a casa.

Me gustan las mujeres. El rayo de aquella visión me había atravesado y quemado, reanimando en mis venas el antiguo y temible ardor al cual debo el estar aquí. Hacia calor, corría el mes de julio y pasé casi toda la noche en la ventana, fijos los ojos en la sombría mancha que dibujaba en el suelo la tienda de Mohamed.

Cuando al siguiente día éste penetró en mi aposento, le miré cara a cara, y él bajó la cabeza, como hombre confuso, culpable ¿Adivinaba lo que yo sabía?

—Por ventura, ¿estás casado. Mohamed?— le pregunté bruscamente.

Le vi ponerse encarnado, y balbució:

—No, señor.

Le obligaba a hablar francés y a darme lecciones de árabe, lo que producía con frecuencia una lengua Intermedia de las más incoherentes.

Repuse:

—Entonces, ¿por qué hay una mujer en tu casa?

El murmuró:

—Es del Sur.

—¡Ah! ¿Es del Sur? Pero eso no explica su estancia en tu tienda.

Sin responder a mi pregunta. Mohamed me dijo entonces:

—Es muy bonita.

—¡Ah! ¡Es verdad! Pues bien: otra vez, cuando te llegue una bella mujer del Sur, procura hacerla entrar en mi casa y no en la

tuya. ¿Oyes. Mohamed?

El respondió con mucha seriedad:

—Sí, señor.

Confieso que pasé todo el día bajo la emoción agresiva del recuerdo de aquella muchacha árabe tendida sobre una alfombra roja, y que, al regresar a casa a la hora de comer, tuve un deseo inmenso de atravesar nuevamente la tienda de Mohamed. Durante la velada, éste prestó su servicio como de costumbre, moviéndose en torno mío con su impasible rostro, y varias veces estuve a punto de preguntarle si tenía intención de conservar mucho tiempo bajo su techo de piel de camello a aquella señorita del Sur, tan linda.

A eso de las nueve, acosado siempre por la afición a la mujer, tenaz, como el instinto de la caza entre los perros, salí para tomar el fresco y pasear un poco alrededor del cono de tela negruzca, a través del cual distinguía el brillante punto de una luz.

Luego me alejé, para no ser sorprendido por Mohamed en los alrededores de su habitación.

Al regresar, una hora más tarde, vi claramente el perfil del moro bajo su tienda. Sacando del bolsillo mi llave, penetré en el bordj donde se acostaban, haciéndome compañía, mi intendente, dos labradores franceses y una vieja cocinera traída de Argel.

Subí la escalera, quedando sorprendido al ver luz por las rendijas de mi puerta.

Abriendo al punto, distinguí delante de mí, sentada en una silla de paja, al lado de la mesa, sobre la cual ardía una bujía, una muchacha de rostro de ídolo, que parecía esperarme tranquilamente, adornada con todas las chucherías de plata que las mujeres del Sur llevan en las piernas, en los brazos, en la garganta y hasta sobre el vientre. Sus ojos, agrandados por el khol, se fijaban en mí con insistencia, y cuatro pequeños signos azules, delicadamente tatuados sobre la carne, estrellaban su frente, sus mejillas y su barba. Los brazos, cargados de pulseras, descansaban sobre los muslos, que recubría, pendiendo de los hombros la especie de gebba de seda roja que vestía.

Al verme entrar, se levantó y quedó en pie delante de mí, cubierta por sus joyas salvajes, en actitud de altiva sumisión.

—¿Qué haces ahí? — le dije en árabe.

—Me encuentro donde estoy porque se me ha mandado venir

—¿Quién te lo ha mandado?

—Mohamed.

—Bien está. Siéntate.

Obedeció, bajando los ojos, y yo permanecí enfrente, examinándola.

El semblante era extraño, regular, fino y algo bestial, pero místico cual el de un buda.

Los labios eran duros y estaban coloreados por una especie de florescencia encarnada que se encontraba además en su cuerpo, indicando una ligera mezcla de sangre negra, aunque las manos y los brazos fuesen de una blancura irreprochable.

No sabía qué hacer, y me sentía turbado, tentado y confuso. A fin de ganar tiempo y poder reflexionar, le hice otras preguntas acerca de su origen, su llegada al país y sus relaciones con Mohamed. Pero ella no respondió sino a las que menos me interesaban, y me fue imposible saber por qué había venido, con qué propósito, de orden de quién, en qué momento ni lo que había ocurrido entre ella y mi servidor.

Cuando ya me disponía a decirle: «Vuelve a la tienda de Mohamed», ella, adivinándolo quizá, se irguió bruscamente, y levantando los dos brazos descubiertos, cuyos sonoros brazaletes resbalaron hacia sus hombros, cruzó las manos detrás de mi cuello, atrayéndome con expresión de voluntad suplicante e irresistible.

Sus ojos, encendidos por el deseo de seducir, por esa necesidad de vencer al hombre, que hace que la impura mirada de las mujeres sea tan fascinadora como la de los felinos, me llamaban me llamaban, me encadenaban, me dejaban sin valor para resistir, despertaban en mí un ardor impetuoso que me sublevaba. Fue aquella una lucha corta, sin palabras, violenta, entre las pupilas solamente, la eterna lucha en que forcejean los dos brutos humanos, el macho y la hembra, y en la cual el macho es siempre vencido.

Sus manos, cruzadas sobre mi nuca, me atraían con presión lenta, creciente, irresistible; como una fuerza mecánica, hacia la sonrisa animal de sus labios rojos, donde posé de pronto los míos, abrazando aquel cuerpo casi desnudo y cargado de adornos de plata, que resonaron, de la garganta a los pies, bajo mi presión.

Se mostraba ligera y sana como una bestia y tenía expresiones, movimientos, gracias y una especie de olor de gacela que me hicieron encontrar en sus besos un raro sabor desconocido, extraño a mis sentidos como el sabor de una fruta de los trópicos.

Muy pronto..., digo muy pronto y fué tal vez a la madrugada, la quise despedir, pensando que se marcharía como había venido, y sin preguntarme qué haría yo de ella o qué haría ella de mí.

Pero en cuanto comprendió mi intención, murmuró:

—Si me echas de aquí, ¿adónde iré? Por la noche tendré que dormir en el suelo. Déjame quedarme sobre la alfombra, al pie de tu cama.

¿Qué podía contestarle? ¿Qué podía hacer? Pensé que Mohamed miraría sin duda a su vez por la ventana iluminada de mi aposento, y preguntas de toda especie, que no me había hecho en la turbación de los primeros instantes, se formularon con claridad.

—Quédate— le dije—, y hablemos.

Un segundo me había bastado para tomar mi resolución.

Puesto que aquella muchacha fue echada en mis brazos, la conservaría, haría de ella una especie de querida esclava, teniéndola oculta en el fondo de mi casa, a la manera de las mujeres del harén.

El día que me cansara me sería muy fácil deshacerme de ella de cualquier modo, pues, bajo el sol africano, estas criaturas nos pertenecen casi en cuerpo y alma.

Le dije:

—Quiero ser bueno para ti; te trataré de modo que no seas desgraciada, pero quiero saber de quién eres y de dónde vienes.

Ella comprendió que era preciso hablar, y me contó su historia, o, mejor dicho, una historia, porque debió mentir del principio al

fin, como mienten siempre todos los árabes, con o sin motivo.

Es la mentira uno de los rasgos más sorprendentes e incomprensibles del carácter indígena. Esos hombres en quienes el islamismo ha encarnado hasta formar parte de ellos, hasta modelar sus instintos, hasta modificar la raza entera y diferenciarla de las demás en lo moral, tanto como el color de la piel diferencia al negro del blanco, son embusteros hasta la medula. Tan embusteros, que no se puede nunca hacer caso de sus palabras. ¿Deben esto a su religión? Lo ignoro. Es necesario haber vivido entre ellos para saber hasta qué punto la mentira forma parte de su ser, de su corazón, de su alma, habiéndose convertido en ellos en una especie de segunda naturaleza, una necesidad en de la vida.

La joven me contó que era hija de un caíd de los Ouled Sidé Chelk y de una mujer robada por él en una razzia a los touaregs. Esta mujer debía de ser una esclava negra, o proceder al menos de un primer cruce de sangre árabe y sangre negra. Sabido es que las negras son muy apreciadas en el harén, donde desempeñan el papel de afrodisíacas. Nada de este origen aparecía, por otra parte, fuera del color purpurino de los labios y los sombríos pezones de sus senos alargados, puntiagudos y recios, como levantados por medio de resortes. No podía engañarse en esto una mirada inteligente. Pero todo lo demás pertenecía a la hermosa raza del Sur, blanca, esbelta, cuya fina cara la forman líneas rectas y sencillas, como una cabeza de imagen india. Los ojos, muy separados, aumentaban todavía el aspecto algo divino de aquella vagabunda del desierto.

De su existencia verdadera nada supe con precisión. Me la refirió con detalles incoherentes que parecían surgir por el azar en una memoria en desorden; y los mezclaba con observaciones deliciosamente pueriles, toda una virgen del mundo nómada nacida en un cerebro de ardilla que ha saltado de tienda en tienda, de campamento en campamento, de tribu en tribu.

Y todo ello lo decía con la expresión severa

que siempre tuvo ese pueblo zaherido, con gestos de ídolo que chismorrea y una gravedad algo cómica.

Cuando acabó, noté que no había retenido nada de aquella larga historia llena de acontecimientos insignificantes, almacenados en su ligero seso, y me pregunté si no se había sencillamente limitado a burlarse de mí con aquella charla hueca y seria que nada me decía acerca de su persona ni sobre ningún hecho de su vida.

Y pensaba en ese pueblo vencido en medio del cual campamos, mejor dicho, que campa en medio de nosotros, cuyo idioma empezamos a hablar, que a diario vemos vivir bajo la tela transparente de sus tiendas, al que imponemos nuestras leyes, nuestros reglamentos y nuestras costumbres, y del cual lo ignoramos todo, todo, ¿oye usted? Como si no estuviésemos únicamente ocupados en mirarle desde hace ya cerca de sesenta años.

No sabemos lo que sucede bajo esa cabaña de ramas y bajo ese pequeño cono de tela sujeta al suelo por medio de estacas, a veinnte metros de nuestras puertas; como no sabemos tampoco lo que hacen, lo que piensan, lo que son esos árabes llamados civilizados de las viviendas moriscas de Argel. Detrás de la pared enyesada de su vivienda en las ciudades, detrás del tabique de ramas de su choza o detrás de la delgada cortina de piel de camello que sacude el viento, viven junto a nosotros desconocidos, misteriosos, embusteros, disimulados, sumisos, sonrientes, impenetrables. ¿Qué me diría usted si le asegurase que, mirando desde lejos con mi lente el vecino campamento, adivino que tienen supersticiones, ceremonias, mil costumbres que nosotros ignoramos todavía, cuya existencia ni siquiera sospechamos?

Tal vez nunca un pueblo conquistado a viva fuerza supo sustraerse tan por completo a la dominación real, a la influencia moral y a la investigación encarnizada, pero inútil, del vencedor.

Pues bien: esta infranqueable y secreta barrera que la Naturaleza, incomprensible, ha levantado entre las razas, la sentía

súbitamente, como nunca la había sentido, levantarse entre aquella muchacha árabe y yo, entre aquella mujer que acababa de darse, de entregarse, de ofrecer su cuerpo a mis caricias, y yo, que la había poseído.

Le pregunté, pensando en esto por vez primera:

—¿Cómo te llamas?

Había estado unos instantes sin hablar y la vi estremecerse cual si hubiese olvidado que yo estaba allí, junto a ella. Entonces, en sus ojos clavados en mí, adiviné que aquel minuto había bastado para que el sueño la acometiese, un sueño irresistible y brusco, casi instantáneo, como todo lo que se apodera de los sentidos movibles de las mujeres.

Respondió negligentemente, teniendo en la boca un bostezo:

—Allouma.

—¿Tienes ganas de dormir?—agregué.

—Sí —me contestó.

—Pues bien: duerme.

Se estiró tranquilamente al lado mío, tumbada boca abajo y con la frente apoyada en sus brazos, y sentí casi en seguida que su fugitivo pensamiento de salvaje se había extinguido en el reposo.

Echado junto a ella, me puse entonces a reflexionar, tratando de explicarme lo ocurrido. ¿Por me la habría dado Mohamed? ¿Obró como servidor magnánimo que se sacrifica por su amo hasta cederle la mujer por él atraída a su tienda, o había obedecido a un pensamiento más complejo, más práctico, menos generoso, echando en mi cama aquella muchacha que me había agradado? Tratándose de mujeres, tiene el árabe todos los rigores pudibundos y todas las complacencias inconfesables; y su moral rigurosa y débil no es más comprensible que sus otros sentimientos. Probable es que me anticipase, penetrando casualmente en su tienda, a las benévolas intenciones de aquel previsor criado que me destinaba aquella mujer, su amiga, su cómplice, tal vez su amante.

Todas estas suposiciones me asaltaron y me fatigaron de tal modo, que poco a poco caí a mi vez en un sueño profundo.

Me despertó el chirriar de mi puerta;
Mohamed entraba, según costumbre, a
despertarme.

Abrió la ventana, por donde penetró una
oleada de claridad, iluminando sobre la cama
el cuerpo de Allouma, que continuaba
dormida, y a continuación recogió de la
alfombra mi pantalón, mi chaleco y mi
chaqueta, a fin de cepillarlos. No miró a la
mujer tumbada a mi lado; no pareció saber o
notar que estaba allí; conservaba su
gravedad ordinaria; los mismos modales,
idéntica fisonomía. Pero la luz, el
movimiento, el ligero ruido de los descalzos
pies del hombre y la sensación del aire puro
en la piel y en los pulmones, sacaron a
Allouma de su entorpecimiento. Estiró los
brazos, se volvió, abrió los ojos, me miró,
miró a Mohamed con la misma indiferencia y
se incorporó, quedando sentada. Luego
murmuro:

—Tengo hambre.

—¿Qué quieres comer?—le pregunté.

—Kahoua.

—¿Café y pan con manteca?’

—Sí.

Mohamed, en pie junto a la cama y con la
ropa mía bajo el brazo, esperaba órdenes.

—Trae el desayuno para Allouma y para mi
—le dije.

El salió del cuarto sin que su rostro
revelase la más leve sorpresa o el menor
enfado.

Cuando estuvimos solos, pregunté a la
joven árabe:

—¿Quieres habitar en mi casa?

—Sí, lo quiero.

—Tendrás una habitación para tí sola y
una mujer a tus órdenes.

—Eres generoso, y yo te lo agradezco.

—Pero si no te portas bien, te arrojaré de
aquí.

—Haré cuanto me mandes.

Tomó mi mano y la besó en señal de
sumisión.

Volvió a entrar Mohamed, trayendo el
desayuno en una bandeja. Le dije:

—Allouma se queda en casa. Alfombrarás
la habitación que hay al final del corredor, y
harás venir, para que la sirva, a la mujer de

Abd-el-Kader-el-Hadara.

—Sí, señor.

No hubo más.

Una hora después mi hermosa árabe estaba instalada en una habitación amplia y clara; y como yo fuera a cerciorarme de que todo marchaba bien, la joven se me acercó para pedirme, en tono de súplica, que le regalase un armario de espejo. Se lo prometí, dejándola luego sentada sobre una alfombra de Djebel-Amor, con un cigarrillo en la boca y charlando con la vieja árabe que mandé llamar, como si se conocieran de muchos años.

II

Durante un mes fui muy dichoso con ella, habiéndome aficionado de un modo extraño a aquella criatura de raza distinta a la mía, que se me antojaba casi de otra especie, como nacida en un lejano planeta.

No la amaba, no; no se ama a las muchachas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, nunca se abre la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón demasiado rudimentario, una sensibilidad muy poco refinada para despertar en nuestras almas esa exaltación sentimental que constituye la poesía del amor. Nada intelectual, ninguna embriaguez ideal se une a la sensual embriaguez que en nosotros provocan esos seres encantadores y nulos.

Nos dominan, sin embargo; nos sujetan como las otras, pero de un modo distinto, menos tenaz, menos cruel, menos doloroso. No podría explicar con precisión lo que sentía por aquella mujer. Le decía a usted, hace poco, que este país, esta África desnuda, sin artes, exenta de todos los goces intelectuales, conquista poco a poco nuestra carne con un encanto desconocido y poderoso, con la caricia del aire, con la constante dulzura de sus crepúsculos, con su luz deliciosa, con el discreto bienestar en que baña todos nuestros órganos. Pues bien: Allouma me conquistó de igual manera, con mil atractivos ocultos, poderosos y físicos, con la penetrante seducción, no de sus besos,

pues la adornaba una negligencia verdaderamente oriental, sino con sus dulces abandonos.

La dejaba en libertad de entrar y salir a su antojo, y cada dos días iba a pasar una tarde en el campamento vecino con las mujeres de mis agricultores indígenas. Se paseaba también mañanas enteras mirándose en la luna del armario de caoba que le había hecho traer de Miliana. Se admiraba a conciencia, en pie, ante la gran puerta de cristal, donde seguía sus movimientos con atención profunda y grave. Caminaba con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, para examinar sus caderas; se volvía, se alejaba y se acercaba, y después, cansada al fin de moverse, se sentaba en un cojín y permanecía frente a si misma, con los ojos en los ojos, grave el semblante y absorta el alma en aquella contemplación.

Muy pronto observé que salía casi todos los días después del almuerzo, para no volver hasta por la noche.

Algo inquieto, pregunté a Mohamed si sabía lo que podía hacer durante aquellas largas horas de ausencia. Me respondió tranquilamente:

—No te preocupe eso. Es que se acerca el Ramadán. Debe de ir a hacer oración.

El también parecía encantado con la presencia de Allouma en la casa; pero ni una sola vez sorprendí entre ellos la menor señal sospechosa; ni una sola vez parecieron esconderse de mí, entenderse, ocultarme algo.

Yo aceptaba la situación tal como la describo, sin comprenderla, dejando que obrasen el tiempo, la casualidad y la vida. Muchas veces, después de inspeccionar mis tierras, mis viñas, mis desmontes, daba a pie largos paseos. Ya conoce usted los hermosos bosques de esta parte de Argel, esos barrancos casi impenetrables donde los abetos derribados obstruyen los torrentes y esos vallecitos cubiertos de adelfas que, desde lo alto de las montañas, parecen tapices orientales extendidos a lo largo de los arroyos. Sabe usted que a cada momento, en esos bosques y esas orillas donde se diría que nadie ha penetrado aún, se encuentra de

pronto la blanca cúpula de una koubba en que se hallan encerrados los huesos de un humilde morabito, de un morabito aislado, a quien visitan apenas algunos fieles llegados del próximo aduar con un cirio en el bolsillo para encenderlo sobre la tumba del santo. Pues bien: una tarde, al volver de mi paseo, acerté a cruzar por delante de una de esas capillas mahometanas; y dirigiendo una mirada por la puerta constantemente abierta de par en par, divisé una mujer que oraba delante de la reliquia. Era un delicioso cuadro aquella árabe sentada en el suelo del destartalado recinto en que el aire penetraba libremente, reuniendo en los rincones, en montoncitos amarillentos, las finas hojas secas caídas de los pinos. Me acerqué para mirar mejor. Y reconocí a Allouma. Ella no me vio ni me sintió, entregada por completo a sus oraciones al santo. Hablaba a media voz, le hablaba, creyendo estar sola con él, contando al siervo de Dios todas sus preocupaciones. A veces callaba unos segundos para meditar, para recordar lo que aún tenía que decirle, para no olvidar ninguna de las confidencias que debía hacerle; y se animaba a veces también como si él la hubiese respondido, aconsejándole algo que ella no quería hacer y que combatía con razones.

Me alejé sin hacer ruido, de igual modo que me había acercado, y me fui a comer. Al anoecer la llamé a mi aposento, viéndola entrar en él con una expresión de inquietud que de ordinario no tenía.

—Siéntate ahí —le dije, haciéndole sitio a mi lado en el sofá.

Obedeció. Mas como yo me inclinara hacia ella con intención de darle un beso, apartó la cabeza vivamente.

Quedé estupefacto, y le pregunté:

—¿Qué significa eso?

—Estamos en el Ramadán.

Yo me eché a reír.

—¿Y te prohíbe el morabito que te dejes abrazar durante el Ramadán?

—¡Oh, sí! ¡Tú eres rumí y yo soy árabe!

—¿Y fuera un pecado grave hacer lo que te pido?

—¡Oh, si!

—Según eso, ¿no comiste hoy nada hasta ponerse el sol?

—No; nada.

—Pero ¿comiste una vez puesto el sol?

—Sí.

—Pues bien: ya que es completamente de noche, no puedes ser más severa para la boca que para lo demás.

Ella parecía crispada, ofendida, herida, y me replicó con una altivez que nunca le había visto emplear:

—Si una muchacha árabe se dejase tocar por un rumí durante el Ramadán, quedaría maldita para siempre.

—Y ¿durará esto todo el mes?

Ella respondió con convicción:

—Si; todo el mes del Ramadán. Tomé una expresión irritada, y le dije:

—Pues bien: puedes irte a pasar con tu familia ese Ramadán.

Ella tomó mis manos en las suyas, estrechándolas contra su pecho.

—¡Oh, no seas malo — exclamó—, te lo ruego! ¡Ya verás qué bien me porto contigo!

Haremos juntos el Ramadán, ¿quieres? Te cuidaré, te mimaré; pero no seas malo.

No pude menos de sonreír; tan chocante era en su desolación; y la envié a dormir a su cuarto.

Una hora después, al ir a acostarme, dieron en mi puerta dos golpecitos tan ligeros, que apenas los oí.

—¡Adelante!—dije, y vi aparecer a Allouma con una gran bandeja llena de golosinas árabes: de croquetas azucaradas, fritas y salteadas, con toda una extraña pastelería nómada.

La muchacha reía, mostrando sus hermosos dientes, y repitió:

—Vamos a hacer juntos el Ramadán.

Ya sabe usted que al ayuno, comenzado con la aurora y terminando con el crepúsculo, en el momento en que la vista no distingue un hilo blanco de uno negro, siguen todas las noches pequeñas fiestas íntimas, en que se come hasta la madrugada. Resulta de esto que, para los indígenas poco escrupulosos, el Ramadán consiste no más en hacer del día noche y de la noche día. Pero Allouma llevaba más allá la delicadeza de conciencia. Depositó

su bandeja entre los dos, sobre el sofá, y tomando con sus finos dedos una azucarada bolilla, me la puso en la boca, murmurando:

—Es muy bueno; cómetelo.

Mastiqué el ligero pastel, que era excelente, en efecto, y le pregunté:

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—¿Para mí?

—Sí; para ti.

—¿Para hacerme soportar el Ramadán?

—Sí. ¡No seas malo! Todos los días haremos lo mismo.

¡Oh, qué mes tan terrible pasé! Un mes azucarado, dulzarrón, irritante; un mes de cariñitos y tentaciones, de cóleras y vanos esfuerzos contra una invencible resistencia.

Luego, cuando llegaron los tres días del Beiram, los celebré a mi manera y no volví a acordarme del Ramadán.

Transcurrió el estío, que fue muy caluroso. Al comenzar el otoño, Allouma me pareció preocupada, distraída, indiferente a todo.

Y, una noche, habiéndola hecho llamar, no la encontraron en su aposento. Pensé que vagaría por la casa y di orden de que la buscasen al punto. Había salido y no había vuelto. Abrí la ventana y grité:

—¡Mohamed!

La voz del hombre acostado bajo su tienda respondió:

—¡Mande el señor!

—¿Sabes dónde está Allouma?

—No, señor. Pero ¿qué dice usted? ¿Ha desaparecido?

Pocos segundos después el árabe entraba en mi aposento, tan trastornado, que no podía dominar su turbación. Me preguntó:

—¿Ha desaparecido Allouma?

—Sí; ha desaparecido.

—No es posible.

—Búscala, pues —le dije entonces.

Permanecía en pie, pensativo, buscando en su imaginación, sin comprender.

Entró después en la habitación donde la ropa de Allouma cubría el suelo, en un desorden oriental. Todo lo examinó como un policía, lo oliscó, mejor dicho, como un perro; en seguida, incapaz de hacer un esfuerzo profundo, murmuró con resignación:

—¡Se ha marchado; sí, se ha marchado!
Yo temía un accidente, una caída al fondo
de un precipicio, e hice que se levantasen
cuantos hombres había en el campamento,
con orden de recorrerlo todo hasta
encontrarla.

Se la buscó toda la noche, todo el día
siguiente, toda la semana. No se descubrió ni
una sola huella que pusiera sobre su pista. Yo
sufría, la echaba de menos; mi casa me
parecía vacía, y desierta mi existencia. Ideas
inquietantes cruzaban al propio tiempo mi
cerebro. Temía que la hubiesen robado,
asesinado tal vez. Pero, siempre que trataba
de interrogar a Mohamed y de comunicarle
mis aprensiones, él respondía
invariablemente:

—No; se ha marchado.

Luego agregaba la palabra árabe r'éza!,
que significa «gacela», como para dar a
entender que corría mucho y estaba muy
lejos.

Pasaron tres semanas y ya no esperaba
volver a ver a mi querida árabe, cuando una
mañana Mohamed, con el semblante radiante
de alegría, penetró en mi aposento y me dijo:

—¡Señor, Allouma ha vuelto!.

Salté de la cama, y le pregunté:

—¿En dónde está?

—¡Allá abajo, al pie del árbol! ¡No se
atreve a venir!

Y con el brazo extendido me mostraba por
la ventana una mancha blancuzca al pie de
un olivo.

Me vestí y salí. Al acercarme a aquel lío de
ropa blanca, que parecía tirado contra el
retorcido tronco, reconocí los grandes ojos
sombríos, las estrellas tatuadas, el semblante
alargado y regular de la muchacha que me
había seducido. A medida que avanzaba, se
apoderaba de mí la cólera, sentía un fuerte
deseo de golpearla, de hacerla sufrir, de
vengarme.

Desde lejos grité:

—¿De dónde vienes?

Ella no respondió, y permaneció inmóvil,
inerte, como si viviese apenas, esperando los
efectos de mi furia, pronta a recibir mis
golpes.

Yo estaba en pie junto a ella,

contemplando con estupor los harapos que la cubrían, aquellos pingajos de seda y lana cubiertos de polvo, desgarrados, miserables. Repetí con la mano alzada como sobre un perro:

—¿De dónde vienes?

Ella murmuró:

—De allá abajo.

—¿De dónde?

—De la tribu.

—¿De qué tribu?

—De la mía.

—¿Por qué te marchaste?

Viendo que no le pegaba, cobró algunos ánimos, y en voz baja añadió:

—Era necesario..., era necesario... No podía seguir viviendo en la casa.

Vi lágrimas en sus ojos, y en seguida me enternecí como un animal. Me incliné sobre ella, y distinguí, al volverme para sentarme, a Mohamed, que nos acechaba desde lejos.

Añadí, con mucha dulzura:

—Vamos a ver: ¿por qué te marchaste?

Entonces me contó que desde hacía mucho tiempo sentía en su corazón de nómada el irresistible deseo de volver bajo las tiendas, de tumbarse, de correr, de arrastrarse sobre la arena, de vagar con los rebaños de llanura en llanura, de no sentir sobre la cabeza, entre las estrellas amarillas del cielo y las estrellas azules de su rostro, más que la delgada cortina de tela gastada y recosida, a través de la cual se distinguen puntos de fuego cuando por la noche se despierta.

Me hizo comprender esto con términos sencillos y enérgicos, tan justos, que me cercioré de que no mentía; sentí piedad por ella, y le pregunté:

—¿Por qué no me dijiste que deseabas ausentarte por algún tiempo?

—Porque no habrías querido...

—Prometiéndome volver, te hubiera dejado.

—No me habrías querido creer. Se reía al observar que ya no estaba enfadado, y añadió:

—Ya ves, esto ha concluido; he vuelto a mi casa: heme aquí. Me hacía falta pasar unos días allá abajo. Ya tengo bastante; ya estoy curada. He vuelto y me siento bien. Estoy

satisfecha. Tú no eres malo.

—Vamos a casa —le dije.

Se levantó. Cogí su mano, su fina mano de largos y torneados dedos; y triunfante con sus harapos, bajo la música de sus anillos, de sus brazaletes, de sus collares y sus placas, se encaminó gravemente hacia mi vivienda, donde nos aguardaba Mohamed.

Antes de entrar, repetí:

—Allouma, siempre que quieras volver a tu país, pídemelo para ello; te lo daré.

Ella me preguntó con desconfianza:

—¿Me lo prometes?

—Sí; te lo prometo.

—Pues yo también te lo prometo. Cuando me sienta mal —y se llevó las manos a la frente con un gesto magnífico —te diré: «Necesito ir allá abajo.» Y tú me dejarás marchar.

La acompañé a su aposento, seguido de Mohamed, que llevaba agua, pues todavía no se había podido comunicar a la mujer de Andel-Kader-el-Hadara que su ama había vuelto.

Allouma entró, vio el armario de espejo y, con el rostro iluminado, corrió a él como se corre hacia una madre a quien se ve después de creerla perdida. Se miró breves segundos, hizo una mueca, y luego, con voz en que se notaba algún enfado, dijo al claro cristal:

—Aguarda; tengo vestidos de seda en el armario. Muy pronto seré hermosa.

La dejó sola, haciendo la coqueta ante sí misma.

Nuestra vida volvió a ser como antes, sufriendo yo más cada vez el atractivo singular, enteramente físico, de aquella mujer por quien sentía al propio tiempo una especie de desdén paternal.

Durante seis meses todo marchó bien; un día observé que volvía a estar nerviosa, agitada, algo triste. Le dije entonces:

—¿Qué te pasa? ¿Quieres volver a tu tribu?

—Sí, quiero ir allá.

—¿No te atrevías a decírmelo?

—No me atrevía.

—Pues márchate cuando quieras; te lo permito.

Cogió mis manos y las besó, cosa que

hacía en todos sus impulsos de agradecimiento, y, al siguiente día, ya no la encontré en casa.

Regresó como la otra vez, al cabo de tres semanas aproximadamente, y como entonces, andrajosa, renegrada por el polvo y el sol; harta de vida nómada, de arena y de libertad. En dos años fue cuatro veces a su país.

Recibía yo siempre alegremente, sin celos, porque para mí los celos no pueden nacer más que, del amor tal como lo comprendemos nosotros. Cierto que la habría podido matar si la hubiera sorprendido engañándome; pero la habría matado casi como se mata por pura violencia a un perro que desobedece. No hubiera sentido esos tormentos, ese fuego roedor, esa enfermedad horrible: los celos del Norte.

Acabo de decir que hubiera podido matarla como se mata a un perro desobediente. La amaba, en efecto, casi como se ama a un animal rarísimo, perro o caballo, imposible de reemplazar. Era una bestia admirable, una bestia sensual, una bestia de placer con cuerpo de mujer.

No podría decir a usted qué distancia inconmensurable separaba nuestras almas, aunque nuestros corazones se hubiesen tal vez rozado en ciertos momentos y dado calor el uno al otro. Era Allouma algo de mi casa, de mi vida, una necesidad para mí, hombre materializado que no tiene más ojos y sentidos.

Una mañana, Mohamed entró en mi alcoba con una extraña expresión en el semblante, con esa mirada inquieta de los árabes, que se asemeja a la mirada medrosa del gato frente al perro.

Viéndole de aquel modo, le pregunté:

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—Allouma se ha marchado.

Yo me eché a reír.

—¿Se ha marchado! Y ¿adónde?

—¿Se ha marchado para siempre, señor!

—¿Cómo! ¿Para siempre?.

—Sí, señor.

—Tú estás loco, muchacho.

—No, señor.

—¿Por qué se ha de haber marchado? Y

¿cómo? A ver, explícate.

El permanecía inmóvil, no queriendo hablar; después, de repente, tuvo una de esas explosiones de cólera árabe que nos obligan en las calles de las ciudades a pararnos ante dos energúmenos, cuyo silencio y gravedad orientales dan bruscamente lugar a las extremadas gesticulaciones y a las vociferaciones más escandalosas.

Y comprendí en medio de sus gritos que Allouma había huido con mi pastor.

Tuve que calmar a Mohamed e irle arrancando uno a uno los detalles de lo ocurrido.

Larga fue la tarea; por fin supe que, desde hacía ocho días, espiaba a mi querida, que tenía citas en el vecino bosque de cactus o en el barranco de las adelfas, con una especie de vagabundo recibido como pastor por mi intendente, a fines del mes anterior.

La pasada noche, Mohamed la había visto salir y no la volvió a ver; y repetía, exasperándose:

—¡Se ha marchado, señor; se ha marchado!

No sé por qué; pero su convicción, la convicción de aquella fuga con el vagabundo, se apoderó de mí en un instante, absoluta, irresistible. Aquello era absurdo, inverosímil y cierto, en virtud de lo irracional, que es la única lógica de las mujeres.

Encolerizado, con el corazón oprimido, trataba de representarme las facciones de aquel hombre; y recordé de pronto que la semana anterior le había visto en pie sobre un montón de piedras en medio de su rebaño y mirándome fijamente.

Era una especie de beduino, alto, en quien el color de los miembros desnudos se confundía con el de sus harapos; un tipo de bruto bárbaro, de pronunciados pómulos, nariz encorvada, barba saliente y secas piernas; un alto esqueleto vestido de harapos y con traidores ojos de chacal.

No me cabía duda; sí, había huido con aquel miserable. ¿Por qué? Porque era Allouma una hija de la arena. Otra, en París, hija de la acera, hubiera huido con mi cochero o con cualquier holgazán del arroyo.

—Está bien —dije a Mohamed—. Si se ha marchado, peor para ella.

Tengo que escribir unas cartas.

Déjame solo.

Se retiró, sorprendido por mi calma. Yo me levanté, abrí la ventana y aspiré grandes bocanadas, que me llegaban al fondo del pecho, el asfixiante aire del Sur, pues el, siroco soplaba.

Luego me dije:

¡Qué remedio! Es una..., mujer como tantas otras. ¿Sabe alguien lo que les hace amar, seguir o abandonar a un hombre? Si se sabe en ocasiones..., generalmente nadie lo adivina. A veces, se sospecha. ¿Por qué desapareció con aquel bruto repugnante? ¿Por qué? Tal vez porque desde hace algún tiempo el viento viene del Sur casi de ordinario.

¡Eso basta! ¡Un soplo! ¿Sabe ella, saben ellas, generalmente, aun las más listas y perspicaces, por que obran? ¡Cómo lo sabe la veleta girando al viento! Una brisa insensible mueve la flecha de hierro, de cobre, de palastro o de madera, lo mismo que una influencia imperceptible, una impresión inexplicable agita e impulsa a las resoluciones el mudable corazón de las mujeres, ya sean de la ciudad, del campo, del arrabal o del desierto.

Pueden saber luego, si razonan y comprenden, por qué hicieron aquello y no lo otro; pero lo ignoran por el momento, porque son juguete de su caprichosa sensibilidad; aturdidas escalvas de los acontecimientos, del medio ambiente, de las emociones, de los encuentros y de todos los rozamientos que estremecen su alma y su carne.

El señor Auballe se había puesto en pie. Dio unos pasos, me miró y dijo sonriendo:

—¡Ahí tiene usted un amor del desierto!

Le pregunté:

—¿Y si volviera?

—¡Indecente muchacha!—murmuró—.

¡Mucho lo celebraría, a pesar de todo!

—Y ¿perdonaría usted al pastor?

—Naturalmente. Tratándose de mujeres, el hombre debe siempre perdonar... o ignorar.

L'Echo de Paris, 10 de febrero de 1889

El amigo Joseph

L'ami Joseph

Todo el Invierno se habían tratado íntimamente en Paris. Después de dejar de verse, como siempre ocurre, al salir del colegio, los dos amigos se habían encontrado nuevamente una tarde en sociedad, ya viejos y canosos, soltero el uno y el otro casado ya. El señor de Méroul pasaba seis meses en Paris y seis en su castillito de Tourbeville. Habiéndose casado con la hija de un castellano de los alrededores, había llevado una vida buena y sosegada en la indolencia del hombre que no tiene ninguna ocupación. De temperamento tranquilo y cerebro limitado, sin audacia de inteligencia, sin rebeldías independientes, transcurría para él todo el tiempo recordando dulcemente el pasado, deplorando las costumbres y las instituciones de ahora y repitiendo a cada instante a su mujer, que elevaba los ojos al cielo y en ocasiones también las manos en señal de asentimiento enérgico:

—¿Bajo qué Gobierno vivimos, Dios mio?

La señora de Méroul se parecía intelectualmente a su marido como una hermana a su hermano. Sabía, por tradición, que se ha de respetar sobre todo al Papa y al rey.

Y los amaba y los respetaba desde el fondo del corazón con exaltación poética, con fidelidad hereditaria, con ternura de mujer bien nacida. Era buena hasta los repliegues del alma. No había tenido hijos, y lo lamentaba sin cesar. Cuando el señor de Méroul encontró en un baile a José Mouradour, su antiguo camarada, experimentó una alegría profunda y sencilla, porque se habían querido mucho en su juventud.

Después de las exclamaciones de sorpresa ocasionadas por los cambios que la edad había producido en su cuerpo y en su rostro, se habían informado recíprocamente acerca de sus existencias.

José Mouradour, un meridional, se había hecho consejero general en su país. De francos modales, hablaba vivamente y sin vacilaciones, emitiendo su parecer como quien desconoce los miramientos. Era

republicano, pertenecía a esa raza de republicanos bonachones para quienes la llaneza es una ley y que llevan la independencia de palabra hasta la brutalidad. Se presentó en la morada de su amigo, e inmediatamente fue amado por su cordialidad nada exigente, a pesar de sus avanzadas opiniones. La señora de Méroul exclamaba: —¡Qué desdicha! ¡Un hombre tan encantador!

El señor de Méroul decía, dirigiéndose a su amigo, en tono sentido y confidencial: —No puedes figurarte el daño que hacéis a nuestro país.

Le amaba, sin embargo; porque nada es más sólido que las amistades infantiles reanudadas en la edad madura. José Mouradour se burlaba de la mujer y del marido; les llamaba "amables tortugas", y a veces se deshacía en sonoras exclamaciones contra las gentes atrasadas, contra los prejuicios y las tradiciones.

Cuando dejaba correr así el torrente de su elocuencia democrática, el matrimonio, contrariado, se callaba, por conveniencia y consideración; luego el esposo trataba de cambiar de asunto para evitar las discusiones. No se veía a José Mouradour más que en la intimidad.

Llegó el estío. La mayor alegría de los Méroul consistía en recibir a sus amigos en su posesión de Tourbeville. Era aquella una alegría íntima y sana, una alegría de buenas gentes y de propietarios campesinos. Salían hasta la vecina estación a recibir a los invitados, y los llevaban en un coche, no escaseando las alabanzas sobre su país, sobre la vegetación, sobre el estado de los caminos en la provincia, sobre la limpieza de las casas de los labriegos, sobre la gordura de los ganados, sobre todo lo que se distinguía en el horizonte.

Hacían observar que su caballo trotaba de un modo admirable, para ser un animal empleado, gran parte del año, en los trabajos campestres; y esperaban con ansiedad la opinión del recién llegado sobre su dominio, sensibles a la menor palabra, agradecidos a la menor intención favorable.

José Mourador fue invitado, y anunció su

viaje.

La mujer y el marido habían acudido a la estación, encantados de poder hacer los honores de su casa.

En cuanto les echó la vista encima, José Mouradour saltó de su coche con una vivacidad que aumentó su satisfacción. Les estrechó la mano, los felicitó, les llenaba de cumplidos.

A lo largo de la carretera fue encantador; se admiró de la altura de los árboles, del espesor de los sembrados, de la rapidez de su cabalgadura.

Cuando echó pie a tierra, en el vestíbulo del castillo, el señor de Mérout le dijo con cierta amistosa solemnidad:

—Estás en tu casa.

José Mouradour respondió:

—Gracias, querido; ya lo sabía. Por otra parte, yo no gasto ceremonias con los amigos. No comprendo la hospitalidad de otra manera.

Luego subió a su aposento, para disfrazarse de aldeano, según dijo, y volvió a bajar vestido de azul, con sombrero de anchas alas y botas amarillas, en un abandono completo de parisiense en el campo. Parecía también haberse vuelto más ordinario, más jovial, más familiar; Diríase que había tomado con aquel traje campestre una despreocupación y una desenvoltura que juzgaba de acuerdo con las circunstancias. Su nuevo aire chocó algo a los señores de Mérout, que continuaban siempre serios y dignos, hasta en sus tierras, como si la partícula que precedía a su nombre les hubiese obligado a usar de ciertas ceremonias, aun en la intimidad.

Después del desayuno fueron a visitar las granjas. Y el parisiense confundió a los respetuosos labriegos con su llaneza de expresión.

Por la noche cenaba en la casa el cura, el viejo y corpulento cura, convidado de todos los domingos, y a quien se había invitado aquel día, excepcionalmente, en honor del recién llegado.

Al reparar en él, José Mouradour hizo un gesto, y después le miró con admiración, como si se hubiese tratado de un raro ser de

una casta especial que nunca había visto tan de cerca. Refirió, en el transcurso de la comida anécdotas libres, propias de la intimidad, pero que los Mérroul no creían convenientes en presencia de un eclesiástico. No decía nunca "señor abate", sino "señor", a secas, y puso en grandes aprietos al sacerdote con consideraciones filosóficas acerca de las diversas supersticiones reinantes en la superficie del globo. Decía: —Su Dios de usted, señor, es de aquellos que hay que respetar, pero también de los que han de discutirse. El mío se llama Razón; fue en todo tiempo el enemigo del de ustedes.

Los Mérroul, desesperados, se esforzaban para cambiar de conversación. El cura se marchó muy pronto.

Entonces el marido dijo suavemente:

—Tal vez hayas ido algo lejos con ese sacerdote.

Pero José exclamó en seguida:

—¡Esta es buena! ¿Me iba yo a molestar por un ensotano? Pues mira, pensaba decirte que me dieras el gusto de no imponerme ese buen hombre durante las comidas. Tratadle vosotros cuanto queráis, los domingos y días laborables, mas no se lo sirváis a los amigos, ¡recórcholis!

—Pero, querido, su carácter sagrado...

José Mouradour le interrumpió:

—Sí, ya sé que es necesario tratarlos como si fueran doncellitas. ¡Lo sé, lo sé! Mas cuando esas gentes respeten mis creencias, entonces respetaré yo las suyas.

Y no pasó más aquel día.

Cuando la señora de Mérroul entró en su salón, divisó encima de la mesa tres periódicos, que la hicieron retroceder: El Voltaire, La República Francesa y La Justicia.

En seguida José Mouradour, siempre vestido de azul, apareció en el umbral, leyendo con atención el Intransigente, Y exclamó:

—Viene aquí un hermoso artículo de Rochefort. Este mozo es admirable.

Leyó aquel trabajo en voz alta, subrayando los conceptos enérgicos, tan entusiasmado que no vio que entraba su amigo.

El señor de Mérroul tenía en la mano El

Galo para él y El Clarin para su señora.
La ardiente prosa del magistral escritor que derribara el Imperio, declamada con violencia, cantada con el acento del Mediodía, resonaba en el pacífico salón, sacudía los viejos cortinajes de rectos pliegues, parecía descargar sobre la pared, sobre los grandes sillones de tapicería, sobre los graves muebles colocados desde hacia un siglo en los mismos lugares, una granizada de palabras chillonas, desvergonzadas, irónicas y ruidosas.

El hombre y la mujer, en pie el uno, sentada la otra, escuchaban con estupor, tan escandalizados, que no hacían un gesto. Mouradour lanzó la frase final como se despide un cohete, y en seguida declaró con triunfante tono:

—¿Eh? ¿No es bueno esto?

De pronto reparó en los dos periódicos que llevaba su amigo, y quedó lleno de sorpresa. Luego avanzó hacia él a grandes zancadas, preguntando con tono furibundo:

—¿Qué vas a hacer de esos papeles?

El señor de Méroul respondió, titubeando:

—Pues son..., son mis..., mis periódicos.

—¡Tus periódicos! ... ¡A ver eso! ¿Te burlas de mí? Vas a hacerme el favor de leer los míos, que te despabilarán las ideas; en cuanto a los tuyos..., he aquí lo que hago yo de ellos...

Y, antes que su amigo, lleno de asombro, pudiera defenderse, había cogido las dos hojas y las tiraba por el balcón. Luego depositó gravemente La Justicia en manos de la señora de Méroul, dió El Voltaire al marido y se arrellanó en un sillón para acabar de leer El Intransigente.

El hombre y la mujer, por delicadeza, aparentaron leer un poco; luego dejaron las hojas republicanas, que tocaban con la punta de los dedos como si hubieran estado llenas de veneno.

Entonces volvió él a echarse a reír y declaró inmediatamente:

—Ocho días de esta alimentación, y os convierto a mis ideas.

En efecto, al cabo de ocho días gobernaba la casa. Había cerrado la puerta al cura, a quien la señora de Méroul visitaba en

secreto; había prohibido la entrada en el castillo de El Clarín y El Galo, que un criado iba misteriosamente a buscar al correo, escondiéndolos, al entrar, bajo el canapé; lo ordenaba todo a su guisa, siempre encantador, bonachón siempre, tirano, jovial y topoderoso.

Mientras tanto, otros amigos, gente piadosa y legitimista, habían de llegar. Los castellanos juzgaron imposible un encuentro y, no sabiendo qué hacer, anunciaron un día a José Mouradour que se veían obligados a ausentarse algunos días, con motivo de un pequeño asunto, y le rogaron se quedase allí solo. El no se inmutó, y les dijo:

—Muy bien; me es igual; os esperaré hasta que volváis. Ya os lo he dicho: entre amigos no debe haber ceremonias. Hacéis bien en ir a despachar vuestros asuntos ¡qué diantre! No me molestaré por eso; muy al contrario, ello me pone en buena armonía con vosotros. Marchaos, amigos míos; os espero.

El señor y la señora de Mérour se fueron al día siguiente.

Aún los aguarda.

Le Gaulois, 3 de junio de 1883

El amigo Patience

L'ami Patience

—¿Qué se hizo Leremy?

—Es capitán en el sexto de Dragones.

—¿Y Puisón?

—Subprefecto.

—¿Y Racollet?

—Murió.

Buscábamos en los rincones de la memoria nombres de los compañeros de nuestra juventud, los cuales no hablamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia, ya calvos o encanecidos, con mujer propia y abundante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

—¿Y Patience, el gran Patience?

Lancé una especie de alarido

—¡Ah! En cuanto a ése... La historia es larga. Escucha. Fui en visita de inspección a

Limoges, hace cuatro años, y mientras aguardaba la hora de comer, me aburría solemnemente sentado en el café de la plaza del Teatro. Los comerciantes entraban por grupos de dos, tres o cuatro, a tomar el vermut o el ajenjo; hablaban en voz alta de los negocios, reían estrepitosamente y bajaban el tono para comunicarse cosas importantes o delicadas.

Yo me decía: "¿Qué haré después de comer?" Y me horrorizaba pensar en lo interminables que resultan las noches en una capital de provincia, en el vagar pausado y siniestro a través de las calles desconocidas, en la tristeza abrumadora que al viajero solitario comunican los transeúntes, extraños a él en todo y por todo, por la hechura del traje, por la forma del sombrero, por sus costumbres y por su pronunciación; tristeza penetrante que se desprende también de las casas, de las tiendas, de los coches, de los ruidos ordinarios del tráfico; tristeza desgarradora que nos hace apresurar poco a poco el paso como si estuviésemos perdidos en un país peligroso y opresor, que nos hace desear el hotel, el abominable hotel, cuyas habitaciones guardan un vaho pestilente, cuyo lecho induce a reflexiones y provoca estremecimientos, cuyos lavabos conservan cabellos y grasa de otros huéspedes.

Pensando en todo esto, veía encender las luces de gas y sentía multiplicarse mi desolación y mi angustia a medida que cerraba la noche. ¿Qué haría yo después de comer? Me hallaba solo, enteramente solo y despistado.

Un señor gordo fue a sentarse junto a la mesa próxima, y ordenó con voz formidable: —Mozo, mi witter.

El mi sonaba en la frase como un cañonazo. Comprendí en seguida que todo era suyo, muy suyo, en la existencia, y no de otro; que tenía su carácter, su apetito, su pantalón, su "no importa qué", de un modo especial, absoluto, propio, más completo que cualquiera. Luego, miró en torno, con expresión de hombre satisfecho. Le trajeron su witter, y pidió:

—Mi periódico.

Yo me preguntaba: "¿Cuál puede ser su

periódico?" El título bastaría para revelarme sus opiniones, sus teorías, sus principios, sus manías y sus simplezas.

El mozo le llevó Le Temps, y quedé sorprendido, porque Le Temps es un diario serio, doctrinal, reposado. Y pensé: "Será un hombre prudente, de buenas costumbres, de hábitos regulares, un buen burgués, en fin." Montó en su nariz sus lentes de oro, y antes de comenzar su lectura, extendió de nuevo la mirada en torno suyo. Al advertir mi presencia, se puso a examinarme con tal insistencia que ya me iba cargando; y me disponía a interrogarle duramente cuando exclamó:

—¡Caracoles! Me parece tener delante a Gontran Lardoys.

Le respondí:

—Sí, caballero; soy ese que usted nombra. Se levantó bruscamente y me tendió los brazos.

—¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo estás? Algo sorprendido, porque no le reconocía, dije:

—Bien..., gracias... ¿Y usted?

Soltó la carcajada.

—Juraría que no me recuerdas.

—No..., la verdad... Y, sin embargo, me parece...

Me puso una mano en el hombro.

—Basta de bromas. Yo soy Patience Robert; soy tu amigo, tu camarada.

Entonces lo reconocí y le estreché las manos que me tendía.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Yo, divinamente. ¿Qué haces por aquí?

Le di cuenta de mi visita de inspección.

—¿No estarás descontento de tu suerte?

—No del todo, ¿y tú?

Con aire de triunfo me respondió:

—Yo estoy como el pez en el agua.

—¿A qué te dedicas?

—A los negocios.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho; soy muy rico. Mañana, si quieres, te daré de almorzar en mi casa, calle del Gallo, número diecisiete. Ya verás qué instalación.

Creí verle dudar un momento; luego prosiguió:

—¿Eres tan alegre como antes?
—No he variado.
—¿No te casaste?
—No.
—Hiciste bien. ¿Y te gustan como siempre los jolgorios y las patatas?
Me iba resultando deplorablemente vulgar.
A pesar de todo, le respondí:
—Me gustan como siempre.
—¿Y las guapas mozas?
—Más que nunca.
Se rió muy satisfecho, y dijo:
—Mejor que mejor. ¿Recuerdas nuestra primera locura en Burdeos? ¡Qué noche!
En efecto, recordé aquélla y otras posteriores. Reímos. El golpeaba la mesa con los puños; yo le pregunté bruscamente:
—Y tú, ¿no te casaste?
—Si; hace diez años, y tengo cuatro criaturas hermosísimas. Ya las verás mañana, y a su madre también.
Hablabamos a voces; los parroquianos del café nos observaban sorprendidos.
De pronto mi amigo miró la hora en su reloj, un cronómetro inmenso, y exclamó:
—¡Caracoles! Mucho lo siento, pero necesito dejarte, porque tengo que hacer esta noche.
Se levantó, estrechándome las manos, y sacudiéndolas como si quisiera arrancarme los brazos, dijo:
—Hasta mañana, ya lo sabes; a mediodía.
Pasé la mañana trabajando con el Interventor de Hacienda, que me invitó a almorzar; pero le dije que tenía cita con un amigo. Salió acompañándome, y le pregunté:
—¿Sabe usted dónde está la calle del Gallo?
—Si; está un poco lejos. Yo le guiaré.
Y nos pusimos en camino.
Era una calle ancha, hermosa, que se abría en un extremo de la ciudad. El número 17 correspondía a una especie de hotel con jardín. La fachada, adornada con pinturas al estilo italiano, me pareció de mal gusto. Se veían diosas reclinadas sobre cojines, otras entre nubes, que ocultaban sus íntimas bellezas. Dos amorcillos de piedra sostenían el número.
—Esta es la casa.

Sorprendido al oírme, el interventor de Hacienda hizo un gesto brusco y singular, pero no dijo nada. Nos despedimos con un apretón de manos.

Llamé a la puerta. Salió una criada.

—El señor Robert, ¿vive aquí?

—¿Desea usted hablarle?

—Sí.

El vestíbulo estaba elegantemente adornado con pinturas debidas al pincel de un artista local. Pablo y Virginia se besaban a la sombra de las palmeras, bañadas en rojiza claridad. Un farol oriental y antipático pendía del techo. Varias puertas estaban ocultas bajo cortinajes llamativos.

Pero lo que más me chocaba de todo era el olor. Un olor nauseabundo y perfumado, que recordaba los polvos de arroz y el moho de las cuevas. Un olor indefinible en una atmósfera pesada, abrumadora, como la de las estufas. Subí, siguiendo a la criada, por una escalera de mármol, revestida con una alfombra de género oriental, y me introdujeron en un salón suntuoso.

Solo ya, miré lo que me rodeaba. Los muebles eran ricos, pero no elegantes, y denotaban una presunción excesiva.

Grabados del siglo XVIII representaban mujeres muy peinadas y casi desnudas, sorprendidas en actitudes interesantes por caballeros galanteadores; una señora echada en un lecho desordenado daba con el pie a un perrillo envuelto entre las sábanas; otra resistía dulcemente a su amante, cuya mano se ocultaba debajo de los vestidos; un dibujo presentaba cuatro pies, cuyos cuerpos se adivinaban, ocultos detrás de una cortina. El salón estaba rodeado de anchos y muelles divanes y todo él impregnado en el olor enervante y molesto que me dio en las narices desde el vestíbulo. Algo de sospechoso y repugnante se revelaba en los muros, en las colgaduras, en los muebles, en todo.

Me acerqué a la ventana para mirar el jardín que se extendía a espaldas del hotel. Era grande, bien sombreado y soberbio. Un ancho paseo rodeaba un macizo de verdura, en cuyo centro había un surtidor.

De pronto, entre los arbustos, aparecieron

tres damas; andaban lentamente, cogidas por el brazo, cubiertas con largos peinadores blancos recargados de encajes.

Dos eran rubias y la otra morena. Luego volvieron a desaparecer entre los árboles. Quedé sobrecogido, encantado ante aquella breve y agradable aparición, que hizo surgir en mi todo un mundo poético. Se habían mostrado apenas, a una conveniente luz entre los verdores del ramaje, en jardín secreto y delicioso, evocando en mi memoria las hermosas damas del siglo XVIII que vagaban a la sombra de los álamos, aquellas hermosas damas cuyos ligeros amores reproducían los grabados galantes del salón. Y envidié aquel tiempo dichoso, florido, espiritual, perversamente ingenuo, en que las costumbres eran tan plácidas y las caricias tan fáciles...

Una voz atronadora me hizo estremecer. Patience había entrado en la sala, radiante como siempre, y me tendía las manos. Mirándome a los ojos, con solapada expresión, propia de ciertas confidencias, y haciendo un gesto napoleónico, me hizo reparar en el lujo, en su jardín y en las tres mujeres, que volvieron a dejarse ver; luego, con voz triunfante y llena de orgullo, exclamó:

—¡Quién diría que todo esto lo empecé con mi esposa y mi cuñada solamente!

Gil Blas, 4 de septiembre de 1883

Amor

Amour

Páginas del «Diario de un cazador»

...En la crónica de sucesos de un periódico acabo de leer un drama pasional. Uno que la ha matado y se ha matado después; es decir, uno que amaba. ¿Qué importan él y ella? Sólo su amor me importa; y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva ni me haga soñar, sino porque evoca en mí un recuerdo de la mocedad, recuerdo extraño de una cacería en que se me apareció el Amor como se aparecían a los primeros cristianos cruces misteriosas en la serenidad de los cielos.

Nací con todos los instintos y las emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los

razonamientos de la civilización. Amo la caza con pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome las manos, me hace desfallecer de gusto.

Aquel año, al final del otoño, se presentó impetuosamente el frío, y mi primo Karl de Ranyule me invitó a cazar con él a la alborada; había patos magníficos en los pantanos de su posesión.

Mi primo, un buen mozo de cuarenta años, encarnado, con mucha vida en el cuerpo y muchos poles en la cara, semibruto y semicivilizado, de alegre carácter, dotado de ese esprit gaulois que tan agradablemente vela las deficiencias del ingenio, vivía en una especie de cortijo con aires de castillo señorial, escondido en un amplio valle.

Coronaban las colinas de la derecha y de la izquierda hermosos bosques señoriales, con árboles antiquísimos y poblados de caza excelente. Algunas veces se abatían allí águilas soberbias, y esos pájaros errantes, que raramente se aventuran en países demasiados poblados para su azorada independencia, encontraban en aquella selva secular asilo seguro, como si reconocieran en ella alguna rama que en otros tiempos los acogiera durante sus excursiones sin rumbo. El valle estaba cubierto de exuberantes pastos regados abundantemente, que señalaban, con la gradación en el calor, el camino del pantano allá a lo lejos, casi en el fondo de la finca.

Mi primo lo cuidaba con esmero digno del mejor de los parques, y con razón, pues era aquel pantano la mejor región de caza que he conocido. Entre aquellos innumerables islotes verdes que le daban vida había arroyuelos estrechos por los que se deslizaban las barcas. Mudadas sobre el agua muerta, frotando los juncos, ahuyentaban a los peces y a los pájaros que desaparecían, éstos entre las espigas, aquellos entre las raíces de las altas hierbas.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Un pantano es un

mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y, singularmente, con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que lo envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte a los juncos, por el hervor casi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz; pero más aterrador a veces que el estruendo de los cañones de los hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué tendrán en común los pantanos de los países del ensueño y esas regiones espantables que ocultan un secreto inescrutable y peligroso?

Un misterio profundo, grave, flota sobre aquellas brumas: ¡el misterio mismo de la creación! ¿No fue en el agua sin movimiento y fangosa, en la humedad triste de la tierra, mojada bajo los colores del sol, donde vibró y surgió a la luz el primer germen de vida?

Llegué por la noche a casa de mi primo. Hacía un frío que helaba las piedras. Durante la comida en la vasta sala, donde los muebles y las paredes y el techo estaban cubiertos de pájaros disecados, y donde hasta mi primo, con aquella chaqueta de piel de foca, parecía un animal exótico de los países helados, el buen Karl me dijo lo que había preparado para aquella misma noche. Debíamos ponernos en marcha a las tres de la madrugada, con objeto de llegar a las cuatro y media al punto designado para la cacería. Allí nos habían construido una cabaña para abrigarnos de ese viento terrible de la mañana que rasga las carnes como una sierra, la corta como una espada, la hiere como una aguja envenenada, la retuerce como tenazas y la quema como el fuego. Mi primo se frotaba las manos.

—Nunca he visto una helada como esta — me decía.

Y a las seis de la tarde teníamos 12 grados

bajo cero.

Apenas terminada la comida, me eché en la cama y me quedé dormido, mirando las llamas que regocijaban la chimenea.

A las tres en punto me despertaron. Me abrigué con una piel de carnero, y después de tomar cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copas de coñac abrasador, nos pusimos en camino acompañados por un guarda y por nuestros perros Plongeon y Pierrot.

Al dar los primeros pasos me sentía helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial hace tanto daño que parece palpable; no lo agita soplo alguno; diríase que está inmóvil; muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos que caen muertos sobre el suelo duro y se endurecen en seguida para el fúnebre abrazo del frío.

La luna, en el último cuarto, pálida, parecía también desmayada en el espacio; tan débil que no le quedaban ya fuerzas para marcharse y se estaba allí arriba inmóvil, paralizada también por el rigor del cielo inclemente. Repartía sobre el mundo luz apagadiza y triste, esa luz amarillenta y mortecina que nos arroja todos los meses al final de su resurrección.

Karl y yo íbamos uno al lado del otro, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta debajo del brazo.

Nuestro calzado, envuelto en lana a fin de que pudiéramos caminar sin resbalar por la escurridiza tierra helada, no hacía ruido: yo iba contemplando el humo blancuzco que producía el aliento de nuestros perros.

Pronto estuvimos a la orilla del pantano y nos internamos por una de las avenidas de juncos que la rodean.

Nuestros codos, al rozar con las largas hojas del junco, iban dejando en pos de nosotros un ruidillo misterioso que contribuyó a que me sintiese poseído, como nunca, por la singular y poderosa emoción que hace siempre nacer en mí la proximidad de un pantano.

Aquel en el cual nos encontrábamos estaba muerto, muerto de frío.

De pronto, al revolver una de las calles de

juncos, apareció a mi vista la choza de hielo que habían levantado para ponernos al abrigo de la intemperie. Entré en ella, y como todavía faltaba más de una hora para que se despertaran las aves errantes que íbamos a perseguir, me envolví en mi manta y traté de entrar un poco en calor.

Entonces, echado boca arriba, me puse a mirar a la luna, que, vista a través de las paredes vagamente transparentes de aquella vivienda polar, aparecía ante mis ojos con cuatro cuernos.

Pero el frío del helado pantano, el frío de aquellas paredes, el frío que caía del firmamento, se metió hasta mis huesos de una manera tan terrible que me puse a toser.

Mi primo Karl, alarmado por aquella tos, me dijo lleno de inquietud:

—Aunque no matemos mucho hoy, no quiero que te resfríes; vamos a encender lumbre.

Y dio orden al guardia para que cortara algunos juncos.

Hicieron un montón de ellos en medio de la choza, que tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo; y cuando la llama rojiza empezó a jugar por las cristalinas paredes, éstas empezaron a fundirse suavemente y muy poco a poco, como si aquellas piedras de hielo echaran a sudar.

Karl, que se había quedado fuera, me gritó:

—Ven a ver esto.

Salí y me quedé absorto de asombro. La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas: las de nuestros perros que se estaban calentando.

Un graznido extraño, graznido errante, perdido, se oyó allá en lo alto, por encima de nuestras cabezas. El reflejo de nuestra hoguera despertaba a las aves salvajes.

No hay nada que me conmueva tanto como ese primer grito de vida que no se ve y que corre por el aire sombrío, rápido, lejano, antes de que se aparezca en el horizonte la primera claridad de los días de invierno. Me parece, a esa hora glacial del alba, que ese grito fugitivo, escondido entre las plumas de

un pajarraco, es un suspiro del alma del mundo.

—Apaguen la hoguera —decía Karl—, que ya amanece.

Y, en efecto, comenzaba a clarear, y las bandadas de patos formaban amplias manchas de color, pronto borradas en el firmamento.

Brilló un fogonazo en la oscuridad; Karl acababa de disparar su escopeta; los perros salieron a la carrera. Entonces, de minuto en minuto, unas veces él, otras yo, nos echábamos la escopeta a la cara en cuanto por encima de los juncos aparecía la sombra de una tribu voladora. Y Pierrot y Plongeon, sin aliento, gozosos, entusiasmados, nos traían, uno tras otro, patos ensangrentados que, moribundos, nos miraban melancólicamente.

Había amanecido un día claro y azul; el sol iba levantándose allá, en el fondo del valle. Ya nos disponíamos a marcharnos cuando dos aves, con el cuello estirado y las alas tendidas, se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas. Tiré. Una de ellas cayó a mis pies. Era una cerceta de pechuga plateada. Entonces se oyó un grito en el aire, grito de pájaro que fue un quejido corto, repetido, desgarrador; y el animalito que había salvado la vida empezó a revolotear por encima de nuestras cabezas mirando a su compañera, que yo tenía muerta entre mis manos.

Karl, rodilla en tierra, con la escopeta en la cara, la mirada fija, esperaba a que estuviese a tiro.

—¿Has matado a la hembra? —dijo—. El macho no escapará.

Y, en efecto, no se escapaba. Sin dejar de revolotear por encima de nosotros, lloraba desconsoladamente.

No recuerdo gemido alguno de dolor que me haya desgarrado el alma tanto como el reproche lamentable de aquel pobre animal, que se perdía en el espacio.

De cuando en cuando huía bajo la amenaza de la escopeta, y parecía dispuesto a continuar su camino por el espacio. Pero no pudiendo decidirse a ello, pronto volvía en busca de su hembra.

—Déjala en el suelo —me dijo Karl—.

Verás como se acerca.

Y así fue. Se acercaba, inconsciente del peligro que corría, loco de amor por la que yo había matado.

Karl tiró: aquello fue como si hubiera cortado el hilo que tenía suspendida al ave. Vi una cosa negra que caía; oí el ruido que produce al chocar con las juncos, y Pierrot me la trajo en la boca.

Metí al pato, frío ya, en un mismo zurrón... y aquel mismo día salí para París.

Gil Blas, 7 de diciembre de 1883

Amorosa

Etrennes

Después de comer en su casa, Jacobo de Randal dio permiso al criado para salir, y se puso a despachar su correspondencia.

Tenía costumbre de acabar así la última noche del año, solo, escribiendo; recordaba cuanto le había ocurrido en doce meses, todo lo acabado, todo lo muerto, y al surgir entre sus meditaciones la imagen de un amigo, escribía una frase afectuosa, el saludo cordial de Año Nuevo.

Se sentó, abrió un cajón y sacando una fotografía, después de mirarla y darle un beso, la dejó encima de la mesa y empezó una carta:

"Mi adorable Irene: Habrás recibido un recuerdo mío; ahora, solo en mi casa, pensando en ti..."

No pasó adelante; dejando la pluma, se levantó; iba y venía...

Desde marzo tenía una querida, no una querida como las otras, mujer de aventuras, actriz, callejera o mundana; era una mujer a la que había pretendido y logrado con verdadero amor. El ya no era un joven; pero distando todavía de ser viejo, miraba seriamente las cosas a través de un prisma positivo y práctico.

"Hizo balance" de su pasión, como lo hacía siempre al terminar el año, de sus amistades y de todas las variaciones y sucesos de su existencia.

Ya calmado su primer apasionamiento ardoroso, podía examinar con precisión hasta qué punto la quería y cuál pudiera ser el porvenir de aquellos amores.

Descubrió arraigado en su alma un cariño profundo, mezcla de ternura, encanto y agradecimiento, poderosos lazos que sujetan para toda la vida.

Un campanillazo le hizo estremecer. Dudó. ¿Abriría? Es preciso abrir a un desconocido, que al pasar llama en la noche de Año Nuevo. Cogió una bujía, salió al recibimiento, hizo girar la llave, trajo hacia sí la puerta... y vio en el descansillo a su querida, pálida como un cadáver y apoyando una mano en la pared.

Sorprendido, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella dijo:

—¿Puedo entrar?

—¡Ya lo creo!

—¿No me verá nadie?

—Absolutamente nadie.

—¿Ibas a salir?

—No.

Entró —como quien tiene muy conocida la casa— y desplomándose, casi desmayada, en el diván del gabinete, rompió a llorar, con la cara entre las manos.

El, arrodillado junto a ella, procuraba suavemente descubrir y ver sus ojos, repitiendo:

—Irene, Irene mía, ¿por qué lloras? Te lo suplico. ¡Dime por qué lloras!

La mujer balbució entre sollozos:

—¡No puedo..., vivir así!

No la comprendía.

—¿Vivir así? ¿Cómo?

—No puedo vivir así... en mi casa. No quise decírtelo nunca, pero es horrible... No puedo..., sufro demasiado... Me atormenta... Me ha maltratado!...

—¿Tu marido?

—Sí...

—¡Ah!...

Le sorprendió, porque no imaginaba— ¡cómo imaginarlo! —que fuera brutal con su querida el marido; un hombre de finos modales, que frecuentaba el casino, la sala de armas, paseos y escenarios; jinete y tirador; muy conocido y estimado en sociedad, correcto y cortés; hombre de pocos alcances y de limitados conocimientos, pero con la inteligencia indispensable para discurrir como todas las gentes de su mundo y

respetar las preocupaciones y rutinas elegantes.

Parecía ocuparse de su mujer, como debe hacerlo un hombre acaudalado y aristócrata: atendiendo a sus caprichos, a su salud, a sus trajes y dejándola perfectamente libre.

Desde que Randal fue presentado a Irene y ella le recibió con agrado, tuvo derecho a las deferencias que todo marido culto sabe guardar a los contertulios de su mujer.

Cuando Randal pasó de ser amigo a ser amante, las deferencias del esposo aumentaron, es natural.

Y como nada le hizo sospechar de que hubiese tempestades íntimas en aquel matrimonio, le sorprendía mucho esta revelación inesperada.

¡Te ha maltratado! No llores y dime cómo fue.

Irene contó una historia muy larga: sus desavenencias, al principio triviales, más hondas de día en día, la incompatibilidad de sus temperamentos.

Empezaron las disputas, acabando en una separación completa; el marido se mostró suspicaz, violento. Más adelante, celoso, celoso de Randal; y acababa de maltratarla. —... No vuelvo a mi casa, no. Dime lo que debo hacer.

Jacobo se había sentado muy cerca, y le cogió las manos.

—Piénsalo mucho, y no lo hagas ciegamente; que todas las culpas caigan sobre tu marido; tu salva tu posición de mujer irreprochable.

Mirándole con inquietud, Irene le preguntó:

—¿Qué me aconsejas?

—Vuelve a tu casa y sufre con resignación hasta encontrar un pretexto para separarte con todos los honores.

—¿No es algo cobarde tu consejo?

—Es prudente. No puedes arrojar por la ventana tu honra y las atenciones que debes a tu familia. ¡Qué dirán de ti si renuncias a todo en un momento de locura!

Irene se levantó excitada, violenta:

—No puedo más. Todo acabó. ¡Se acabó, se acabó y se acabó!

Luego, apoyando ambas manos en el

pecho de su amante, le miró a los ojos.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—Pues bien; viviremos juntos en tu casa.

Randal exclamó asombrado:

—¿En mi casa? ¿Conmigo? ¿Te has vuelto loca? ¿Comprometerte, deshonorarte para toda la vida?

Ella repuso, lentamente, con seriedad, midiendo las palabras:

—Oye, Jacobo. Me ha prohibido que te vea. Yo no soy mujer de las que mienten y engañan. Si vuelvo a mi casa, no volveré más a la tuya. Elige.

—Si te divorciases, nos casaríamos.

—Era necesario esperar dos o tres años...

Tu cariño, ¿tiene tanta paciencia? ¿No se sublevaría en ese tiempo?

—Reflexiona. Si te quedas hoy aquí, mañana te reclamará; es tu marido: el derecho le asiste, le ampara la ley.

—No me interesa quedarme aquí, lo que yo quiero es ir contigo a cualquier parte. Si me quieres, vámonos a donde tu digas, y si no me quieres, adiós.

Jacobo la detuvo:

—Irene, ten calma;

Ella no quería oírle; con los ojos llenos de lágrimas, repetía:

—Déjame..., déjame..., déjame...

La hizo sentar a la fuerza y se arrodilló de nuevo a sus pies. Trató —acumulando reflexiones y consejos— de hacerle comprender lo irreparable de aquella resolución. Estuvo elocuente, y hasta en su mismo cariño halló argumentos convincentes.

Le suplicó una y mil veces que le atendiera, que razonara como él, que no se ofuscara.

Fría, serena, cuando Jacobo calló, Irene dijo:

—Está bien; permite que me levante y que me vaya

—No; eso, no.

—Déjame. Tú me rechazas, me voy

—Te vas, pensando que no te quiero.

—Me rechazas.

—¡Dime si tu resolución, si tu loca

resolución, de la cual te arrepentirás luego, es irrevocable!

—Sí... Pero ¡déjame!

—No; si estás decidida, mi casa es tu casa. Nos iremos lo antes posible a un lugar seguro; te acompañaré, te seguiré...

—No; no quiero que te sacrifiques. Comprendo... que te sacrificas.

—Espera; hice cuanto pude para convencerte; no quise contribuir a perjudicarte. Pero lo que tú hagas, yo lo acepto.

Irene volvió a sentarse, le miró a los ojos fijamente y dijo:

—Habla; explícame cómo te convenciste cuando te proponías convencerme; dime lo que has pensado.

—No he pensado nada. Te advierto que haces una locura, una terrible y dolorosa locura. Insistes, y te pido mi parte; lo de cada uno debe ser de los dos: tu locura, como todo.

—Tampoco me convences.

—Oyeme bien. No se trata ni de sacrificio ni de abnegación. Cuando comprendí que te amaba, pensé lo que debieran pensar todos los amantes en situaciones parecidas: "El hombre que pretende a una mujer, que la enamora, que la consigue, contrae un sagrado compromiso. Naturalmente, cuando se trata de una como tú y no de una mujer fácil y casquivana.

El matrimonio, que tiene mucha importancia social, un gran valor legal, a mi juicio, vale poco, moralmente, por las condiciones que lo determinan.

Así, cuando una mujer sujeta por ese lazo jurídico, pero que no quiere a su esposo, que no puede quererle, cuyo corazón es libre, siente cariño por un hombre y se hace suya, ese hombre se compromete más en ese mutuo consentimiento que formalizando legalmente un matrimonio.

Y si ella y él son personas honradas, la unión debe ser más íntima y estrecha que si la consagraran todas las ceremonias.

En tales circunstancias, la mujer se arriesga mucho. Y, porque no lo ignora, porque lo da todo, su corazón, su cuerpo, su alma, su honor, su vida; porque se ha

resignado a sufrir todas las miserias y todas las derrotas; porque realiza su amor heroicamente; porque se ha resuelto a desafiar las iras de su marido, que puede matarla, y el desprecio del mundo, que puede perderla, ¡es digna de respeto! Por eso también su amante, al pretenderla, debió pensarlo y prevenirlo todo, preferiría siempre a todo, en cualquier circunstancia. No tengo nada que añadir. Advertí primero —como un hombre prudente; ahora ya puedo hablar como un hombre apasionado. ¡Soy tuyo! Radiante de alegría, Irene selló sus labios con un beso.

—Viviremos como siempre; no ha pasado nada: he fingido... Quise ver cuánto me querías... Una prueba muy arriesgada... Ya la hice... ¡Qué feliz Año Nuevo me ofreces!
Gil Blas, 7 de enero de 1887

Antón

Toine

I

Se le conocía en diez leguas redonda. Triple Antón, Antón a secas o Antón Pepino, que de tantas maneras llamaban las gentes al señor Antonio Machablé, posadero en Tournevent, famoso aquel pobre lugarejo, perdido en un repliegue del valle que se prolonga hasta el mar. Las diez casuchas que lo forman se han guarecido en la hondonada como se guarecen las alondras en un surco para librarse del huracán y eran una especie de feudo para el señor Antón, apodado también Triple Antón, aludiendo a su excesiva gordura y a este dicharacho que no se le caía de la boca:

—Mi triple anís, es el primero de Francia.

Otros le apodaron Antón Pepino porque, además de parecerlo por lo rechoncho y abotargado a cuantos le preguntaban:

—¿Qué podríamos tomar?

Invariablemente respondía:

—Para hacer boca, tengo pepinos en vinagre que no los hay mejores: tómalos, yerno.

Solía llamar yerno a todos, él, que nunca tuvo hija casada ni por casar.

Sí; conocía todo el mundo a Antón, Triple Antón o Antón Pepino, el hombre más obeso, no sólo de la comarca, sino de la región. Su

casa parecía irrisoriamente pequeña para hospedarle, y cuando se le veía en pie, junto a la puerta, donde pasaba horas y horas, la gente se preguntaba cómo podía entrar y salir sin gran esfuerzo. Entraba cada vez que aparecía un a parroquiano, porque todos los que saboreaban el triple anís de Antón solían invitarle a vaciar la dado primera copa.

Su establecimiento lucía este rotulo:

Tertulia de los Amigos; y, en verdad, el señor Antón era un amigo de toda la comarca. Iban desde Fécamp y desde Montivilliers algunos desocupados para oír sus bromas, pues tenía tanta gracia, que hubiera hecho reír a una lápida sepulcral aquel triple gordo. Tenía un modo particular de hacer burla de todo el mundo sin enfadar a nadie, una manera propia de guiñar los ojos indicando lo que no decía; y sus accesos de risa, retorciendo el corpachón y golpeándose los muslos, alegraban al más hipocondríaco. Además, bebía cuanto le daban, con los ojos alegres, con la doble satisfacción de aumentar la venta y darse un gusto.

Lo más gracioso era verle regañar con su mujer. Una comedia. Y en treinta y un años de matrimonio no tuvieron un día de paz, andando siempre a la greña; pero Antón se guaseaba mientras ella se ponía furiosa. Era una campesina forzada, flaca, insolente; ocupándose de sus gallinas y de sus pollos, adquirió fama de saber engordarlos.

Cuando había comilona en alguna casa principal de Fécamp, nunca faltaban unos pollos comprados en la Tertulia de los Amigos.

Era desapacible por naturaleza y ninguna cosa la contentaba. Quejosa de todo, lo estaba principalmente de su marido. La molestaba su alegría, su fama de hombre campechano, su inquebrantable salud, su obesidad. Le miraba despreciativamente al verle ganar dinero sin hacer nada y al verle comer y beber por ocho; no pasaba día sin que le dijera:

—¿No estarías mejor en el establo de los cerdos? Me repugna verte con tantísima grasa.

Y otras veces:

—Aguarda, lo hemos de ver; reventarás

cuando menos lo pienses, como un saco viejo. Antón, riendo con ganas y dándose golpes en el vientre, respondía:

—¡Eh, señora llueca; procura engordar así tus pollos. A ver si lo consigues.

Y arremangándose y luciendo su brazo desnudo proseguía:

—Aquí tienes un alón; míralo, ¿te gusta?

Los parroquianos manoteaban muertos de risa, escupiendo y atragantándose, locos de cijo.

La mujer, furiosa, gritaba:

—Espera..., espera... Ya reventarás como un saco viejo.

Y entraba en el corral cerrando la puerta, porque la molestaba oír las carcajadas.

En realidad, la gordura de Antón era sorprendente y aumentaba de día en día, cada vez más colorado, más rollizo, con apariencias de una salud sobrehumana.

—Espera un poco..., ya veremos lo que sucederá.

II

Y sucedió que Antón tuvo un ataque de parálisis. Metieron al coloso en una alcobita detrás del mostrador, para que pudiese oír las conversaciones de los parroquianos y hablar con los amigos, porque su cerebro y su lengua estaban expeditos, mientras el enorme corpachón dormía, inmóvil siempre.

Al principio se creyó que sus musculosas piernas recobrarían algo del vigor perdido; pero desvanecida toda esperanza, pasó la vida en aquel rincón, del cual una vez a la semana solían sacarle cuatro vecinos para dar lugar a que le hiciesen la cama.

No perdió su jovialidad, pero se mostraba tímido y humilde, temeroso como una criatura de su mujer, la cual repetía constante:

—Ahí lo tenéis... Inútil para todo... Comías como un cerdo... ¡No podía suceder otra cosa!

Él no replicaba; solamente guiñaba sus ojos cuando ella no lo veía. Su distracción única era oír las conversaciones y dialogar a través del tabique.

—Hola, mi yerno, ¿eres Celestino?

—Sí. ¿Qué haces en esa pocilga? ¿Cuándo echas a correr?

—Correr precisamente, no; pero ni adelgazo ni se me ablandan las carnes; ¡buena madera!

Más adelante hizo entrar a sus íntimos, aun cuando le desconsolaba que bebieran sin poder acompañarlos.

—Mi único duelo, no catarlo, ¡ni siquiera olerlo!

Y la voz chillona de la mujer gritaba:

—Ya le veis, ¡hay que darle de comer, hay que lavarle como a un cerdo!

A veces un gallo de plumas rojas entraba por la ventana observándolo todo y lanzando un cacareo; y otras veces los pollos persiguiéndose y revoloteando, subían a la cama o buscaban por el suelo migas de pan.

Todos los amigos, poco a poco, sin distinción, fueron entrando y sentándose alrededor del gordo. Parálítico y todo, el famoso guasón los divertía. ¡Hubiera hecho reír al diablo! Tres, no faltaban jamás: Celestino Maloisel, muy seco y algo torcido, como un tronco de manzano; Próspero Horslerville, pequeño, flaco, muy zorro, con las narices como un hurón, y Cesáreo Paumelle, que no hablaba nunca, pero que, sin embargo, se divertía grandemente. Entraban una tabla del patio y sobre la cama jugaban al dominó, desde las dos hasta las seis.

Pero la mujer se ponía insoportable. No podía tolerar que su marido continuara divirtiéndose y que los otros jugaran allí. En lo más interesante de una partida, como pudiera daba un meneo a la tabla, recogía las fichas y las ponía en una mesa del establecimiento, diciendo que ya era bastante mantener un vago, sin buscarle distracciones, lo cual parecía un insulto para las pobres gentes que trabajan sin cesar ganando lo que se comen.

Celestino y Cesáreo bajaban la cabeza; pero Próspero, divertido con las cóleras de la mujer, las provocaba.

Un día, viéndola más furiosa que de costumbre, dijo:

—¿Sabes lo que haría yo en tu pellejo?

Ella esperó que se lo explicara, clavando en él sus verdes ojos de lechuza.

—Pues como Antón Pepino tiene tanto

calor en la cama, le haría empollar huevos. Ella quedó indecisa, temiendo la burla, y observando el rostro del campesino, el cual prosiguió:

—Yo le pondría cinco debajo de cada brazo, al mismo tiempo de apartar una llueca. Y nacerían igual. En cuanto salieran del cascarón los pollos que Antón hubiese incubado, mezclándolos con los de la llueca se criarían perfectamente.

La mujer, algo incrédula, preguntó:

—¿Es posible?

—¿Por qué no ha de ser posible? Lo mismo que salen pollos de una incubadora, de un cajón caliente pueden salir de una cama.

Todo es que haya calor.

Este razonamiento fue bastante para convencerla.

Y a los ocho días entró en el cuarto de su marido con el delantal lleno de huevos.

—Acabo de apartar a la parda con diez huevos; ahí tienes otros diez para ti.

¡Cuidadito con romper alguno!

Antón, asombrado, preguntó:

—Pero ¿qué piensas?

—Que sirvas de algo: incuba.

El parálítico reía, y acabó por enfadarse al ver la insistencia de su esposa; resistió, negándose resueltamente a consentirlo, hasta que la furia declaró:

—No comerás mientras no lo hagas; veremos lo que sucede.

Antón callaba, inquieto.

A mediodía gritó:

—¿No está hecho el guisado?

La mujer dijo a voces desde la cocina:

—No hay guisado para los cerdos.

Antón supuso que sería una broma, y después de aguardar inútilmente, suplicó, amenazó, se desesperó, dio golpes en la pared con la cabeza... y, al fin, tuvo que resignarse, que admitir los cinco huevos en cada sobaco.

Entonces ella le dio la comida.

Cuando sus amigos entraron por la tarde, creyeron que se agravaba la dolencia de Antón; estaba quieto, sofocado.

Pusieron la tabla y jugaron al dominó como todos los días. Pero Antón movía los brazos con mucha dificultad, con

precauciones infinitas.

—¿Se te ha corrido arriba la parálisis?—
preguntó Próspero.

—Siento una pesadez en la espalda...

Entraban dos hombres en el
establecimiento; los jugadores callaron. Eran
el señor alcalde y un concejal. Pidieron dos
copas del triple y continuaron la conversación
que traían. Como hablaban muy bajo, Antón
quiso levantar la cabeza para oír mejor, hizo
un movimiento brusco sin acordarse de los
huevos y... ¡no fue mala tortilla!

Sintiendo la humedad, soltó un taco
redondo, la mujer acudió, adivinando en
seguida la catástrofe. Un momento estuvo
inmóvil, demasiado sofocada para expresar
su indignación; luego, acercándose más al
paralítico, empezó a golpearle.

Antón callaba, y no se movía por no
estropear los cinco huevos del otro lado que
no se habían roto; además, creía necesaria
mucho prudencia; pero sus tres amigos reían
a mandíbula batiente, chillando, tosiendo,
sonándose como locos.

III

La mala pécora le venció; Antón se vio
obligado a prescindir del juego y atender sólo
a la incubación. Su esposa le castigaba
duramente, dejándole sin comida, y, para no
pasar hambre, el desdichado ni se movía, ni
alzaba la voz, temeroso a cada instante de un
contratiempo. Le preocupaba mucho la
gallina parda, llueca entonces, ¡cómo él!, y
decía:

—¿Hoy, come?

La mujer no paraba: del gallinero al cuarto
de Antón, y del cuarto al gallinero, poseída
por la reocupación de los huevos incubados
en la cama y en el nido.

Los campesinos de la comarca iban a
preguntar por Antón, curiosos y serios;
Entraban despacio decían:

—¿Sigues bien?

—Muy bien; pero el calor me sofoca y me
dan hormigueos...

—¿Cuándo sales de tu cuidado?

—No lo sé, no lo sé.

Una mañana entró la mujer en el cuarto,
diciendo muy conmovida:

—¡La parda tiene siete polluelos!

Antón preguntó con ansia, con angustia, como una primeriza en vísperas de ser madre:

—¿De manera que falta poco? La mujer, temerosa de un mal resultado, respondió con dureza:

—¡Ya lo veremos!

Aguardaron. Los amigos que sabían la proximidad del suceso, llegaban con alguna inquietud.

Se hablaba de lo mismo en todas las casas. Iban los vecinos enterándose de puerta en puerta.

El gordo se amodorró a eso de las tres.

Dormía. Le despertó un cosquilleo inexplicable en el sobaco derecho. Llevó al sitio la mano izquierda y palpó un animalillo cubierto de plumas.

Emocionado profundamente, gritó de tal modo que invadieron su alcoba todos los parroquianos que llenaban a tal hora el establecimiento; hicieron círculo alrededor como si fuesen a presenciar unos títeres, y la mujer, acercándose, cogió al animalito sobre las propias barbas de Antón.

Reinaba entre los presentes un silencio profundo. Era un día caluroso de abril, y por la ventana se oía el cloqueo de la gallina parda llamando a los recién nacidos.

Antón, que sudaba de angustia, de afán y de inquietud, murmuró:

—Ya siento salir otro en el brazo izquierdo.

La mujer hundió en la cama su mano descarnada y sacó el segundo pollito con precauciones de comadrona.

Todos los vecinos querían ver aquello y contemplaban el pollo de gallina como si fuera un fenómeno.

Durante veinte minutos no pasó nada; luego, cuatro picaron a la vez el cascarón.

Hubo rumores de asombro entre los que presenciaban el extraño suceso, y Antón sonrió, empezando a enorgullecerse de aquella paternidad inesperada.

Lo cierto es que no se había visto nada semejante.

El gordo anunció:

—Ya llevo seis; ¡qué bautizo! Y le rieron mucho la gracia.

Desde que asaltaron la alcoba los que se

hallaban reunidos en el establecimiento, poco a poco se había ido llenando la tienda otra vez y al aire libre aguardaban muchos más.

Todos repetían:

—¿Cuántos han salido?

— ¡Ya tiene seis!

La mujer llevó a la llueca este incremento de la familia y la pobre llueca erizaba sus plumas y extendía las alas para dar abrigo a la prole que de tal modo aumentaba.

—¡Ya tenemos otro!—gritó, regocijándose, Antón.

Pero se había equivocado. No era otro, eran tres más. ¡Un triunfo! El último rompió su cascarón a las siete. ¡Los diez habían salido! Y el gordo, borracho de alegría, besó al último con tanta efusión, que a poco más lo espachurra entre sus labios. Quería quedárselo en la cama toda la noche, dominado por una ternura de madre hacia el pobre ser que debía la vida; pero la mala pécora se lo llevó, como se había llevado los otros, desoyendo la súplica del marido.

Los testigos de aquel suceso iban retirándose, comentándolo; Próspero quedó el último, e hizo al gordo esta pregunta:

—¿Me convidas, para cuando estén ya cebados, a comer uno con tomate?

La idea sublime de comer un pollo con tomate iluminó el semblante de Antón, el Triple Antón, con sincero entusiasmo repuso:

—¡Vaya si te convidó! Quedas convidado para lo que dices, yerno.

Gil Blas, 6 de enero de 1885

Aparición

Apparition

Se hablaba de secuestros a raíz de un reciente proceso. Era al final de una velada íntima en la rue de Grenelle, en una casa antigua, y cada cual tenía su historia, una historia que afirmaba que era verdadera.

Entonces el viejo marqués de la Tour-Samuel, de ochenta y dos años, se levantó y se apoyó en la chimenea. Dijo, con voz un tanto temblorosa:

Yo también sé algo extraño, tan extraño que ha sido la obsesión de toda mi vida. Hace ahora cincuenta y seis años que me ocurrió esta aventura, y no pasa ni un mes sin que la reviva en sueños. De aquel día me ha

quedado una marca, una huella de miedo, ¿entienden? Sí, sufrí un horrible temor durante diez minutos, de una forma tal que desde entonces una especie de terror constante ha quedado para siempre en mi alma. Los ruidos inesperados me hacen sobresaltar hasta lo más profundo; los objetos que distingo mal en las sombras de la noche me producen un deseo loco' de huir. Por las noches tengo miedo.

¡Oh!, nunca hubiera confesado esto antes de llegar a la edad que tengo ahora. En estos momentos puedo contarle todo. Cuando se tienen ochenta y dos años está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Ante los peligros verdaderos jamás he retrocedido, señoras.

Esta historia alteró de tal modo mi espíritu, me trastornó de una forma tan profunda, tan misteriosa, tan horrible, que jamás hasta ahora la he contado. La he guardado en el fondo más íntimo de mí, en ese fondo donde uno guarda los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las debilidades inconfesables que tenemos en nuestra existencia.

Les contaré la aventura tal como ocurrió, sin intentar explicarla. Por supuesto es explicable, a menos que yo haya sufrido una hora de locura. Pero no, no estuve loco, y les daré la prueba. Imaginen lo que quieran. He aquí los hechos desnudos.

Fue en 1827, en el mes de julio. Yo estaba de guarnición en Ruán.

Un día, mientras paseaba por el muelle, encontré a un hombre que creí reconocer sin recordar exactamente quién era. Hice instintivamente un movimiento para detenerme. El desconocido captó el gesto, me miró y se me echó a los brazos.

Era un amigo de juventud al que había querido mucho. Hacía cinco años que no lo veía, y desde entonces parecía haber envejecido medio siglo. Tenía el pelo completamente blanco; y caminaba encorvado, como agotado. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una terrible desgracia lo había destrozado.

Se había enamorado locamente de una joven, y se había casado con ella en una

especie de éxtasis de felicidad. Tras un año de una felicidad sobrehumana y de una pasión inagotada, ella había muerto repentinamente de una enfermedad cardíaca, muerta por su propio amor, sin duda.

Él había abandonado su quinta el mismo día del entierro, y había acudido a vivir a su casa en Ruán. Ahora vivía allí, solitario y desesperado, carcomido por el dolor, tan miserable que sólo pensaba en el suicidio.

—Puesto que te he encontrado de este modo —me dijo—, me atrevo a pedirte que me hagas un gran servicio: ir a buscar a mi quinta, al secreter de mi habitación, de nuestra habitación, unos papeles que necesito urgentemente. No puedo encargarle esta misión a un subalterno o a un empleado porque es precisa una impenetrable discreción y un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo volvería a entrar en aquella casa.

»Te daré la llave de esa habitación, que yo mismo cerré al irme, y la llave de mi secreter. Además le entregarás una nota mía a mi jardinero que te abrirá la quinta.

»Pero ven a desayunar conmigo mañana, y hablaremos de todo eso.

Le prometí hacerle aquel sencillo servicio. No era más que un paseo para mí, su quinta se hallaba a unas cinco leguas de Ruán. No era más que una hora a caballo.

A las diez de la mañana siguiente estaba en su casa. Desayunamos juntos, pero no pronunció ni veinte palabras. Me pidió que le disculpara; el pensamiento de la visita que iba a efectuar yo en aquella habitación, donde yacía su felicidad, le trastornaba, me dijo. Me pareció en efecto singularmente agitado, preocupado, como si en su alma se hubiera librado un misterioso combate.

Finalmente me explicó con exactitud lo que tenía que hacer. Era muy sencillo. Debía tomar dos paquetes de cartas y un fajo de papeles cerrados en el primer cajón de la derecha del mueble del que tenía la llave.

Añadió:

—No necesito suplicarte que no los mires. Me sentí casi herido por aquellas palabras, y se lo dije un tanto vivamente.

Balbuceó:

—Perdóname, sufro demasiado.

Y se echó a llorar.

Me marché una hora más tarde para cumplir mi misión.

Hacía un tiempo radiante, y avancé al trote largo por los prados, escuchando el canto de las alondras y el rítmico sonido de mi sable contra mi bota.

Luego entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban el rostro; y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba ávidamente, en una de estas alegrías de vivir que nos llenan, no se sabe por qué, de una felicidad tumultuosa y como inalcanzable, una especie de embriaguez de fuerza.

Al acercarme a la quinta busqué en el bolsillo la carta que llevaba para el jardinero, y me di cuenta con sorpresa de que estaba lacrada. Aquello me irritó de tal modo que estuve a punto de volver sobre mis pasos sin cumplir mi encargo. Luego pensé que con aquello mostraría una sensibilidad de mal gusto. Mi amigo había podido cerrar la carta sin darse cuenta de ello, turbado como estaba.

La casa parecía llevar veinte años abandonada. La barrera, abierta y podrida, se mantenía en pie nadie sabía cómo. La hierba llenaba los caminos; no se distinguían los arriates del césped.

Al ruido que hice golpeando con el pie un postigo, un viejo salió por una puerta lateral y pareció estupefacto de verme. Salté al suelo y le entregué la carta. La leyó, volvió a leerla, le dio la vuelta, me estudió de arriba abajo se metió el papel en el bolsillo y dijo:

—¡Y bien! ¿Qué es lo que desea?

Respondí bruscamente:

—Usted debería de saberlo, ya que ha recibido dentro de ese sobre las órdenes de su amo; quiero entrar en la casa.

Pareció aterrado. Declaró:

—Entonces, ¿piensa entrar en... en su habitación?

Empecé a impacientarme.

—¿Por Dios! ¿Acaso tiene usted intención de interrogarme?

Balbuceó:

—No..., señor..., pero es que... es que no

se ha abierto desde... desde... la muerte. Si quiere esperarme cinco minutos, iré... iré a ver si...

Le interrumpí colérico.

—¡Ah! Vamos, ¿se está burlando de mí? Usted no puede entrar, porque aquí está la llave.

No supo qué decir.

—Entonces, señor, le indicaré el camino.

—Señáleme la escalera y déjeme sólo.

Sabré encontrarla sin usted.

—Pero.... señor... sin embargo...

Esta vez me irrité realmente.

—Está bien, cálese, ¿quiere? O se las verá conmigo.

Lo aparté violentamente y entré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos pequeñas habitaciones que ocupaba aquel hombre con su mujer. Franqueé un gran vestíbulo, subí la escalera, y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin problemas y entré.

El apartamento estaba tan a oscuras que al principio no distinguí nada. Me detuve, impresionado por aquel olor mohoso y húmedo de las habitaciones vacías y cerradas, las habitaciones muertas. Luego, poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y vi laramente una gran pieza en desorden, con una cama sin sábanas, pero con sus colchones y sus almohadas, de las que una mostraba la profunda huella de un codo o de una cabeza, como si alguien acabara de apoyarse en ella.

Las sillas aparecían en desorden. Observé que una puerta, sin duda la de un armario, estaba entreabierta.

Me dirigí primero a la ventana para dar entrada a la luz del día y la abrí; pero los hierros de las contraventanas estaban tan oxidados que no pude hacerlos ceder.

Intenté incluso forzarlos con mi sable, sin conseguirlo. Irritado ante aquellos esfuerzos inútiles, y puesto que mis ojos se habían acostumbrado al final perfectamente a las sombras, renuncié a la esperanza de conseguir más luz y me dirigí al secreter.

Me senté en un sillón, corrí la tapa, abrí el cajón indicado. Estaba lleno a rebosar. No

necesitaba más que tres paquetes, que sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos. Intentaba descifrar con los ojos muy abiertos lo escrito en los distintos fajos, cuando creí escuchar, o más bien sentir, un roce a mis espaldas. No le presté atención, pensando que una corriente de aire había agitado alguna tela. Pero, al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo que un pequeño estremecimiento desagradable recorriera mi piel. Todo aquello era tan estúpido que ni siquiera quise volverme, por pudor hacia mí mismo. Acababa de descubrir el segundo de los fajos que necesitaba y tenía ya entre mis manos el tercero cuando un profundo y penoso suspiro, lanzado contra mi espalda, me hizo dar un salto alocado a dos metros de allí. Me volví en mi movimiento, con la mano en la empuñadura de mi sable, y ciertamente, si no lo hubiera sentido a mi lado, hubiera huido de allí como un cobarde.

Una mujer alta vestida de blanco me contemplaba, de pie detrás del sillón donde yo había estado sentado un segundo antes. ¡Mis miembros sufrieron una sacudida tal que estuve a punto de caer de espaldas! ¡Oh! Nadie puede comprender, a menos que los haya experimentado, estos espantosos y estúpidos terrores. El alma se hunde; no se siente el corazón; todo el cuerpo se vuelve blando como una esponja, cabría decir que todo el interior de uno se desmorona. No creo en los fantasmas; sin embargo, desfallecí bajo el horrible temor a los muertos, y sufrí, ¡oh!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, bajo la irresistible angustia de los terrores sobrenaturales.

¡Si ella no hubiera hablado, probablemente ahora estaría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No me atreveré a decir que recuperé el dominio de mí mismo y que la razón volvió a mí. No. Estaba tan extraviado que no sabía lo que hacía; pero aquella especie de fiereza íntima que hay en mí, un poco del orgullo de mi oficio también, me hacían mantener, casi pese a mí mismo, una actitud honorable. Fingí ante mí, y ante ella sin duda, ante ella,

fuera quien fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de todo aquello más tarde, porque les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensé en nada. Tenía miedo.

—¡Oh, señor! —me dijo—. ¡Podéis hacerme un gran servicio!

Quise responderle, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un ruido vago brotó de mi garganta.

—¿Querréis? —insistió—. Podéis salvarme, curarme. Sufro atrozmente. Sufro, ¡oh, sí, sufro!

Y se sentó suavemente en mi sillón. Me miraba.

—¿Querréis?

Afirmé con la cabeza incapaz de hallar todavía mi voz.

Entonces ella me tendió un peine de carey y murmuró:

—Peinadme, ¡oh!, peinadme; eso me curará; es preciso que me peinen. Mirad mi cabeza... Cómo sufro; ¡cuanto me duelen los cabellos!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros, me parecieron, colgaban por encima del respaldo del sillón y llegaban hasta el suelo.

¿Por qué hice aquello? ¿Por qué recibí con un estremecimiento aquel peine, y por qué tomé en mis manos sus largos cabellos que dieron a mi piel una sensación de frío atroz, como si hubiera manejado serpientes? No lo sé.

Esta sensación permaneció en mis dedos, y me estremezco cuando pienso en ella.

La peiné. Manejé no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la anudé y la desanudé; la trencé como se trenza la crin de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

De pronto me dijo «¡Gracias!», me arrancó el peine las manos y huyó por la puerta que había observado que estaba entreabierta.

Ya solo, sufrí durante unos segundos ese trastorno de desconcierto que se produce al despertar después de una pesadilla. Luego recuperé finalmente los sentidos; corrí a la ventana y rompí las contraventanas con un furioso golpe.

Entró un chorro de luz diurna. Corrí hacia

la puerta por donde ella se había ido. La hallé cerrada e infranqueable.

Entonces me invadió una fiebre de huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Cogí bruscamente los tres paquetes de cartas del abierto secreter; atravesé corriendo el apartamento, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me hallé fuera no sé por dónde, y, al ver a mi caballo a diez pasos de mí, lo monté de un salto y partí al galope.

No me detuve más que en Ruán, delante de mi alojamiento. Tras arrojar la brida a mi ordenanza, me refugié en mi habitación, donde me encerré para reflexionar.

Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no habría sido juguete de una alucinación. Ciertamente, había sufrido una de aquellas incomprensibles sacudidas nerviosas, uno de aquellos trastornos del cerebro que dan nacimiento a los milagros y a los que debe su poder lo sobrenatural.

E iba ya a creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Mis ojos, por azar, descendieron sobre mi pecho. ¡Mi dormán estaba lleno de largos cabellos femeninos que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno por uno y los arrojé fuera por la ventana con un temblor de los dedos.

Luego llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado trastornado. Para ir aquel mismo día a casa de mi amigo. Además, deseaba reflexionar a fondo lo que debía decirle.

Le hice llevar las cartas, de las que extendió un recibo al soldado. Se informó sobre mí. El soldado le dijo que no me encontraba bien, que había sufrido una ligera insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

Fui a su casa a la mañana siguiente, poco después de amanecer, dispuesto a contarle la verdad. Había salido el día anterior por la noche y no había vuelto.

Volví aquel mismo día, y no había vuelto.

Aguardé una semana. No reapareció.

Entonces previne a la justicia. Se le hizo buscar por todas partes, sin descubrir la más mínima huella de su paso o de su destino.

Se efectuó una visita minuciosa a la quinta

abandonada. No se descubrió nada sospechoso allí.

Ningún indicio reveló que hubiera alguna mujer oculta en aquel lugar.

La investigación no llegó a ningún resultado, y las pesquisas fueron abandonadas.

Y, tras cincuenta y seis años, no he conseguido averiguar nada. No sé nada más.

La Gaulois, 4 de abril de 1883

Un ardid

Une ruse

El médico y la enferma charlaban junto al fuego de la chimenea.

La enfermedad de Julia no era grave; era una de esas ligeras molestias que aquejan frecuentemente a las mujeres bonitas: un poco de anemia, nervios y algo de esa fatiga que sienten los recién casados al fin de su primer mes de unión, cuando ambos son jóvenes, enamorados y ardientes.

Estaba media acostada en su chaiselongue y decía:

—No, doctor; yo no comprendo ni comprenderé jamás que una mujer engañe a su marido. ¡Admito que no lo quiera, que no tenga en cuenta sus promesas, sus juramentos!... Pero, ¿cómo osar entregarse a otro hombre? ¿Cómo ocultar eso a los ojos del mundo? ¿Cómo es posible amar en la mentira y en la traición?

El médico contestó sonriendo:

—En cuanto a eso, es bien fácil. Crea usted que no se piensa en nada de eso; que esas reflexiones no le ocurren a la mujer que se propone engañar a su marido. Es más: estoy seguro que una mujer no está preparada para sentir el verdadero amor sino después de haber pasado por todas las promiscuidades y todas las molestias del matrimonio que, según un ilustre pensador, no es sino un cambio de mal humor durante el día y de malos olores durante la noche. Nada más cierto. Una mujer no puede amar apasionadamente sino después de haber estado casada. Si se pudiera comparar con una casa, diría que no es habitable hasta que un marido ha secado los muros. En cuanto a disimular, todas las mujeres lo saben hacer de sobra cuando llega la ocasión. Las menos

experimentadas son maravillosas y salen del paso ingeniosamente en los momentos más difíciles.

La joven enferma hizo un gesto de incredulidad y contestó:

—No, doctor; sólo después se le ocurre a una lo que debió haber hecho en las circunstancias difíciles y peligrosas; y las mujeres están siempre mucho más expuestas que los hombres a aturdirse, a perder la cabeza.

El médico exclamó con acento asombrado:

—¡Al contrario, señora! Nosotros somos los que tenemos la inspiración después... ¡pero ustedes!... Mire usted, voy a contarle una aventura que le sucedió a una clienta mía, a la que yo creía impecable, una verdadera virtud salvaje. El suceso ocurrió en una capital de provincia.

Una noche dormía profundamente y entre sueños me parecía oír que las campanas de una iglesia próxima tocaban a fuego. De pronto me desperté; era la campanilla de la puerta de la calle que sonaba desesperadamente; como mi criado parecía no responder, agité a mi vez el cordón que pendía junto a mi cama y a los pocos momentos el ruido de puertas al abrirse y cerrarse precipitadamente, y el de unos pasos en la habitación inmediata a la mía, vino a turbar el silencio de la casa. Juan entró en mi cuarto y me entregó una carta que decía: "Madame Selicre ruega con insistencia al doctor Sileón que venga inmediatamente a su casa, calle de... número..."

Reflexioné unos instantes; pensaba: Crisis de nervios, vapores, ¡bah... bah!... tengo mucho sueño. Y contesté: "El doctor Sileón, encontrándose enfermo, ruega a su madame Selicre tenga la bondad de dirigirse a su colega el doctor Bonnet".

Puse la carta dentro de un sobre, se la entregué a Juan y me volví a dormir.

Apenas había transcurrido media hora cuando la campanilla de la calle sonó de nuevo y mi criado entró diciéndome:

—Ahí está una persona que no sé a punto fijo si es hombre o mujer, tan tapada viene, que desea hablar en el acto con el señor. Dice que se trata de la vida de dos personas.

—Que entre quien sea —dije, sentándome en la cama. Y en aquella postura esperé. Una especie de negro fantasma apareció, y cuando Juan hubo salido se descubrió. Era madame Berta Selicre, una mujer joven, casada desde hacía tres años con un rico comerciante de la ciudad, que pasaba por haberse unido a la muchacha más bonita de la provincia.

Aquella mujer estaba horriblemente pálida y tenía ese semblante crispado de las personas dominadas por el más profundo terror: sus manos temblaban; dos veces trató de hablar: ningún sonido salió de su garganta. Al fin balbuceó:

—Pronto... pronto... doctor... venga usted. Mi amante acaba de morir en mi propia habitación...

Medio sofocada se detuvo; después repuso:

—Mi marido va... va a volver del casino... Salté de la cama sin pensar que estaba en camisa y en pocos segundos me vestí.

—¿Es usted misma quien ha venido hace un rato?

Ella, de pie como una estatua petrificada por la angustia, murmuró:

—No... ha sido mi doncella... ella lo sabe...

Después de un silencio, continuó:

—Yo me quedé a su lado...

Y una especie de grito de horrible dolor salió de sus labios y rompió a llorar desconsoladamente, con sollozos y espasmos, durante dos o tres minutos; de pronto sus suspiros cesaron, sus lágrimas cesaron de brotar como si las hubiera secado un fuego interior; y con un acento trágico dijo:

—Vamos pronto.

Yo estaba ya vestido, pero exclamé:

—Demonio, no me he acordado de dar la orden de enganchar la berlina...

Ella respondió:

—Yo he traído coche... El suyo que lo esperaba a la puerta de mi casa.

Berta se envolvió, ocultando la cara bajo su abrigo, y salimos.

Cuando estuvo a mi lado en la oscuridad del coche me cogió una mano, y oprimiéndola entre sus finos dedos balbuceó con sacudidas

en su voz, que reflejaban la angustia de su corazón destrozado:

—¡Oh, amigo mío! ¡Si usted supiera cuánto sufro! Lo quería, lo adoraba con locura, como una insensata, desde hace seis meses!

Yo le pregunté:

—¿Están despiertos en su casa de usted?

Berta contestó:

—No, nadie, excepto Rosa, que está enterada de todo.

El carruaje se detuvo a la puerta de su casa; todos dormían, en efecto; entramos por una puerta excusada y subimos hasta el primer piso sin hacer ruido. La doncella, azorada, estaba sentada en el piso, en lo alto de la escalera, con una vela encendida y colocada sobre el suelo, no habiéndose atrevido a permanecer al lado del muerto.

Penetramos en la habitación, que se encontraba en el mayor desorden, como después de una lucha. La cama estaba completamente deshecha y una de las sábanas caía sobre la alfombra; toallas mojadas, que habían servido para frotar las sienes del amante, yacían en tierra al lado de un cubo y de un jarro de agua. Un singular olor de vinagre mezclado a esencia de Loubin se esparcía por la atmósfera. El cadáver estaba extendido boca arriba en medio de la habitación. Me acerqué a él, lo observé, lo pulsé, abrí sus ojos, palpé sus manos; después, volviéndome hacia las dos mujeres que temblaban en un rincón del cuarto, les dije:

—Ayúdenme ustedes a llevarlo hasta la cama.

Lo colocamos suavemente sobre el lecho: le ausculté el corazón, coloqué un espejo junto a su boca y murmuré:

—No hay nada que hacer, vistámoslo pronto.

Fue aquella una escena terrible. Yo iba cogiendo uno tras otro sus miembros y los dirigía hacia los vestidos que acercaban las dos mujeres. Le pusimos las botas, los pantalones, el chaleco, después el frac, donde nos costó mucho trabajo lograr hacer entrar los brazos. Las dos mujeres se pusieron de rodillas para abrocharle los botones de las botas: yo las alumbraba con una vela, pero

como los pies se habían hinchado un poco, aquella tarea se hizo horriblemente difícil. La dificultad era mayor porque no habían encontrado a mano el abrochador, las mujeres tuvieron que hacer uso de sus horquillas.

Tan pronto como estuvo terminada la horrible toilette, contemplé nuestra obra y dije:

—Convendría peinarlo un poco.

La doncella trajo el peine y el cepillo de su ama; pero como temblara y arrancase, con movimientos involuntarios, los cabellos largos y desordenados del cadáver, madame Selicte se apoderó violentamente del peine y alisó la cabellera con suavidad, con dulzura, como si estuviera acariciando una cabeza viva.

Le sacó la raya, le cepilló la barba y retorció los bigotes con sus manos, como tenía costumbre, sin duda, de hacerlo en sus amorosas familiaridades.

De pronto, arrojando lo que tenía en las manos, cogió la cabeza inerte de su amante y clavó una intensa y desesperada mirada en aquella cara inmóvil; después, dejándose caer sobre él, comenzó a abrazarlo y a besarlo furiosamente. Sus besos caían como golpes sobre su cerrada boca, sobre sus apagados ojos, sobre sus sienes y su frente... Y acercándose a su oído, como si hubiera podido escucharla, balbuceó, repitiendo diez veces seguidas con un acento desgarrador:

—Adiós, amor mío; adiós, amor mío...

Un reloj dio las doce.

Ye sentí un estremecimiento:

—¡Las doce ya!..., la hora en que cierran el casino... ¡Vamos, señora, energía!

Madame Selicte se puso en pie.

—Llevémoslo al salón —ordené a las dos mujeres; lo trasladamos entre los tres y lo sentamos en un sillón. Después encendí las luces.

Apenas había terminado esta operación, cuando la puerta de la calle se abrió y se cerró pesadamente. Era el marido que volvía.

—¡Rosa —grité—; traiga usted las botellas y el cubo y arregle usted un poco el cuarto de la señora; pronto, despáchese usted que ya llega M. Selicte...

Yo oía los pasos que subían, que se

acercaban... Unas manos en la sombra palpaban los muros... Entonces dije en alta voz:

—Por aquí, por aquí, M. Selicre; ha ocurrido un accidente desgraciado.

Bajo el dintel de la puerta apareció el marido, estupefacto, con un cigarro en la boca y preguntando:

—¿Qué? ¿Qué es?... ¿Que sucede?...

Fui hacia él y le dije:

—Querido amigo, aquí me tiene usted en una gran incertidumbre. He venido algo tarde con X... a charlar un rato con su mujer de usted. De pronto X... se ha desmayado, y, a pesar de nuestros cuidados, hace dos horas que permanece sin conocimiento. No he querido llamar a nadie estando yo aquí... Ayúdeme usted a bajarlo hasta el coche; voy a llevarlo a su casa y allí podré cuidarlo mejor...

El marido, sorprendido, pero sin la menor desconfianza, se quitó el sombrero y tomó por debajo de los brazos a su rival, ya inofensivo. Yo lo cogí por las piernas y comenzamos a bajar la escalera alumbrados por la mujer.

Cuando llegamos delante de la puerta procuré enderezar el cadáver, hablándole para engañar al cochero:

—Vamos, amigo mío, esto no será nada.

Se siente usted ya mejor, ¿verdad? Vamos, un poco de valor, haga usted un esfuerzo...

Como yo comprendía que se iba a desplomar, como sentía que se escurría entre mis manos, le di un empujón con el hombro que lo echó hacia delante, cayendo dentro del coche; yo subí tras él.

El marido, inquieto, me preguntó:

—¿Cree usted que será grave?

—No —contesté sonriendo para tranquilizarle, y miré a su mujer. Ésta había apoyado su brazo en el de su marido legítimo y tenía la mirada fija en el fondo oscuro del coche.

Les dije adiós y di al cochero orden de partir. Durante todo el camino llevé apoyada sobre mi hombro la cabeza del muerto.

Cuando llegamos a su casa dije que había perdido el conocimiento dentro del coche.

Lo ayudé a subir a su cuarto, donde

certifiqué la defunción. Allí tuve que representar otra comedia ante la familia acongojada del dolor... Después me volví a mi casa y me metí en la cama, renegando de los enamorados.

El doctor calló, siempre sonriente.

La joven, crispada, preguntó:

—¿Por qué me ha contado usted esa historia tan horrible?

El médico, saludando galantemente, contestó:

—Para ofrecerle a usted mis servicios, si llega el caso.

Gil Blas, 25 de septiembre de 1882

El armario

L'armoire

Hablábamos de mujeres galantes, la eterna conversación de los hombres.

Uno dijo:

—Voy a referir un suceso extraño.

Y era como sigue:

Un anochecer de invierno se apoderó de mí un abandono perturbador; uno de los terribles abandonos que dominan cuerpo y alma de cuando en cuando. Estaba solo, y comprendí que me amenazaba una crisis de tristeza, esas tristezas lánguidas que pueden conducirnos al suicidio.

Me puse un abrigo y salí a la calle. Una lluvia menuda me calaba la ropa, helándome los huesos. En los cafés no había gente. Y ¿Adónde ir? ¿Dónde pasar dos horas? Decidime a entrar en Folies-Bergére, divertido mercado carnal. Había escaso público; los hombres vulgares, y las mujeres, las mismas de siempre, las miserables mozas desapacibles, fatigadas, con esa expresión de imbécil desdén que muestran todas, no sé por qué.

De pronto descubrí entre aquellas pobres criaturas despreciables a una joven fresca, linda, provocadora. La detuve y brutalmente, sin reflexionar, ajusté con ella el precio de la noche. Yo no quería volver a mi casa.

Y la seguí. Vivía en la calle de los Mártires.

La escalera estaba oscura. Subí despacio, encendiendo cerillas.

Ella se detuvo en el cuarto piso, y cuando

entramos en su habitación, echando el cerrojo de su puerta, me preguntó:
—¿Piensas quedarte aquí hasta mañana?
—Eso me propongo; eso convinimos.
Bien, mi vida, lo pregunté por curiosidad. Aguárdame un minuto que enseguida vuelvo. Y me dejó a oscuras. Oí cerrar dos puertas; luego me pareció que aquella mujer hablaba con alguien. Quedé sorprendido, inquieto. La idea de un chulo me turbó, aun cuando tengo bastante fuerza defenderme. "Veremos lo que sucede", pensé.
Y afinando el oído, escuchaba. Se movían con grandes precauciones para no hacer ningún ruido. Luego sentí abrir otra puerta y me pareció que hablaban, pero muy bajo. La moza volvió al fin con una bujía, diciéndome:
—Ya puedes entrar.
Entré, y pasando por un comedor donde sin duda nunca se come, me condujo a un gabinete alcoba.
—Ponte cómodo, mi vida.
Yo lo inspeccionaba todo y no encontraba cosa que pudiera causarme inquietud. Ella se desnudó tan de prisa, que ya estaba en la cama cuando yo no me había quitado aún el abrigo.
Y riendo, prosiguió:
—¿Qué te ocurre? ¿Te has convertido en estatua de sal? Acaba y ven.
Así lo hice.
A los cinco minutos me daban intenciones de vestirme y escapar. Pero el maldito abandono que me amenazó en mi casa con tristezas crueles, me quitaba las energías, reteniéndome, a disgusto mío, en aquella cama pública. El encanto sensual que me había hecho sentir aquella criatura en el teatro, desapareció cuando la vi tan cerca y deseosa de complacerme. Su carne vulgar, semejante a la de todas, y sus besos insípidos, me desilusionaron.
Para entretenerme le hice varias preguntas:
—¿Hace mucho que vives en esta casa?
—El quince de febrero hará seis meses.
—Y antes, ¿en dónde vivías?
—En la calle Clauzel. Pero la portera la tomó conmigo y tuve que despedirme.

Relatóme con detalles minuciosos aquella historia.

De pronto sentí ruido cerca de nosotros; así como un suspiro; después un roce ligero, como si alguien se removiera sobre una silla.

Me senté con viveza en la cama,

preguntando:

—¿Qué significa ese ruido?

Ella respondió tranquilamente:

—No te importe, mi vida; es en el otro cuarto. Como son tan delgadas las paredes, todo se oye. ¡Hacen unas casas! ¡De cartón!

Mi abandono era tan grande, que me arrebujé de nuevo entre sábanas. Y proseguimos la conversación. Movidó por la estúpida curiosidad que induce a todos los hombres a conocer la primera falta de las mujeres galantes, como para encontrar en ellas un rastro de inocencia, tal vez evocada por una frase ingenua que ofrece la imagen del pudor perdido, pues aun cuando mienten se descubre alguna vez entre mentiras algo conmovedor, le dije:

—Vaya, cuéntame cómo cediste al primer amante.

—Yo era criada en el restaurante Marinero de Agua Dulce, y un señorito me forzó mientras le hacía la cama.

Recordé la teoría de un médico amigo, un observador filósofo que, por hacer servicio en un hospital de mujeres, conoce todas las flaquezas de las pobres criaturas víctimas de la embestida brutal del macho errante con dinero en el bolsillo.

—Siempre —me decía—, siempre una moza es vencida por un hombre de su clase o condición. Tengo anotadas muchas observaciones acerca del asunto. Se acusa a los ricos de coger la flor de la inocencia entre las niñas pobres. No es verdad. Los ricos pagan luego las flores tronchadas; las cogen en la segunda floración, pero no cortan jamás el primer capullo.

Reí, mirando a mi compañera.

—Ya sabes que conozco tu historia. El señorito no era el primero. Hubo antes otro.

—Te lo juro, mi vida.

—Mientes, mi cielo.

—No, no; te lo juro.

—Mientes... Vaya, dime la verdad.

Ella dudó, asombrada; yo continué.

—Soy adivino, somnábulo. Ahora no me dices la verdad. Cuando te duermas yo haré que la digas.

Tuve miedo; era estúpida como todas, balbució:

—¿Cómo lo has adivinado?

—Vamos, dilo.

—¡Ah! La primera vez casi no fué nada.

Para una fiesta contrataron a un gran cocinero. Desde que Alejandro llegó, dispuso de toda la fonda. El amo, el ama, estaban a sus órdenes, como si fuera un rey. Desde la cocina gritaba: "¡Manteca! ¡Huevos! ¡Coñac! " Y era necesario llevarle corriendo lo que pedía, porque si no se incomodaba mucho y daba miedo.

Cuando hubo acabado, sentóse a fumar su pipa frente a la puerta, y al pasar yo con una pila de platos, me dijo:

—Muchacha, vente conmigo a la ribera para enseñarme la campiña.

Fui con él como una tonta, y apenas llegamos a la orilla del río, me forzó con tal prisa, que apenas me di cuenta de lo que hizo. Luego se fue en el tren de las nueve. No le vi más.

—Y ¿así acabó todo?

—Creo que Angel es hijo suyo.

—¿Quién es Angel?

—Mi nene.

—¡Ah! Muy bien. Y luego dijiste al señorito que te había hecho la criatura, ¿no es cierto?

—Si.

—¿Tenia dinero el señorito?

—Algo. Me dejó una renta de trescientos francos.

Aquellas confianzas me divertían.

Proseguí.

—Muy bien, mi cielo; muy bien. Sois menos tontas de lo que parece. Y ¿cuántos años tiene Angel?

—Doce. Hará su primera comunión en primavera.

—Bravo. Y desde que te ocurrió esa... desgracia... te dedicaste al oficio...

Suspiró, resignada.

—Se hace lo que se puede...

Un ruido, bastante fuerte, me hizo saltar de la cama. No me cabía duda; era el ruido

que produce un cuerpo que se desploma y luego se levanta de nuevo agarrándose a la pared.

Cogí la bujía y miré alrededor, furioso. Ella se había levantado también, y trataba de contenerme, repitiendo:

—No es nada, mi vida; te aseguro que no es nada.

Pero yo, que sabía ya dónde se produjo el ruido, me dirigí a un armario que había junto a la cabecera de la cama y lo abrí de par en par...

Tembloroso, aterrado, con los ojos muy abiertos y brillantes, apareció un chiquillo anémico y débil agarrado a los barrotes de una silla, de la cual había caído, sin duda. Al verme rompió a llorar, tendiendo los brazos hacia su madre.

—Yo no tengo la culpa, mamá; yo no tengo la culpa. Estaba dormido y me caí. No me castigues; yo no tengo la culpa.

Acercándome a la mujer, dije:

—¿Qué significa esto?

Ella, confusa y desalentada, respondió entre dientes:

—Ya lo ves. No gano bastante para tenerlo pensionista y no puedo pagar un cuarto mayor. Duerme conmigo cuando no hay nadie, y cuando alguien viene por una hora o dos, lo escondo en el armario. Pero cuando hay cliente para toda la noche se cansa y le duelen los riñones de dormir en la silla... Tampoco él tiene la culpa. Quisiera verte durmiendo en una silla, metido en un armario... Ya veríamos...

Irritándose, gritaba.

El niño seguía llorando.

Yo también sentía ganas de llorar.

Y volví a mi casa tristemente.

Gil Blas, 16 de diciembre de 1884

Arrepentimiento

Regret

I

El señor Saval acaba de levantarse.

Llueve. Es un triste día de otoño; las hojas caen. Caen lentamente con la lluvia, formando también una lluvia más apretada y más lenta. El señor Saval no está satisfecho. Va de la chimenea a la ventana y de la ventana a la chimenea. La vida tiene días

tristes, y para el señor Saval en adelante sólo tendrá días tristes, porque ha cumplido sesenta y dos años. Está solo, soltero, sin familia, sin nadie que se interese por él. ¡Es muy triste morir aislado sin dejar un afecto profundo!

Piensa en su vida sin encantos y sin atractivos. Y recuerda en el pasado, en su niñez lejana, la casa paterna, el colegio, las vacaciones, la Universidad. Luego, la muerte de su padre.

Vive con su madre; viven los dos, el joven y la vieja, tranquilamente, sin desear nada. Pero la madre muere también. Qué triste vida!

Y el hijo queda solo. Envejece y morirá, cualquier día. Desapareciendo él, todo habrá terminado; todo, ni rastro de Pablo Saval sobre la tierra. ¡Qué terrible cosa! Y otros vivirán, amarán, reirán. Si, habrá siempre quien se divierta, y él no se divierte nunca. Es raro que se pueda reír y estar alegre con la certeza de la muerte. Si la muerte fuera sólo probable, aún habría esperanza; pero no, es tan segura como la noche después del día.

¡Y aún si la vida tuviera encantos! Desde que nació no hizo nada. No tuvo aventuras, ni grandes goces, ni éxitos, ni satisfacciones de ninguna especie. Nada, no había hecho nada; su vida se redujo a levantarse, vestirse, comer y acostarse; todo a horas fijas. Y así pasó en este mundo sesenta y dos años. Ni siquiera se había casado, como la mayor parte de los hombres. ¿Por qué? Si, ¿por qué no se había casado? Pudo hacerlo, pues tenía bastante renta para mantener a una familia. ¿Tal vez no se le había presentado la ocasión?... Acaso. Pero se buscan las ocasiones. Era un poco negligente, abandonado... Eso fue la causa de todo: su daño, su defecto, su vicio. ¡Cuántas gentes malbaratan su vida por abandono! ¡Es tan difícil para ciertas naturalezas moverse, agitarse, hablar, insistir!

II

Nadie le había querido. Ninguna mujer durmió sobre su pecho en completo abandono de amor. Desconocía las deliciosas angustias del que aguarda, el divino

estremecimiento de una mano sintiendo la opresión de otra, el éxtasis de la pasión triunfante. Qué dicha sobrehumana debe de inundar el corazón cuando los labios de dos bocas se acarician por vez primera, cuando cuatro brazos, oprimiéndose, forman de dos seres uno solo, un ser inmensamente feliz, un alma de dos almas, ansiosas la una de la otra!

El señor Saval se había sentado junto a la chimenea, envuelto en su bata.

Ciertamente su vida estaba frustrada, en absoluto frustrada. sin embargo, una vez tuvo un amor; había querido a una mujer secretamente, dolorosamente y descuidadamente, como lo hacia todo. Sí, había querido a su amiga la señora de Sandres, mujer de un antiguo camarada. ¡Oh, sí la hubiese conocido soltera! Pero la conoció tarde, cuando ya estaba casada. El también se hubiera casado con aquella mujer que le inspiró amor desde el primer instante, y a la cual siempre quiso.

Recordaba sus emociones de cada vez que la veía, sus tristezas .de cuando se apartaba, las veces que no pudo en toda la noche descansar pensando en ella.

Por la mañana se sentía menos apasionado que por la noche. ¿Qué motivo habría? ¡Qué bonita, qué rubia, qué rizada era en sus años floridos! Sandres no era el hombre que aquella mujer necesitaba. Sin embargo, a los cincuenta y ocho años ella parecía dichosa.

¡Oh, si le hubiera querido en otro tiempo! ... ¡Si le hubiera querido! Y ¿quién sabe si le había querido?

Si hubiese adivinado aquel amor profundo... Y ¿quién sabe si lo adivinó alguna vez? Y sí lo adivinó, ¿qué pensaría entonces? Y si él hablara, ¿qué hubiese contestado ella? Y Saval se hacía mil preguntas más, reviviendo su pasado, interesándose por buscar y recoger una porción de sucesos insignificantes.

Recordaba las horas que pasaron en casa de Sandres, jugando a las cartas, cuando la mujer era bonita y joven. Y recordaba cuantas palabras le había dicho ella y las entonaciones que usó para decírselas;

recordaba las mudas sonrisas que significaron tantas cosas.

Recordaba los paseos de los tres a la orilla del Sena, los almuerzos campestres en domingo siempre, porque Sandres estaba empleado en la Subprefectura. Y de pronto le sorprendió la imagen clara de una hora pasada con ella en un bosque, junto al río.

III

Habían salido por la mañana, llevando sus provisiones en paquetes. Era un día de primavera, uno de esos días en que hasta el aire embriaga. Todo estaba perfumado y brindando goces. y los pájaros cantaban mejor y volaban con más ligereza.

Habían comido sobre la hierba, a la sombra de un sauce, cerca del agua adormecida por el sol. El aire tibio, impregnado en perfumes de savia, se respiraba con delicia. ¡Qué dulzuras las de aquel día!

Después de almorzar, Sandres se había dormido al pie de un árbol.

—El mejor sueño de su vida —según dijo cuando despertó.

La señora de Sandres, del brazo de Saval, paseaba por la orilla del río.

Apoyándose mucho en él, reía diciendo:

—Estoy un poco borracha, bastante borracha.

Saval, mirándola fijamente, sentía estremecimientos y palpitaciones; palidecía, temiendo que sus ojos no se mostraran con exceso atrevidos, que un temblor de su mano revelara su secreto.

Ella se había hecho una corona con flexibles tallos y con lirios le agua, y le preguntó:

—¿Le gusto a usted así?

Como él no contestó nada —no se le ocurría nada que contestar, y más fácil hubiérale sido caer a sus pies de rodillas—, ella soltó la risa, una risa casi burlona y despechada, gritándole:

—¡Tonto, más que tonto! Hable usted al menos.

El estuvo a punto de llorar, sin que acudiese ni una sola palabra en su ayuda. Y todo esto lo recordaba como el primer día.

¿Por qué le había dicho ella: "Tonto, más que tonto; hable usted al menos"
Recordaba de qué modo, con cuánta dulzura le oprimía, apoyándose en él. Y al inclinarse para pasar por debajo de un árbol de ramas caídas, la oreja de la señora Sandres había rozado la mejilla del señor Saval, ¡su mejilla!, y él había retirado la cabeza con un movimiento brusco para que no creyera ella voluntario aquel contacto. Cuando él dijo: "¿Le parece si es hora de que volvamos?", ella le arrojó una mirada singular. Ciertamente; le miró entonces de un modo extraño. De pronto no lo tomó en cuenta y al cabo de los años lo recordaba minuciosamente.

Ella le había dicho:

—Como usted quiera; si está usted cansado ya, volveremos.

Y él había contestado:

—Yo no me fatigo, señora; pero es posible que Sandres haya despertado.

Y ella replicó, encogiéndose de hombros.

—Si teme usted que haya despertado mi marido, es otra cosa; volvamos.

Al volver ella silenciosa, ya no se apoyaba en el brazo de su amigo. ¿Por qué?

Este "porqué" no había encontrado respuesta y era una preocupación constante.

Al cabo de los años, el señor Saval creyó entrever algo que no había entendido nunca.

Acaso ella...

IV

Ruborizándose, se levantó conmovido, emocionado, como si treinta años antes hubiera oído en labios de la señora Sandres un "¡te quiero!"

¿Sería posible acaso? Esta sospecha que despertaba en su espíritu le torturó. ¿Era posible que a su tiempo no viese, no adivinase nada?

¡Oh, si eso fuera cierto, si hallándose tan cerca de la dicha no hubiera sabido aprovecharla!

Se resolvió. Le ahogaban las dudas. Quería saber la verdad. ¡La verdad!

Se vistió de prisa, de cualquier modo, pensando: "He cumplido sesenta y dos años; ella tiene cincuenta y ocho. Bien puedo permitirme la pregunta."

Y salió.

La casa de Sandres estaba en la otra acera de la misma calle, casi frente a la casa de Saval.

La criada se extrañó de verle tan temprano.

—¿Usted por aquí a estas horas, señor Saval! ¿Ha ocurrido algo?

Saval contestó:

—Nada, hija mía. Pero di a la señora que necesito hablar con ella lo antes posible.

—La señora está en la cocina preparando confituras para el invierno y no está presentable para visitas, como usted puede suponer

—Bueno; dile que necesito hacerle una pregunta importante.

La muchacha se fue y Saval recorría el salón con pasos nerviosos. Se sentía desligado, resuelto en semejante ocasión.

¡Oh! Iba entonces a preguntarle aquello como le hubiera preguntado por una receta de cocina. ¡Tenía ya sesenta y dos años!

Se abrió la puerta y entró la señora. Era ya una matrona muy abultada, con las mejillas redondas y la risa fácil y sonora. Su gordura no le permitía fácilmente acercar los brazos al talle y llevaba los brazos desnudos y salpicados de almíbar. Al entrar preguntó con inquietud:

—¿Qué le ocurre a usted, amigo mío; está enfermo?

Y él respondió:

—No estoy enfermo, amiga y señora; pero me escarabajea una duda, para mí de mucha importancia, que me oprime el corazón, y vengo a que usted me la resuelva. ¿Promete contestarme con sinceridad?

Ella sonrió, diciendo:

—He sido siempre muy sincera. Pregunte.

—Pues ahí va. Yo he vivido enamorado, queriendo a usted siempre, desde que la vi por vez primera. ¿Usted lo sospechaba?

Ella contestó, riendo, con algo de la ternura que impregnó en otro tiempo sus palabras:

—¡Tonto, más que tonto! Lo supe desde el primer día.

Saval, temblando, balbució:

—¿Usted lo sabía? Entonces...

Y se contuvo.

Ella preguntó:

—Entonces... ¿qué?

Saval, decidiéndose, continuó:

—Entonces, ¿qué pensaba usted? ¿Qué..., qué..., qué me hubiera contestado?

Ella, riendo mucho, mientras una gota de almíbar se deslizaba por sus dedos, le dijo:

—Como usted nada preguntó... ¡No era cosa de que yo me declarase!

Avanzando hacia ella, Saval insistía:

—Dígame, dígame... ¿Recuerda usted una tarde, cuando Sandres se durmió sobre la hierba, después de almorzar, y nos fuimos juntos, del brazo, lejos?...

Se detuvo. La señora no dejaba de reír, mirándole fijamente a los ojos.

—¡Vaya si me acuerdo!

Saval prosiguió, estremeciéndose:

—Pues, bueno; si aquel día yo hubiera sido..., yo hubiera sido... algo más osado..., ¿qué hubiera hecho usted?

Ella, sonriendo como una mujer dichosa, que no tiene de qué arrepentirse ni desear nada, respondió francamente, con voz clara y una punta de ironía:

—Hubiera cedido seguramente.

Y dejándole plantado volvió a la cocina.

V

Saval salió a la calle aterrado como después de un desastre. Andaba como impulsado por un instinto en dirección al río, sin pensar adónde iba, mojándose, porque llovía mucho. Su traje chorreaba; su sombrero, deformado parecía un canal. Y andaba sin descanso hasta llegar al sitio donde almorzaron aquella mañana.

El recuerdo lejano le torturaba el corazón.

Se sentó al pie de los árboles, desnudos ya de hojas, y lloró.

Le Gaulois, 4 de noviembre de 1883

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

